Crónica

Alfredo Molano

Del otro lado

DEBOLSILLO

Alfredo Molano Bravo

Del otro lado

Debolsillo

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

Agradecimientos

A Erika Hanekamp, Javier Ponce, Wilfried Marcelo, Jaime H. Díaz A., Adriana Camacho Castaño, Alejandra Salazar, Pilar Posada, Patricia Estivel, Arno Ambrosius, Wilson Sánchez y a los muchos amigos que encontré en los caminos del sur. El trabajo de campo y la elaboración de relatos no habrían sido posibles sin el apoyo decidido del Fondo Ágil, administrado por el Comité Ecuménico de Proyectos de Quito (CEPQuito); de las Agencias de Cooperación Developpement et Paix, de Canadá, y y Broederlijk Denle, de Bélgica, y de la Corporación Podion, de Colombia, como administradora de los distintos recursos donados para la investigación.

A Gregorio,
Antonia y Daniela,
para que nunca
tengan que
abandonar su
tierra.

Seis historias de Alfredo Molano

¿Alguien recuerda a Jagunço Riobaldo? Es quien cuenta su historia en el *Gran Sertón: Veredas*, la novela de João Guimarães Rosa. Un hombre que alguna vez se hizo en armas y que a lo largo del relato repite una frase: «La vida es oficio peligroso».

Al leer las historias de Alfredo Molano he recordado a Riobaldo. El recuerdo de Riobaldo es como eco, palabras que vuelven, que retornan. Mas, en el camino de vuelta han adquirido una dimensión diferente, una densidad que bajo la apariencia de lo mismo dice algo distinto: al volver, su significado ha cambiado. La vida como oficio peligroso, que sugiere una opción casi voluntaria, una lección, se ha trastocado en un destino del cual es imposible escapar, o casi imposible escapar. En las historias de Alfredo Molano, la vida, el hecho de vivir en sí mismo, es más que un oficio peligroso; es una derrota anticipada, es un sendero que inevitablemente lleva al abismo del dolor, de la destrucción, de la muerte, de la derrota.

De las seis historias, tres son narradas por hombres y tres por mujeres. Los hombres son activos actores de la violencia, no necesariamente política, aunque en la Colombia actual y en la frontera que funde a Colombia y Ecuador, la violencia brota de un Estado que trata de imponer soberanía en vínculo con los intereses petroleros y la política antidrogas de la DEA, es decir, un Estado nacional cuyas políticas dependen de actores globales. Pero no se trata solo del Estado; es también la guerrilla, los paras, y es la propia lógica del mundo del cultivo, la producción y el control del mercado de la coca. Es un poderoso tejido de actores e intereses que tiene ojos que todo lo ven, no importa cuán lejos vayas o cuán rápido te muevas, ya que siempre puedes ser alcanzado por quienes tienen el poder en una

circunstancia específica.

Dos son las realidades en medio de esas vidas: por un lado, su carácter nómada. Son los nómadas de la posmodernidad marginal: en ningún lugar permanecen, deben desplazarse, marcharse, inevitablemente, menos en una historia, la de El Abeja, que termina trabajando para grandes empresarios colombianos dedicados al cultivo de palma en Esmeraldas (Ecuador). En las otras, cualquier cambio en la correlación de fuerzas, como la presencia del Ejército colombiano o de los «paras»; o un cambio en las circunstancias, en los mecanismos de protección, implica una nueva huida. Por otro lado, la ambigua relación con la violencia y con la coca. En las historias masculinas existe una pulsión por huir de la violencia; nadie goza, ni se divierte con la muerte, pero al final, con excepción de Demetrio, se retorna a ella y se le saca provecho, se padece y se usufructúa. Es lo mismo con la coca. Las palabras de Nury lo dicen todo: *La coquita es el pan nuestro de cada día, así no la cultivemos ni con la mano la toquemos. Ella alumbra como un destino.*

Las mujeres, tanto Nury, activa militante por los derechos humanos, como Mariana, una mujer siona, y Rosita, la protegen, la reproducen, pero al final la violencia de la droga, de la guerrilla, del Estado nacional las marca. En el caso de Mariana, no se trata de una historia «individual», y lo pongo entre comillas, pues la violencia finalmente afecta a comunidades enteras, sino de la muerte de una cultura, de un etnocidio: *Nos llenaron de veneno las tierras, la vida… nos desgranaron al quitarnos la tierra.*

Tal vez Guimarães Rosa tuvo ante sí a un Jagunço Riobaldo que le contó su historia. El escritor la noveló: la hizo ficción. La ficción literaria hace (o hacía) de la realidad algo más real de lo que es (o era). Al convertirla en palabra impresa, la congela, hace de ella un testimonio, una prueba de certeza: la historia fue así, o por lo menos alguien dijo que fue así. En las historias de Alfredo Molano hay algo que podría llamar hiperrealismo, una antificción radical. No puedo creer lo que leo: es más que ficción (la ficción se queda corta), es más que realidad (no alcanzo a imaginar esa realidad). Es un punto en que todo lo que sucede es a la vez posible e increíble. En un acto defensivo me digo: ¿Para qué leo esto?, o, atrapado como estoy en esas historias,

busco una salida, pero no puedo escapar, no puedo decir: ¡Qué imaginación la de Molano! Vivo una esquizofrenia: leo esas historias que son de personas de carne y hueso y, de cuando en cuando, levanto la vista, desde el lugar donde escribo, para mirar la superficie calma del río y un pequeño velero surcando y dejando una estela blanca. El nirvana de la modernidad o de la posmodernidad. Pero no puedo hacer zapping y escapar de las historias de Molano. Desoladoras, terribles. No es «literatura»; son vidas laceradas, destruidas, transformadas en palabras.

Hoy por hoy, en medio de la modernidad líquida, al decir de Bauman, la palabra impresa cede rápidamente el paso a la experiencia audiovisual. La experiencia audiovisual es más intensa pero a la vez más efímera. No solo eso: como la experiencia audiovisual es cada vez más in home, casa adentro, es también más controlada, es objeto del zapping. Lo que nos desagrada, turba o espanta es «zappeado», es excluido de la visión y suspendido como narración, voz o imagen, y sustituido por cualquier otra imagen, y así se puede pasar consumiendo imágenes hasta la madrugada, o matando el día hasta la noche, o matando la vida hasta la noche. Es la ventaja del mundo audiovisual sobre el de la palabra escrita: es difícil saltar de un libro a otro, y a otro, para volver después de una larga vuelta al primero.

Las seis historias de Alfredo Molano no son «zappeables», o lo son de una forma especial: aunque intentes, no podrás escapar de vidas signadas por una violencia no elegida, en tanto acto voluntario, instintivo, que surge de uno mismo, sino de vidas que la violencia ha elegido. Al entrar en ellas se encuentra el sentido a las palabras de Jagunço Riobaldo: «La vida es oficio peligroso». No porque se busque el peligro como una opción de vida sino porque todo complota a favor de la violencia, de la muerte: todo complota contra la vida. La vida perfilada por la violencia y que talla los destinos. Demetrio lo expresa en una frase que no puede ser leída únicamente como parte de una tradición familiar, sino como una saga que va por generaciones de hombres y mujeres: *Somos hijos de ese camino y de los que siguieron andando*. Páginas adelante se le escucha decir: *Uno llega al sitio que la vida le marca por boca de uno y de otro, es una cadena. Ese es el destino*. En palabras de Nury: *Yo nací, me crie y me voy volviendo vieja oyendo*

hablar de tanto sitio y de tanta guerra.

Las historias de Alfredo Molano son un recordatorio de que no hay víctimas anónimas de la violencia; todas tienen su historia, sus amores, sus fracasos; son historias de vida como la suya o la mía. Únicamente grabándolas en nuestra frágil memoria podrán un día ser valoradas como la simiente de un mundo, hipotéticamente, más justo.

Carlos Arcos Cabrera

UNO

Demetrio

De mi abuelo, que se llamó don Pastor Roa, de Villarrica, Tolima, nada sé. De mi abuela, Nicolasa Ramos, poco. Ellos murieron ahí, entre dos criaturas pequeñas que fueron Nicolás, mi tío, conocido como el Zarco, y mi padre, llamado también Pastor. Nicolasa murió dando a luz a mi padre. Después, poco después, asesinaron a don Pastor porque unos perros —de quién sabe quién— mataron unos marranos de su vecino. Hubo gritos, amenazas, machete, y una noche quedó boqueando el abuelo. Las criaturas quedaron sueltas y sin criar en una finca cafetera. No tenían familiar conocido. Una señora se apiadó de ellos, los amamantó unos días y los bajó al pueblo, a Villarrica. Se los entregó al alcalde para que se hiciera cargo de ellos. Les nombraron un albacea para que crecieran y pudieran ir a la escuela con el café que la finca producía, que era mucho. Así se levantaron, a la pata del vecino, sin hacer cuentas, hasta que los huérfanos se dieron cuenta y las pidieron.

—¿Cómo es que ustedes vienen a pedirme la finca cuando me la deben? En ustedes he gastado lo dejado y lo empeñado. ¡Sinvergüenzas!

Para esas ya eran volantones y cada uno cogió su camino. Pastor jornaleó en Dolores, y Nicolás, en Viotá, donde mucho aprendió. Aprendió tanto, que buscó a mi padre y juntos volvieron a Villarrica a reclamar su herencia. El viejo se las negó y Nicolás, de un puño, sin querer, lo mató. Quedaron sin tierra y cargando un finado que ni herederos dejó. La finca terminó en manos de un secuestre y ellos tuvieron que huir. Al poco tiempo se enteraron del 9 de abril. Habían matado a Gaitán, y la gente se arrebató. Los godos sacaban a los liberales de donde se metieran y mi papá y mi tío habían heredado el

rojo. No lo defendieron. Huyeron y a San Martín, Meta, fueron a parar. Ahí ya los godos no podían arrimar porque era tierra liberal. Nicolás se perdió por el río Guaviare abajo y mi padre nunca más volvió a saber de él.

Se consoló con mi madre, que había nacido en Guaduas, Cundinamarca, a donde también la violencia llegó. O mejor, de donde nunca se fue porque por allí no habían dejado de pasar las guerras, según contaba ella. Su abuelo había sido soldado de otro Gaitán, el general Gaitán Obeso, levantado en Guaduas y muerto en la cárcel de Panamá. Ella, Etelvina, llegó también al Llano sin saber por dónde. Nunca lo contó. Yo siempre creí que no fue tanto la política como las ganas de aventura las que la sacaron de su tierra. Aventurera era. Se colocó en un hato abajo del Puerto de los Perros, al otro lado del río Ariari, como guisandera. En esas andaba hasta la noche en que los chulavitas de Cubarral llegaron a matar a los patrones, a los caporales, a los vaqueros, a los topocheros y a todo lo que se moviera. Ella se escondió en un hueco debajo del fogón, donde se perdió y no la buscaron. Cuando los gritos se acabaron y los gemidos se silenciaron, dizque salió poco a poco, entumida y asustada. A nadie topaba, hasta que miró a ver si algo habían dejado vivo los asesinos y se estrelló con las cabezas de sus patronos clavadas en las estacas del corral. Corrió y corrió hasta el río Ariari, lo nadó, salió a la carretera y se amparó en una media mata de monte. Oyó venir un carro; venía rezongando, como cansado. De golpe, todo quedó en silencio, se oía solo el viento haciendo silbos. El miedo le volvió a recorrer el cuerpo. Nada se oía. Hasta que escuchó unos rezos que andaban. «Ahora sí quedé loca», pensó. Se restregó los ojos y sí, venía una caravana de caminantes cargando un muerto envuelto en una sábana y guindado en una vara que alzaban cuatro hombres. Creyó que el sol le había hecho daño en la cabeza porque el sol vuelve locas a las personas cuando les cae de rayo. No era así. Al carro se le había reventado el motor, y los deudos, con su difunto, habían tenido que seguir camino a pie. Ella se unió a la procesión. Uno de los que llevaban en andas al finado era mi padre, Pastor. Se fueron en socia sin darse razón del porqué. Cuando llegaron al cementerio de San Martín ya estaban enamorados y esa noche se fueron a vivir juntos, y juntos andan. Somos hijos de ese camino y de

los que siguieron andando: Ciro, nacido en San Martín; Demetrio, yo, nacido en Granada, Meta; Etelvina, nacida en Timbiquí, Cauca, y Rogelio, nacido en Moscopán, Huila.

Mi padre se volvió aserrador, un oficio duro que solo de joven se puede hacer. Meterse a la madre de la montaña no es para catanos. La selva se roba la salud. El que entra con colores se destiñe, de puro sudor. Tumbar un árbol es como tumbar un edificio, trozarlo es como partir una cordillera, cargarlo es como mover un río. Los aserradores entran fuertes y salen debilitados. Ni la mujer les devuelve la fuerza. A Granada la llamaron en un tiempo Boca de Monte —porque había monte de para adentro— y ahí, en un acotejado del entable donde mi padre sacaba bloque de cedro macho, nací yo. Nadie ayudó a mi madre. Ella sola me parió como un cafuche. Pero le cogió como miedo al aserrío desde que un trocero le cortó a mi padre el índice de la mano derecha. Él la consolaba diciéndole que con el mocho nunca podría llegar a dispararle a nadie. Él era hombre volado. Fuimos a parar a Timbiquí, en la costa del mar Pacífico, nunca supimos por qué. Cuando uno es niño no pregunta y después se le olvida. Recuerdo, sí, que nos mandaban por la tarde a recoger piangua, una chicita que se da en la playa cuando el mar se arremanga. Vivíamos de eso y de una yuca babosa que llaman papachina. Ellos, los dos, barequeaban sin conocer el oficio, que tiene sus leyes. El oro se esconde a quien no lo conoce. Lavaban material recogido en el río todo el día, encorvados por la cintura. En la noche, Ciro y yo los masajeábamos para que pudieran volver a trabajar. Solo a trabajar, porque el oro no pintaba en la batea. Etelvina nació a la orilla del río y con esa agua la limpiaron y en esa agua dejaron su ombligo. Con todo y eso, el oro no salía. Hasta que se aburrieron. Con lo que pudieron ahorrar de oro en un frasquito viajamos a Buenaventura y a Popayán. Decían que en las selvas del Puracé había manchas de caoba, una madera muy fina, de buen precio, que los vapores del volcán alimentan.

No fue mucho lo que se trajinó en esa montaña. El frío nos derrotó. Mi madre esperaba otro hijo que vino a parir en Moscopán, «de afán», decía mi padre molestándola. Era el año 66. Así y todo, estuvimos ahí dos años seguidos después del nacimiento de Rogelio. Ahí mismo vi por primera vez gente de armas que no era ni Policía ni Ejército. Era el

VI Frente de las FARC. Salieron del monte, emparamados, y nos pidieron panela y ropa limpia para curar un herido. La panela cura las heridas en un dos por tres, las desinfecta y las ayuda a cicatrizar. El herido era un hombre grande que tuvieron que cargar entre varios. No se quejaba, pero sudaba. Le lavaron la herida con agua hervida, le echaron la panela y se la apresaron con la ropa limpia, una camisa de mi padre que se ponía para salir al pueblo, que no era pueblo, era un punto, una parada, entre La Plata y Puracé, que después llamaría Alfonso López. El hombre grande se quedó a vivir con nosotros mientras se curaba. Hacía canastos con una especie de bejuco delgado que trenzaba mientras nos hablaba de la guerra y hacía chistes con todo lo que se le pasara por junto. Después, mucho después, supe que se llamaba Joselo y que era uno de los compadres de Tirofijo.

Por el frío que venteaba y le engarrotaba las manos a mi padre nos bajamos buscando un clima más digno para el trabajo de aserrío que, por ser duro e ingrato, debe ser menos despiadado. Como entre aserradores se conocen el trillo, fuimos a sacar madera a un punto llamado Gallego, más abajo de Naranjal, donde las manchas de buena madera eran de chirco, parecido al cedro macho pero algo más duro. Eran montañas sin posesión. Sanas. No había ni males. Extensas soledades donde el golpe de hacha sonaba y resonaba a lo lejos. De lo puro solo, el eco era la compañía. Como teníamos buenas bestias —dos machos y tres mulas—, no era problema sacar las trozas bien cortadas. El problema era mantener esos animales como niñas bonitas porque de su cuidado depende la suerte del aserrador. A cada viaje, que era de día completo porque salíamos a medio aclarar y parábamos a medio anochecer, había que lavarlas con agua limpia y mirarles las peladuras del costillar. Si medio se miraban, había que curarlas con creolina y azul de metileno y, más encima, sobarlas con una mezcla que saben hacer los arrieros con sábila y manteca de tigre. Era tan honda esa selva, que se facilitaba más conseguir la manteca de tigre que la sábila. Y ya curadas, los niños teníamos que haberles tenido el pienso preparado. Lo hacíamos de caña picada, con pastos elefante y miel de purga. A veces les botábamos también maíz. Mi mamá y los menores se quedaban en el rancho donde había fogón y a nosotros, los mayorcitos y un trabajador, nos dejaban en la punta del corte, donde

se había hecho un abierto y sembrado la caña y el pasto. Dormíamos en medio de un empalmado que nos guarecía de la lluvia. No hacía frío, pero entonces lo que daba buena cuenta de uno era el zancudo. A las cinco y media, cuando estábamos preparando los arreos, salían los condenillos y no respetaban ni los zamarros de cuero. Todo podían atravesarlo: la tela de pantalones y camisas, la mulera y la piel más curtida. Eran animalitos sin respeto. Donde picaban dejaban el recuerdo, que uno ayudaba a punta de uña. A veces se infectaban las ronchas y el recuerdo se metía más y más adentro, hasta que terminábamos lavándonos con creolina. La creolina es penetrante, deja un olor que no se olvida.

Yo lo tengo presente no solo por las mulas y los zancudos, sino por las mujeres. La primera mujer que conocí fue en La Plata, en una casa de tolerancia. La pasé mal. Yo tenía catorce años y ya hacía por mí. Por eso fui con el trabajador, llamado Efraín, que había estado peleando con Charro Negro por allá en el sur del Tolima cuando la violencia nos apretó a todos. Dicen que por mal nombre a Efraín le decían el Zancudo; era asiduo al trabajo, tarareaba canciones cuando les apretaba la cincha a las mulas y silbaba pasito cuando las arreaba, más por hacerlas sentir acompañadas que por apurarlas. No me invitó; yo lo seguí. Llegamos a la «casa» y le pidió un par de Bavarias a una mujer morena, bajita sin ser china. Tenía el pelo suelto y olía a lo que olía el agua de alhucema. El Zancudo, para ayudarme, me comentó por debajo de la mesa:

—Es la suya, cáigale.

Cuando trajo las cervezas le dije, tropezándome en las palabras:

—¿Dónde vives?

Me miró la primiparada y me dijo:

—Donde tú quieras, papito.

Me azoré. Debí ponerme rojo como un mararay pero, haciéndome el valiente y el sabido, le toqué una corva. No se quitó. Dejó que le subiera y le bajara la mano entre la rodilla y el tobillo. Cuando traté de subir un poquito, reculó y me gritó, como para que se oyera:

—¿Y usted qué se cree, que anda con sus animales? Respete, soy mujer.

Quise correr. Efraín se reía y yo quedé hecho una troza de madera

botada al zanjón. Al rato volví a respirar. Ella me miró cuando trajo la quinta cerveza y Efraín ya había apartado mujer para irse. Me pasó un dedito por la nuca y con eso tuve: estaba en sus manos, mejor, en su cama. Yo iba bien entonado y con un miedo que no supe si era gusto. Cobró primero, «no vaya a ser que después salga sin despedirse», y me desnudó. Ella se quedó en calzones y con el sostén. Seguridades de ellas, mañitas para aumentar la tarifa. Estábamos ya andando cuando oí el llanto de una criaturita que, seguro con el ruido que hacíamos, se había despertado. Pero estaba en una caja de cartón debajo del catre donde nos movíamos. Ella bajó la mano y golpeó la caja con un «calle, calle», y así fue calmando a la criaturita mientras a mí me dejaba muerto. Al ritmo del golpecito contra el cartón fui haciéndome hombre.

2.

Cuando sacamos las manchas de madera cercanas, mi padre dijo: «Echemos para el Caquetá». El Zancudo conocía porque todo el que conoce el Huila conoce el Caquetá. Cuando uno está joven le gusta andar, no piensa que los caminos tienen dos puntas; uno no quisiera volver al mismo punto, aunque todo sea igual. Pero con tal de andar, uno paga lo que le pida la vida. Cuando mi padre dijo «¡Al Caquetá!», supe que estaba comenzando a jechar, que no era el mismo que se cargaba solo una troza de seis arrobas. Uno no se da cuenta desde afuera de lo que hay por dentro. Yo lo veía siempre fuerte. Un día, madrugando, volvimos a Gallego, vendimos las bestias, arreglamos las maletas con la mera ropa, toda vieja y rota porque si de algo no se preocupa nunca el aserrador es de la ropa. Toda estaba manchada porque los palos botan sus aguas y casi todas manchan, de morado primero y después de negro. La camisa se pega de sudor al cuero y, lávese o no se lave, ese jugo, que es el de uno, siempre queda pegado. A lo que habíamos trabajado olía lo que iba en las maletas, que eran bolsas viejas de harina de trigo.

Empacamos. O mejor, empacó doña Etelvina. No nos dejaba meter mano en sus oficios. Aquella vez por Florencia pasamos de largo y al Doncello, donde el Zancudo tenía sus amistades, fuimos a

estacionarnos. Mi padre traía unos ahorros que le había robado al hambre y con eso quería negociar una finca, no muy lejos de la carretera a San Vicente. Pero entre querer y poder hay mucha vuelta. Baldíos no había sino muy arriba, en la cordillera, donde ya no pega el café, o muy abajo, donde el río permite que los motores sean de pata larga. Son medidas. Tocaba, pues, entrar a negociar una finca que tuviera una parte abierta y otra en montaña. Montaña entresacada donde solo queda madera blanda que sirve para quemar y abonar con sus cenizas el maíz. Efraín y mi padre se embarcaron en la compra de una mejora a tres horas en bestia de la plaza del Doncello. Tenía aguas, una mata de monte bonita, un par de potreros limpios y una manga como para tener una res y un par de marranos. El maíz daba porque la tierra estaba fresca, y con dos cosechas que dieron hasta para meter debajo de las camas, y otra de arroz, se ilusionaron. Tanto, tanto, como para ir a buscar crédito a la Caja Agraria. Sin mucha brega, con solo mostrar la cédula, se lo aflojaron. Con esa plata pagaron la mitad de la deuda sobre la tierra; la mitad de la mitad que les sobraba la metieron en herramientas, bestias, remesa, y lo que les quedaba —plata de bolsillo— se lo bebieron. Tres días con noches y madrugadas.

No les iba mal. Hicieron amistades, trabajaban a mano prestada y así consiguieron una base para separarse y echar linderos entre una y otra finca. No habían disgustado, pero cuando la plata llega, la gana se abre. Pasa y sucede que dos juntos hacen más que dos separados y lo que tenían pensado, cada cual por su lado, no se dio. La tierra, con ocho o diez cosechas, comienza a reclamar lo que perdió y dio de balde. El trabajo no rinde lo mismo y, para rematar, los réditos sí aumentan. Total, al tiempo, las líneas se cruzan unas para abajo y otras para arriba, de modo que un día el banco llegó con miras a embargar y rematar. Miró, preguntó y anunció que volvería. No fue así y no porque a la Caja se le hubiera cerrado el apetito, sino porque la guerrilla, o para más veras el Frente 15 de las FARC, se encontró con el Ejército en Puerto Rico y se acabó la paz en todo el Caquetá. La guerrilla se dejó meter los dedos en la boca con un batallón de ingenieros que estaban dizque abriendo una trocha por allá en 1987. Seguramente no era un batallón tan de ingenieros ni estaban haciendo

trochas. Andaban era midiéndoles el aceite a los guerreros y ellos se dejaron provocar, y la balacera se comenzó a oír en varias partes. El ambiente era de miedo, miedo que también, para fortuna nuestra, sentía la Caja y dejó la cosa quieta. Para mi padre esa fue una bendición porque no perdió la tierra; no había rematador que se atreviera a ir a medir en esa cordillera, pasadero de la guerrilla. A veces se les miraba llegar a tomar agua de panela o a recuperar el resuello. Para nosotros, para qué, era buena gente. Preguntaban por lo nuestro y por lo de ellos y uno cambiaba lo uno por lo otro. Querían saber cómo le iba a uno y si se había visto a los chulos o se sabía de sapos. Tanto fue, que mi hermano, el mayor, el nacido en San Martín, se hizo muy amigo de ellos. Les ayudaba no solo con el ojo, sino con el hombro y hasta, digo yo, con el dedo.

Cuando el Gobierno recuperó el territorio y el Ejército entraba confiado y salía orondo, volvió la Caja con sus papeles y rematadores. Puso un precio a la tierra, descontó lo que se le debía, y lo que sobraba a favor de mi padre lo GIRÓ en un cheque que casi no se puede cobrar. Y no por lo grande, sino porque siempre faltaba una firma, un sello, un visto bueno. Pero el día llegó en que recogimos trastos, nos embarcamos en Rionegro y a buscar tierra. Y a Puerto Betania, aguas abajo, fuimos a dar; no a la orilla del río Caguán, sino sabana adentro. Se oía decir que eran tierras baldías, que al que llegara y marcara trocha la tierra le pertenecía.

Haber baldíos, había, pero no eran como los que conocíamos, sino tierras ensabanadas. Quedan en medio del río Yarí y del río Caguán, buenas, sí, para ganado, y por eso difíciles para los pobres. Como no había de otra, mi padre aceptó, más por no seguir buscando que por quedarse. A mí me dio la corazonada: el hombre está, como los perros viejos, buscando donde echarse. Una vecina le dio unas novillas al aumento porque lo que llevábamos, peso sobre peso, apenas alcanzó para el pasaje, unas tejas de zinc viejas y una remesa. La vecina era viuda. Le habían matado el marido y dos hijos; vivía con dos muchachas, una de las cuales era poco entendida. Ni para recoger leña servía. Sembramos yuca, topocho y maíz. Pero sobrevivimos gracias al casabe que los indios nos cambiaban por aguardiente y sal, que a su vez nos fiaban a buena cuenta de las novillas. Un círculo de cuentas

del que no se salía.

Creo ahora, mirando de lejos, que esa zozobra llevó a mi hermano Ciro a buscar a la gente del monte, que por allí andaba como Pedro por su casa. Tenían el mando de toda la región; nadie podía negárseles a nada. Mi hermano los admiraba y los respetaba, así que no fue más que hacerles un guiño y se puso el uniforme de las FARC, que ya eran EP. No volvimos a saber nada del hombre hasta que tiempo después nos llegó la noticia: habían encontrado su mero ñoco en Mapiripán. Quedó muerto al sol, como todos los demás, hasta que entró el Ejército a mirar lo que él mismo había dejado hacer. Ciro era alto y macizo; usaba, como los viejos, un pañuelo rabo de gallo al cuello que lo distinguía. Había huido por el Caguán hasta La Tigrera, aguas abajo de Cartagena del Chairá, para coger sabana hasta Yarí, y de ahí a Yaguará, sobre el río La Tunia. Son sabanas largas y calientes. Hasta ese punto lo seguimos, y eso porque allá tenía Etelvina, mi madre, una enfermera conocida que trabajaba en el puesto de salud. Mi madre lo lloró mucho tiempo y como no vio su cuerpo, le hacía las nueve noches todos los días. Cuando a uno lo matan, lo matan. Ya. Se llora y se echa tierra al recuerdo porque se sabe dónde quedó el finado. Pero al que trozan, o pierden, y nadie nunca puede arropar con sus lágrimas, nunca queda enterrado y nadie puede descansar. Ni siquiera el mismo perdido.

Yo fui a ver si la noticia era verdad. Mi padre me destacó para ir, mirar y volver. Ir de Cartagena del Chairá a las sabanas del Yarí no es como ir de la pieza al baño. Quedan cerca, sí, pero están lejos porque hay que descabeciar el río Caguán. No podía irme por el camino que había hecho Ciro porque la guerrilla no deja pasar a todo el mundo. Esa vez dejé todas mis cosas arregladas y me despedí, como para no volver. Salí a coger la rápida de las 5 de la mañana. El río estaba nebuloso; la niebla sabe salir a la madrugada cuando presiente el calor, y va llenando orillas y vueltas. Uno calcula las distancias en vueltas de río. Cuando sale de Tres Esquinas sabe que a Cartagena hay 37 vueltas y va descontándolas, poco a poco, vuelta a vuelta, para saber cuánto se lleva y cuánto falta. Pero en la neblina las vueltas se esconden y queda uno sin tiempo. El motorista sabe por dónde va porque conoce cada chorro, cada bancal, cada recostadero que las

aguas hacen. Pero uno conoce más la tierra que el agua porque nació cultivándola desde antes que ella diera para comer, aunque sean puras pepas. Hay gente que conoce de ellas, como los indios, que no cultivan más que yuca y coca y por eso saben de monte. La montaña es como una mujer virgen, hay que trocharla para que pueda dar. Yo he vivido siempre de esos trotes, haciéndole campo en la selva a la comida.

De San Vicente a los Pozos, en bus, no hay una línea que vaya directo a San Juan de Lozada, un punto que botaba mucha madera para el Caquetá pues sacarla por La Macarena, pasando las sabanas del Refugio, no era fácil. Es una trocha que en invierno no da paso y en verano no da es gana de atravesarla, por el calor que nace de la misma tierra. Por ahí llegué esa vez hasta La Tunia, conversé a la enfermera, que me dio el pase para ir más adentro, a Yaguará, una reserva indígena. Tres días de camino en curiara, que es lo único que entra por ese río. La gente del monte tiene prohibido los motores. En Yaguará fui a ver a don Escolástico Ducuara, un indio chaparraluno serio de genio y cerrado de cejas. Me ayudó. No muy lejos —digo yo ahora— debía estar ranchada una punta de guerrilla. O el comando. O todo el cuerpo. Los indios conviven con la guerrilla porque al fin nada pueden hacer para quitársela de encima. La guerrilla es como el alcaraván de sabana: todo lo mira, todo lo sabe. Yo les mandé mis datos: quién era, dónde vivía y qué era lo que quería, buscaba o pretendía. Pasaron los días y yo coma casabe con esos indios, que no son propios de ahí sino del Tolima y no saben de casabe sino de yuca, comidas distintas pero tienen la misma raíz. Son como el cafuche y el marrano: lo mismo, pero distintos. Pero una tarde, ya entre claro y oscuro, arrimó un mando. A los mandos se les nota el mando por la forma como preguntan. No entran directo, dan vueltas, vueltas que a uno lo amarran con las respuestas y después no hay modo de devolver la rueda. Yo le dije todo lo que sabía de Ciro. Cuando acabé de pelarlo, me dijo:

—Espere a ver.

Fue por allá detrás de una mata y ya noche regresó. Me dijo, sin más:

—Su hermano cogió río abajo hasta Pacoa y de ahí cruzó por el Cananarí a salir por raudal del Miritíy reventar en el Yuruparí. De ahí

para adelante, nada supimos.

Difícil saber cómo llegó a Mapiripán. Que no es imposible, claro, porque el río Vaupés es el Unilla en los nacederos. Sin caminar puede uno llegar por agua hasta Calamar, donde puede coger carro hasta San José del Guaviare y de ahí en voladora está Mapiripán a una hora, y le sobra tiempo para el tinto en El Mielón. Es el viejo camino de los caucheros para salir al Meta.

Regresé derrotado a darle la noticia a mi madre. Ella no perdía la ilusión de encontrar a su hijo. Mi padre, más conocedor de la vida, no tenía mucha esperanza. Fue entonces cuando por primera vez lo vi viejo. Cuando las esperanzas se van desmoronando, como barranco que lame un río, poco queda por hacer. Yo prefería las lágrimas de ella a la mirada perdida de él. Etelvina era rosa de un arenal, no se dejaba meter en la derrota. Rogelio, el cuba de la familia, mantenía la casa. Cuidaba la madrina de ganado, que comía en una punta de sabana y que, bien contadas las reses, no eran más de veinte novillas y un torete. Como la finca también tenía un riñón de montaña, cultivaba la yuca amarga para sacar casabe, que aprendió a preparar con los indios, y la dulce, para hacer el sancocho. Tenía también unas matas de coca porque nada rinde como ella. Ha sido la redentora de nosotros. Ella balancea el trabajo que se mete en lo que no da sino para comer. Ella es, como dicen, el vendaje o el encime del pan de cada día. Sin ella, ¿cómo habría sido nuestra vida en estas lejanías, donde para sacar un bulto de maíz se demora uno la semana y cuando va a entregarlo pesa la mitad de lo que uno cargó al hombro y pagan la mitad de la mitad de lo que vale? Yo digo que lo que pasa es que a los pobres no nos pueden ver la cara feliz, quieren mantenernos ahogados en deudas. El Gobierno no quiere que levantemos cabeza ni que tengamos cabezas, y menos que las usemos. ¡Se mira tanta pobresía desparramada por estas selvas, huyendo, sobreaguando, y más encima el Gobierno golpeando, dando palazos!

3.

Yo me había hecho ya hombre. Tenía mis dos brazos, mis dos piernas, mis ojos para ver y una boca para alimentar. Fui sobrando en la casa.

Si no me fui después de la persecución que nos pusieron fue por correr la suerte con los padres y con los hermanos, porque nosotros somos como una manada de cafuches que andamos juntos para todo lado. De Betania no nos podíamos mover fácil porque ya los padres no tenían la agilidad de saltar troncos ni de correr aguas. Mis hermanos podían ver por ellos mientras yo buscaba otras tierras y otros modos para vivir menos ajustados. Los cafuches no andan a la loca, siempre hay un macho que sabe para dónde ir, que se orienta por la luz de la selva y sabe dónde abunda la pepa, dónde la raíz blanda, el cogollo tierno. Va más adelante que los demás. Así mismo —me dije un día mirándolos correr detrás del guía haciendo ese ruido que hacen rastrillando los dientes contra los colmillos—, como ellos, debemos ser nosotros. De los animales se aprende más que del hombre porque saben respetar sus leyes. Sin mucho aspaviento me fui a coger rápida para salir por el Guayas a Rionegro, al Doncello y a Florencia. En Florencia me orientaron unos conocidos: la palabra es oro y el oro se esconde aguas abajo de Curillo y por eso el frenazo fue en Puerto Guzmán, que es ya Putumayo pero está al borde del Caquetá. Y ni siquiera ahí paró la carrera: fue en la vereda del Jauno, en un predio llamado Venadito. Uno llega al sitio que la vida le marca por boca de uno y de otro, es una cadena. Ese es el destino. El oro en Venadito sale entreverado con jagua y no es fácil sacarlo de esa socia, como no es fácil sacarlo del barranco. En Guzmán se usa el agua arrimada, que es el mismo canalón que había visto de niño en Timbiquí, donde comenzó el camino del rebusque. El agua se desvía para poder lavar el material que se comienza a ver brillar en las trampas en junta con la jagua. Para divorciarlos toca usar el mercurio, que liga el oro y aparta la jagua. Es mucho trabajo. El oro es un metal maldito que uno persigue sin descanso y sin razón. Como a una mujer de mala vida que le ha dejado a uno ventear su sexo. No todas ellas dejan oler ese murmullo.

Yo no había tenido mujer desde aquella que conocí en el caño Camoa de San Martín y después en la cama. Llamaba Janet y si no he dicho cómo era, quiero decir que era flaca, pequeña y rápida. Me quedó grabada el tiempo en que di vueltas hasta llegar a Venadito porque además de haber sido el primer amañe, me dejó de recuerdo una gonorrea. Yo no era entendido en mujeres ni en enfermedades y

por eso cuando la rasquiña dejó como albacea el goteo, y el goteo se volvió una pasión por ella, pensé que me había hecho un encanto. El médico me sacó del error a punta de penicilina.

En Guzmán volví a las andadas. Un día coroné un cochano que pesó casi un castellano. ¡Era una belleza! No quise cambiarlo por plata porque me encariñé de tanto acariciarlo. Fue así hasta que caí al barrio. Yo las había visto haciendo equilibrio con sus zapatos altos en esos barriales. Sabían manejar su debilidad y atraerlo a uno sin mirarlo. No salían mucho de sus casas, lo hacían de tarde en tarde. El cura y las señoras del comercio las tenían prohibidas y querían mantenerlas en sus piezas, pero ellas, más avispadas y sabiendo que desde el cura hasta los maridos de las señoras las deseaban, se pavoneaban vendiendo su mercancía. Y yo con mi cochano en el bolsillo y ellas tintineando. No, no había modo de transar con el ahorro. Acaricié mi cochano y a donde ellas fui a parar. Me engargolé con una llanerita menuda y alegre como un colibrí. Usaba el cabello corto a diferencia de las otras, que lo tenían largo y les caía hombros abajo. Me gustó por eso, no era igual a las demás y no trataba de sacarme de balde el cochano. Hablaba de sus cosas después de estar juntos. No apuraba y no cobraba al chan con chan. Daba tiempo a que uno la sintiera como mujer. Me fui enamorando, creo, porque se me olvidó el cochano y comprendí por qué los antiguos llamaban a las minas placeres. Me encapriché con Iris y la saqué a vivir en lo sano.

La obligación se dobló. Me ayudaba a minear, pero también a mirar un corte de coca que tenía por caño Remolino, que bota aguas al Putumayo en Piñuña Blanco, un puerto renombrado donde llegaban compradores con sus balanzas y grameras y sus cajones de billete a comprar toda la mercancía que por esas aguas saliera. Ella era una mujer avispada y no le tenía agüero a nada ni les temía a las sombras. Prácticamente, como se dice, ella veía por ese negocio mientras yo les robaba briznas de oro a los barrancos. A ella la cogió una fumiga en el corte. Había bajado a mandar picar una hoja recogida antes de que mermara el rendimiento, porque con el tiempo se disminuye lo que se va a volver merca con los químicos. Se fue madrugada. Cuando estaba llegando oyó los helicópteros atalayando desde arriba el operativo. Los helicópteros se sostienen muy altos para que los tiros de la guerrilla no

los alcancen. Desde allá vigilan, rastrean con sus aparatos si hay gente armada por ahí, detallan dónde están los cortes más concentrados, miden la dirección del viento y detectan los picaderos. Después pasan los aviones. Desde que los helicópteros apuntan en lo alto, se sabe que por lo bajo no tarda en llover veneno. Así fue esa vez. Diez minutos después de oír los motores de los helicópteros entraron los aviones. Pasaban volando tan bajo, que se les alcanzaba a ver a los pilotos hasta el color azul de sus ojos, contaba ella. Dejan todo como si hubiera caído rocío; una hora después las matas sudan y dos horas más tarde están achicharradas. Por eso si se quiere salvar las matas, hay que soquearlas al mil.

Lo grave no fue la fumigación, lo grave estaba por llegar. No alcanzó a salir de la zona cuando entró el Ejército a quemar cambuches, picaderos y a echarle mano a todo viviente. A Iris la pillaron, la amarraron con un lazo y la sacaron por Piñuña a Puerto Asís. La detuvieron atormentándola con el cuento de que ella era sabedora de la guerrilla, que ella tenía por obligación que saber de pasaderos y llegaderos. Ella inocente. Ni conocía a la gente de monte. El Frente 49 andareguea por ahí. Pero cómo le dice uno a la ley «si no puede el Ejército, bien armado y alimentado como anda, ¿qué va a poder hacer uno sin autoridad y a mera saliva?». La rescaté antes de que la remitieran a Mocoa. Transé a un capitán que convino en dejarla libre. Me la entregaron como un animalito asustado. Temblaba, se le salía el corazón por el pecho.

Volvimos en un expreso a Puerto Guzmán. Trabajamos otra vez unos meses hasta que nos convencimos de que con oro no daba la cuenta y salíamos a deber. La mera remesa costaba más que lo que en oro limpio sacaba. Lo que nos hacía boyar y no ahogarnos era la coquita. Le dimos vueltas al asunto hasta que dijimos: «Sigamos tentando la suerte donde ella cae más». Hay números de ruleta donde la bolita se amaña. Nos cambiamos de río. El Mecaya era muy afamado. Uno llega a una selva de esas donde apenas hay trochas, a buscar socorro. El miedo da vueltas como el tigre. Hasta que se encuentra la mano abierta de otro como uno que lo orienta y le ayuda a levantar el paroid donde guarecerse. Uno va ganándole campo a la suerte: una mata de yuca, una guatinaja, una rula, una mula, un motor. Se gasta la vida en

esa lista. Los vecinos ayudan a meterse, y a quedarse. Nosotros hicimos amistad con gentes que venían de Campoalegre, Huila; de La Macarena; del Orteguaza, todas corridas, acosadas. Hicimos minga y mingas; trabajábamos en junta y nos dábamos la mano y el brazo. Organizamos un campeonato de fútbol y jugábamos en todas las trochas. En las colonias se llama trocha lo que después se llamará vereda. Eran seis equipos con camiseta propia que nos regaló la misma Alcaldía de Solano, a la que pertenecen la inspección de Mecaya y el mismo río Mecaya. Yo fui elegido árbitro por todos los equipos. Cada domingo se jugaban dos partidos en distintas comunidades, lo que dio un campo de fútbol en cada trocha. Pité correctamente. Ni para un lado ni para el otro, con ser que el equipo de mi zona no era el ganador. Por pitar bien me nombraron candidato a la presidencia de la junta central de la acción comunal del Mecaya. Gané. No sabía qué había ganado porque a los días estalló el paro cocalero del Guaviare, del Caquetá y del Putumayo. Mejor dicho, me nombraron porque sabía pitar a tiempo y a quien fuera. Lo más grave para Iris fue que me nombraron también en la mesa de negociaciones de Puerto Caicedo, que fue, con la de Puerto Asís, la más fuerte y la más revoltosa. Iris vivía rezando aunque no lo supiera hacer porque por la televisión pasaban las garroteras que nos daban. La más peligrosa no fue de garrote, sino a física bala, cuando nos tomamos el aeropuerto Tres de Mayo, de Puerto Asís. Nosotros con solo piedras y el Ejército con fusiles. En la pista lo que quedó fueron muertos nuestros. El paro cocalero no dejó solo difuntos sino también perseguidos. Después de firmar con el Gobierno un acuerdo para que no se nos persiguiera, para que no se nos acusara de narcotraficantes, para que nos ayudara con programas de crédito y vías, después de todo eso, no solo nos botó encima la Brigada Selva, de Santa Ana, sino que la mayoría de los dirigentes del paro resultaron asesinados. Los pocos que se salvaron, como el negro Mosquera, fue porque se metieron al monte y se organizaron con la guerrilla.

Iris no me dejó volver al Mecaya. Resolvimos buscar a mi hermano Rogelio, que tenía una mejora por los lados de El Cedral. Ya tenía medio paradas cercas y casa de material porque había sabido trabajar la coca. Me hizo campo y me dio montaña para trabajar. Volvimos a

poner en ceros la máquina, a despegar motor otra vez. Nada podíamos hacer distinto a obedecer a la necesidad, madre de todo trabajo y de toda ilusión. El Cedral había sido una región estropeada por la guerra. Allí fue conocido, tuvo rancha y ganó peleas Marcos Chalita, comandante del Ejército Sur del M-19 que se tomó Florencia. La gente sabía de organización, había sido pulseada por el paro y daba la talla.

Mi hermano me dio un pie de cría para levantar al aumento. Hicimos, con Iris, potreros trochando selva, quemando rastrojales y civilizando la tierra con maíz. Fue duro. Etelvina me prestó una plata y la aumentamos con el cultivo de arroz y con una fábrica de queso y de kumis que llevábamos a vender a Santa Ana. Fuimos encontrando el modo, hasta que llegó la sísmica a catear si topaba petróleo por el Cedral, por el Mecaya, por el Caimán, ríos todos conocidos y recorridos por nosotros. Yo andaba también sacando madera del Mecaya. La arrastraba en mulas hasta el río y de ahí la sacaba hasta el Caquetá. Había buenas manchas. Organicé a los aserradores, que eran muchos. Mi idea era trabajar la madera en el Putumayo en vez de exportarla en bloques. Podíamos hacer carpinterías, ebanisterías, trabajar muebles y venderlos hechos. Estábamos en ese proyecto cuando, como digo, llegó la línea de sísmica y la trazaron por encima del camino por donde sacábamos la madera. Era una trocha que habíamos hecho buscándoles los laditos a las lomas, para no hacer ni muy pesadas las subidas, ni muy resbalosas las bajadas ni muy largo el trecho. Era una trocha tendidita, suave. Nosotros no hacemos trochas por cualquier lado; las hacemos oyéndonos el resuello, sudándolas, mirando dónde están las chucuas, dónde desborda el agua. La sísmica no fue problema. Pasaban los ingenieros, los topógrafos, los obreros, y nosotros les colaborábamos. Encontraron petróleo en cuatro puntos que se volvieron cuatro pozos: Mansollá, Cencellá, La Alborada y el Sibundoy. Pero detrás llegó el Ejército y dio en construir la base en el Mansollá: cien hombres para cuidar los pozos. Yo alegué duro con el comandante porque sentaron la base sobre el camino que nosotros habíamos abierto y por donde ya entraban carros. Arrasaron un área grande de montaña para poder mirar si la guerrilla los atacaba. Hay que limpiar monte para evitar riesgos, decía el capitán. Nos gritamos. Me llevó a la base de Santa Ana a responder ante el coronel. Le dije lo

mismo:

—Nosotros llegamos antes, ustedes son advenedizos, tienen que respetar. Yo no entro a su casa a imponerme, yo golpeo, yo pido permiso, yo no entro a repartir culata.

Se emberracó, me amenazó y se despidió diciéndome:

—Cuídese mucho.

Yo entendí de qué se trataba la cosa y le seguí el consejo. A los pocos días un vecino llegó a decirme que la tropa estaba alzando la madera que yo había dejado arrumada no muy lejos de la base. Me habían hecho descargarla donde tenían un retén porque necesitaba un permiso que daba Corpoamazonía. Yo no lo tenía y ni sabía que se necesitaba. Tenía la idea de ir a sacarlo, pero se me fue pasando el tiempo. Llegué donde el teniente del retén a reclamarle:

—Esa madera es mía.

—Esa madera —me contestó— es nuestra, está en área de nuestra jurisdicción y hasta que usted me traiga el permiso y la licencia de transporte, es de la Nación, mejor dicho, de la base.

Yo me emputé también y le reviré:

—Por eso les pasa lo que les pasa.

La cosa pasó, pero a los días me llegaron con orden de arresto. Me esposaron y me llevaron como una res a la base de Santa Ana. Dos días sin pan ni agua. Iris y mis hermanos se movieron con Defensoría, Alcaldía y con la Diócesis de Mocoa. Vieron que no estaba solo. Me llamó el coronel:

—Usted —me dijo— llevó hace una semana una remesa grande al Frente 48 de las FARC. Tenemos pruebas.

—Pruebas —dije yo— las que tengo: usted se roba mi madera para construir su base.

—Eso lo tendrá que probar ante el comando. Queda arrestado por injuria y calumnia y por colaboración con los bandidos.

Dos días guardado y llegaron los soldaditos a largarme:

—Que el coronel manda decirle que se vaya.

Era una ley de fuga. Dije:

—Sí, me voy, pero cuando venga por mí Defensoría.

Así fue. Entendí claro el mensaje, mi madre me lo tradujo:

—Váyase, hijo. Aquí lo matan.

A los cuatro días emboscaron al teniente y le mataron doce unidades de su compañía en la carretera. Se me yelaron los sentidos. El Ejército tenía que responderle a la guerrilla para borrar el golpe. Los que tenía en la mira, por inquina, por malquerencia, por chisme de algún sapo o simplemente porque nadie veía por ellos, tenían —mejor, teníamos— que desaparecer o ser desaparecidos por él para aparecer después con los dedos engarrotados entre el gatillo de alguna arma decomisada que se oxidaba en el armerillo. Había que salir. Salí. Por trocha hasta Puerto Asís, y por el Guamuez en curiara, hasta la boca del Cuembí. Me fui por los laditos para no caer en un retén. Al otro lado del Cuembí está Ecuador. Iris se quedó en la finca, no queríamos venderla. Pensábamos que mi salida era solo por unos días, que las aguas bajarían pronto, que al teniente lo cambiarían, que la cosa se iría borrando. Con lo que no contábamos era con que en Ecuador nos podíamos amañar. Uno sin el peso de un tiro en la nuca puede respirar.

4.

Al Ecuador llegué como acabado de nacer, sin conocer a nadie, sin saber cómo iba a vivir ni qué iba a comer. Puerto Nuevo es un pueblo ya con calles, plaza, embarcadero, iglesia y colombianos. Fue fundado por los que corrieron mi suerte antes de mí, porque todos los que habitamos estos aires somos huyentes. Llegué a una residencia que llamaban Las Bagres. Al principio no recaí que el nombre en el aviso era otro: hotel Mi Casa. Era —y sigue igual— una construcción en madera, pintada de azul, de dos pisos y veinte habitaciones, que en verdad venían a ser meros sitios con una cama, un cajón, un gancho y una esperma en una botella. Era un acostadero, porque de pie no había cómo moverse. Me tocó una pieza trasera, sobre los servicios. Por las ranuras del piso entraba el mundo que se esconde en los sanitarios, y por las hendijas que daban al solar trasero, la música de los bares del otro lado de la calle. Pero de todo eso me fui dando cuenta poco a poco, hendija por hendija. No todo sucedía al mismo tiempo. Cuando completé el cuadro le reclamé a la dueña, una mujer a la que tenían que hacerle cama, y asiento, porque en ninguna parte cabía. Me

respondió:

—Hable con mi hermana, que está al otro lado de la casa.

El otro lado de la casa era igual al primer lado de la casa y la hermana era igual a su hermana y estaba sentada en una silla igual y seguramente dormía en una cama igual. Todo era como mirarse en un espejo. La segunda hermana me dijo:

—A los tres días le cambio de cuarto.

Acepté sin protestar porque la mujer tenía un modo amable, lento, tan distinto al nuestro. Para contestarme se echó su rato y yo le acepté el trato. Quedó también en darme la alimentación. La gente ahí, por más colombiana que sea, se vuelve confiada.

Lo primero que hice —y así se debe hacer— fue conocer el pueblo donde iba a vivir mientras llegaba Iris. Yo no quería hacer nada sin ella. La llamé por celular. Yo no había traído el mío porque me dijeron que por ahí lo seguían a uno sin necesidad siquiera de encenderlo. El celular es como una estación de radio, transmite todo. No solo lo que uno dice. Eso dicen, y a lo que muchos dicen no se le puede hacer la oreja mocha. En Puerto Nuevo hay minutos por todas partes. En un poste de luz puede haber amarrados una docena de celulares, todos para llamar a los de enfrente, como se dice. Colombia, ahí, se llama el Vecino o el Enfrente. «Voy a ver cómo amanecieron los de enfrente», dice uno cuando amanece. Y es verdad, lo primerito que uno hace después de abrir las vistas es mirar al otro lado del río San Miguel. A nada, pero es como una manera de no sentirse un faltón. Una palabra que a mí me quedó ardiendo desde cuando me la botó en la cara Iris el día que le dije: «Vámonos». Se quedó mirándome, ofendida, y me rebotó un: «¿Acaso yo soy una faltona?». Eso fue antes de la emboscada porque al saber de los muertos del Ejército, entendió el peligro en que yo andaba. La llamé ese primer día, estrenando pueblo. Se alegró de oírme pero no preguntó ni el dónde ni el por dónde ni el cómo ni el cuándo. Habló de la finca, de la casa. Astuta. No les iba a dar regalado ningún dato mío. Habló como si yo estuviera en Puerto Asís. Ella, como si nada, y yo, como si todo me hubiera pasado en ese par de días sin oírla.

Puerto Nuevo es más largo que ancho por tener de costado el río. Los solares de la calle principal miran todos pasar el San Miguel, que

ahí corre lento. La calle primera es larga y la mayoría de las casas son comercios: tiendas de grano y de líchigo, ferreterías y farmacias, billares y discotecas, jugaderos de sapo y minitejo, y panaderías, muchas panaderías. Todas de colombianos, no hay una sola de ecuatorianos. No sé por qué a los colombianos nos gusta tanto el pan, o mejor las galguerías, porque eso es lo que más se vende en las panaderías. No hay panadero pobre. Es como si siempre, y a todas horas, nos mantuviéramos con hambre. Pero con un hambre sin aguante, que se quiere calmar ahí mismo, ya; un hambre que pide un pan, un roscón, un liberal. Que pide cualquier cosa, que es más ganas de comer que hambre.

—Más raro —le decía yo a Iris—, aquí todas las panaderías son de tolimas.

Por eso me sentí con peso para ir a pedir trabajo en la panadería El Aliño. Efectivamente, encontré. El dueño era un hombre de Roncesvalles, también correteado, y de dos palabras: sí y no. Me puso a darle a la masa.

—Hágale —me dijo— como si fuera su mujer. Mire bien cómo se hace la masa del pan de leche.

Puso los ingredientes en la mesa, me mandó lavar las manos y comenzó a mezclar la harina con la levadura con el agua con el huevo con los aliños, una cosa detrás de otra.

—Son medidas fijas, no se equivoque porque le sale mal, se le pasma, o le sale duro o quebradizo o sonso. Con cuidado, primero acaricie la masa, después cójale confianza, después golpéela y vuelva a la caricia, y otra vez trátela duro, hágase sentir, que ella lo necesita, y cuando ya no se le pegue, déjela quieta, cúbrala y espere a que ella coja el tamaño que le gusta. Ya verá, crece, se esponja, se muestra viva. Dice ya. Entonces usted, como si ella fuera una mujer rendida, la corta en pedazos iguales, iguala las porciones en la lata, las cicatricea con el cuchillo, y al horno. Pero no se eche a descansar, tiene que estar atento y sin abrir la puerta del horno saber cuándo está hecho el pan. Él avisa, huele. Él se toma el horno, la panadería, la calle. Cuando la gente se para a oler, el pan está listo. Es la medida. Siempre alguien se para a oler. Nadie resiste oler a pan sin mirar de dónde sale ese olor recién hecho. Detalle bien: son 23 minutos, ni uno más ni uno menos.

Fui saliendo del camino entre Los Bagres y El Aliño poco a poco. Primero al billar, donde jugando se hace conversación y uno le toma el pulso al pueblo. Hice amistad con un opita de Palermo. Había sido zapatero desde niño, igual que el padre. Arreglaba zapatos de todo tipo, hasta que la gente comenzó a usar tenis y entonces dejó de utilizar los clavos para pasarse al pegante. El cambio les hizo mal a los pulmones. Los pegantes son venenos y tuvo que dejar la profesión para volverse cambalachero, es decir, compro aquí, vendo allá. Sobreaguaba. Era político y ganó unas elecciones al Concejo con la Unión Patriótica. Llegó a ser muy estimado, hasta que comenzaron a matar a su gente, entonces lo dejaron solo. Nadie volvió a saludarlo, ni siquiera a mirarlo. Le llegaban cartas dándole la fecha en que lo matarían, avisos de muerte: «Don Tal ha dejado de existir, sus parientes tales y tales agradecen a sus amigos…»; le llegaban sufragios con gotas de sangre secas sobre su nombre. Una mañana apareció colgada en el portón de su casa una mano de hombre, como una garra, cortada por la coyuntura. Era de un compañero de luchas que había aparecido muerto por los lados de Calarma, una región empeñosa en defenderse.

Con el opita, llamado Calixto Berdugo, abrí la puerta del pueblo. En Ecuador se hizo dentista y le arreglaba las muelas al que se le pusiera. Más que arreglar muelas, las sacaba sin dolor. O con dolor, porque también era competente para distraer al paciente con fotografías de gente del pueblo que él mismo tomaba. El paciente ponía toda su atención en mirar cuándo podía salir él mismo y, en esas, don Calixto pegaba el jalonazo.

Puerto Nuevo fue llamado antes La Balastrera, dos kilómetros río arriba de donde está hoy. Es un punto donde las aguas se dejan manejar más y por tanto se volvió un pasadero fácil. Del lado de acá sale uno a la carretera a Pacayacú, y de ahí a Lago Agrio o a El Coca. Un sitio harto transitado. Y más transitado porque comunica con El Azul, en nuestro lado colombiano. El Azul es historia. Fue un llegadero de las FARC hasta que las sacaron a plomo los paramilitares por allá en el 85. El jefe era Yair Klein. Había contratado con el Ejército entrenar gente para dirigir la toma de Casaverde, o sea el comando donde habitaban los grandes de la guerrilla. Entrenó comandos, pero las FARC

se lo pillaron y como no se habían ido de la zona sino solo retirado de El Azul, estaban enteras. Saben hacerlo así. Fue la época en que por el San Miguel y el Putumayo bajaban finados inflados como vejigas de pescado al sol. En El Carmen, donde hay un batallón del Ejército ecuatoriano, rescataron unos cadáveres de gringos de la DEA. Las FARC les cayeron a los paramilitares en el hotel Chilimaco y lo destruyeron de un bombazo; después se les metieron en El Azul, la propia madre de los paracos, y lo destruyeron a dinamita. No quedó ni el enchape de los baños. Todo se hizo polvo como en miércoles santo. La Balastrera sirvió de puente a los narcos para sacar la coca, y a la guerrilla para remesar lo que necesitaban, que era mucho porque el frente tenía muchos hombres y no poquitas mujeres. El gobierno de Febres Cordero no aguantó el pasadero y mandó a su tropa a quemar el pueblo. Y cumplieron la orden. Pero la gente de uno y de otro lado del río necesitaba un punto por dónde pasar porque toda esta tierra es la misma. Los canoeros son los que saben de pasaderos, conocen los fondos de las aguas y habían encontrado puntos firmes y cercanos uno de otro, en el río San Miguel. Al principio se volvió el pasadero al que obligó la quema de La Balastrera, hasta que Luis Espinal puso una venta de gaseosa en la costa ecuatoriana debajo de un entechado de palma. Después le metió cerveza, después galletas, después dulces, después botas, capas, machetes, plásticos y plásticos. Otro le puso la competencia enfrente. Ya eran dos ventas con las mismas cosas. Una señora templó un encapullado, puso un fogón, una mesa y fundó un restaurante. Alguien llegó y puso un sapo y un minitejo; otro, un billar; otro más, una discoteca. Después se abrieron dos residencias para viajantes y vendedores de paso. La gente fue cayendo como avispas en una paila de panela. Toda era colombiana; toda correteada por las fumigaciones, los combates, la malquerencia y las deudas. Porque aquí no se llega por una mera causa, aunque todas sean la misma cosa. El Gobierno dio el brazo a torcer y construyó una escuela; después llegaron los predicadores —encorbatados, bien vestidos, amables— y pusieron su templo. Ya con tanta seguridad se levantaron casas y casas. El pueblo necesitaba tener dónde vivir. A don Luis lo conocen por fundador porque regaló lotes de su finca para que se abriera plaza y el puerto se fuera haciendo.

5.

Tacaba yo en el billar una noche cuando por el espejo que había frente a las mesas vi, como ver un rayo, la sombra de Ciro. Yo dejé el taco recostado a la mesa y volteé a mirar con cuidado, despacio, como para no espantarla si fuera su alma. Cuando los ojos enfocaron bien, a nadie pillé. Me serené. Había sido un sueño pasado por sombras. Al otro día le pregunté a don Calixto:

—Óigame, ¿usted no ha reparado en una persona así y así: más acuerpada que yo, pero con un caratejo en la mano derecha?

—Aquí pasa mucha gente y no es costumbre preguntar cómo se llaman, ni de dónde vienen, ni para dónde van. Usted sabe, mi amigo, que con compatriotas de huida no es bueno meterse y aquí todo forastero llega corrido. ¿Por qué me pregunta eso?

—No —le dije—, porque a mi hermano lo mataron en Mapiripán, pero usted sabe, uno hasta no mirar el cuerpo del muerto, así como lo miro a usted, mantiene la esperanza viva.

Pero yo quedé con la inquina y andaba mosca mirando a todo mundo. A la semana ya había olvidado el caso. Cuando de repente, de guarapazo, me tropiezo con Ciro al entrar a la residencia. Fue como si me hubiera caído la casa encima. Quedé aplastado. Era un sueño vivo. Grité, desde mi propio corazón hasta su corazón de él. Un grito entre grito y resuello. No grité Ciro, ni hermano, ni nada que fuera palabra. Él no gritó. Era un hombre disciplinado; sabía que los gritos se guardan adentro. ¡Ciro estaba vivo, estaba frente a mí! Nos abrazamos. No podría decir que no lloramos porque el abrazo no dio tiempo de mirar.

Cuando ya sabíamos que éramos nosotros, conversamos y nos contamos lo que de nosotros no sabíamos. O mejor, lo que yo no sabía de él, porque él, aunque no pudiera ir a vernos ni mandarnos un mensaje, andaba enterado de nosotros y de nuestras suertes. No le convenía que alguien supiera que había quedado vivo de aquella matazón. No quería que se supiera cómo había huido hacia Charras nadando por la orilla del río, sin sacar siquiera los brazos para no chapalear, cómo se enredó en un matorral de uña de gato que lo dejó sangrando, cómo duró un día y una noche en la laguna de Las Toninas. Ahí, en una mata de monte sombrío, se aguantó sin moverse hasta que

volvió la noche y, así, como una sombra, arrimó a Puerto Alvira. Miró desde lejos el movimiento del pueblo. Había Ejército y gente de gobierno. Decidió golpear la ventana de un conocido para pedirle ayuda. No que lo escondiera, sino que le hiciera la vuelta con el cura, un italiano en el que él, mi hermano, tenía confianza. El cura lo escondió en la casa cural un mes, hasta que la escama se calmó. Salió como perro de agua de su madriguera, mirando con cuidado, cosa por cosa. De nadie podía confiar. El miedo cuando entra ensangrentado no sabe salir agachado. Llega a quedarse a vivir. La gente no vuelve a mirar a los ojos, no levanta la cara, olvida nombres, olvida conocidos, olvida. A la gente la matan para que olvide y olvidados queden sus muertos. El cura lo recomendó a unos muchachos para salir por Caño Macú a reventar en Tomachipán, donde ya tenía amigos de confianza. La travesía duró quince días porque es territorio de unos indios cabecipelados que no saben comer carne. Al fin se encontró con su gente y con ella siguió.

No demoró mucho en Puerto Nuevo. Siguió su camino para donde iba; me pidió, sí, que no fuera a contar nada en la casa, que el tiempo de boyar no había llegado aún y que seguía muerto en Mapiripán hasta nueva orden. Dijo «nueva orden» de tal manera que entendí.

Pasaron los días amasando pan. Los músculos de los brazos se volvieron fuertes de tanta masa que moví y tanto dolor de cuello que sufrí. Con Iris hablaba por celular pero no me daba mañas de hacerle entender que Ciro estaba vivo. Ella notaba que algo quería decirle, sin decirle, y una buena tarde que yo pasaba por el embarcadero apareció con sus cositas en un costal de harina. Todo se fue en besos porque cayó de sorpresa. Sin llegar a descargar donde las Bagres le pagué una cerveza porque venía seca, y como seguía seca de tanto hablar, nos tomamos varias, hasta que en la mesa no cupieron los cascos y nos fuimos a dormir. No cabíamos en el catre porque son solo para un cristiano. Pero para nosotros ese no fue problema esa noche. Fue problema cuando trajimos el costal de harina que habíamos olvidado debajo de la mesa donde bebimos. Ya no cabíamos. Ella quería residencia con baño y yo no tenía cómo pagar pieza con servicio. Discutimos y por fin se avino a mi situación. Yo no tenía mujer en el Puerto y por eso no hubo desconfianza.

Con ella a las costillas lo que ganaba en la panadería no nos alcanzaba. Dimos vueltas al molino pensando cómo podíamos salir a flote. El problema es el de siempre: para hacer algo se necesita de una base, pero para tener la base se necesita hacer algo. Los grandes pueden hacer buenos negocios porque han hecho buenos negocios, pero uno, como nunca ha coronado, no tiene dónde apoyarse para saltar. De para arriba la cosa es como un alambique, se va subiendo. Y de para abajo, igual, se va bajando. Esa es la diferencia entre unos y otros: el que más tiene, más agarra; el que menos tiene, cada día tiene menos. El que más saliva tiene, más harina come. Pongamos una venta de buñuelos y arepas, pensamos a la madrugada. Sí, dijo el otro a las nueve de la mañana, pero ¿con qué se compra estufa, cilindros de gas, harina, queso, se paga arriendo? Cualquier negocio tiene la misma gana, la misma necesidad y el mismo problema. Lo que saca del alambique es la coca. Por eso la gente la cultiva, porque ahí, con un poco de trabajo, un poco de tierra y ganas, se va haciendo la base.

Iris era enemiga de esta causa. Ya había sufrido el daño de los aviones fumigando. En Ecuador no fumigan porque no hay coca, y si fumigan es porque los aviones sueltan su veneno sobre la baliza porque saben que aquí hay compatriotas y el Gobierno siempre quiere rendirlo a uno, y perseguirlo, y llegarle a donde uno vaya. No queríamos dañar tampoco el escampadero. Si los colombianos sembramos coca de este lado de la frontera, el mal nos lo hacemos nosotros mismos. El Ecuador no se puede calentar. Más bien nosotros hacemos respetar el refugio. Cuando se sabe que alguno de nosotros ha hecho semillero o traído retoños, vamos, muy respetuosos, a decirle:

—Caiga en cuenta de que eso nos hace daño a todos. No es lo mismo allá, donde nos persiguen, que aquí, donde nos protegen.

Hay muchos, sí, que viven aquí y trabajan allá, y no solo colombianos; también hay ecuatorianos que residen de este lado y tienen allá su corte de coca. A la vida hay que hacerle el juego con la carta que juegue. Pensamos en trabajar otra vez el aserrío. Eso fue lo que nací mirando: tumbe, corte, saque.

—En los montes del Cencellá —le dije a Iris— hay madera, buenos palos, robustos y alentados. Se sacan por agua hasta el Piñuña, y de ahí en camiones con malacate.

Convino y nos pusimos a negociar madera puesta en el Piñuña para sacar por el San Miguel, río que hace límite y entra al Ecuador, hasta Tigre Playa —cerca a donde mataron a Raúl Reyes—, y de ese puerto, por carretera, otra vez hasta Tarapoa. Nosotros solo comprábamos y vendíamos bloques de madera fina, apreciada en las zonas petroleras porque aguanta. Las compañías tienen planes de quedarse a como dé lugar y cueste lo que cueste. Las petroleras ecuatorianas, que son las mismas nuestras, se ranchan en sus hundideros como mula coja.

La madera nos dio. Al principio Iris negociaba los palos y yo hacía la base con el pan, y así fuimos andando con una pata en cada estribo. Compramos en Puerto Nuevo un solar, en un barrio que nacía y a donde llegaban y llegaban compatriotas como si hubieran abierto una compuerta. Venían a posarse en Ecuador buscando dónde botar el último resuello. Sin un peso, con cinco críos y con miedo, un miedo que no sabe esconderse.

En el barrio nuevo —que así quedó llamándose— queríamos hacer con Iris una casa con negocio, y viendo la necesidad que nuestra gente traía, las enfermedades que cargaban, miramos que la suerte podía sonar por el lado de la droguería. No había en el sector y siempre, en todas partes, duele la muela, duele el oído, duelen las corvas, duele la cintura; hay gripa, hay fiebre, hay infección. Montamos un estante en el primer piso mientras hacíamos el segundo, y pasamos nuestra cama al rincón y la tapamos con una cortina. Iris atendía el mostrador, que eran cuatro pastillas y dos frascos. Ella tenía genio para tratar a los dolientes. Unos llegaban con la fiebre, se les daba su pastilla; otros llegaban con el reuma alborotado, se les daba su pomada. Pero casi todo mundo llegaba quejándose sin saber de qué ni de dónde. Eran como dolores por todo lado, como fatigas por ahí, como malestares en redondo. Y a ellos también ella los curaba conversándolos, llevándolos por los caminos que quisieran andar. Por eso hizo clientela Droguería La Confianza y en un año teníamos ayudante, yo había dejado de amasar y la terraza era ya otro piso donde pasamos cama, metimos armario y preparamos un moisés para el encargo que teníamos hecho y que nació pequeña, despierta y pestañera. No quisimos meternos con la plata de DMG, que era la moda. Uno metía un millón de pesos y al mes tenía dos, y a los dos meses, cuatro, y así. Era buen negocio. En

Puerto Asís, en La Hormiga, en La Dorada, en todo caserío uno veía gente jugando cartas, tomando cerveza, puteando —como se dice—, sin hacer nada más porque la plata trabajaba sola. Ya no importaba que las avionetas fumigaran. «Que fumiguen lo que se les dé la gana —decían los trabajadores de la coca—, nosotros estamos cobijados por Murcia». Y no era Murcia. Se sabía que él le hacía la vuelta a un Jorge 40, a un Macaco, a un Don Berna, que no sabían cómo volver sus dólares pesos y por ahí encontraron el camino. Se sabía. En Puerto Nuevo hubo oficina de DMG con escritorio, secretaria y teléfono. A nosotros tanta belleza nos olía a feo. Iris nunca convino en jugarnos una partida con esas cartas. El negocio de la droguería nos daba para vivir.

Nos abastecíamos de remedios tanto en Lago Agrio como en Puerto Asís. Ella, para el Puerto, y yo, para el Lago. Hay cosas más baratas y abundantes en un lado; como lo de untar —en este lado—, pero también cosas más caras, como la pastilla. Salíamos cada cual con su misión y su destino, al mismo tiempo, y regresábamos a Puerto Nuevo al mismo tiempo. Cuando llegó la niña, mi ruta cambió, iba para arriba, por el San Miguel hasta la bocana del Cuembí y luego por el Guamuez hasta Asís. Remesaba la droga y al otro día estaba de este lado. Era arriesgado. El Ejército no perdona y los paramilitares no olvidan. No podía demorar ni para tomarme una cerveza; yo era conocido y la gente no tiene quieta la lengua. A veces nos sentíamos bloqueados y con ganas de alzar el vuelo más adentro, por allá para los lados de Orellana, un pueblo llamado también Coca, a donde muchos colombianos iban a parar detrás de la plata que dejan las petroleras. Estuvimos arreglando arreos para las selvas del Tiputini, donde los colombianos sacaban maderas por las trochas que las petroleras iban abriendo, así como se hizo en Orito. Las compañías pagaban el desmonte para hacer los caminos que necesitaban para meter los taladros, para montar el oleoducto. En Ecuador el negocio era mejor porque las compañías pagaban el desmonte y la madera quedaba libre. Se ganaba por punta y punta. Con lo que las compañías pagaban se libraba el flete para sacar los palos a Orellana y de ahí para adelante todo era ganancia. Pero tampoco quisimos irnos con esa ilusión.

Es que todo lo que sucede en Colombia se recoge en Ecuador. La coca, las platas de DMG y las bombas. Un día oímos un estruendo como de fin de mundo. La tierra temblaba, el río se volvió una sola ola, el agua se colaba por el tablado de las casas que daban contra el río y que están entarimadas sobre vigas altas. Fueron seis bombazos tirados desde la otra orilla por el Ejército colombiano o, para más veras, por el Batallón de Selva Número 27. Eran las siete de la mañana del 6 de julio del año 2005. Sabíamos que el día anterior el Frente 48 de las FARC había atacado la base del Batallón Petrolero de Teteyé. La noticia la dio Caracol y no hubiera necesitado hacerlo porque días antes, por la emisora de la guerrilla, el Frente 48 le había dicho al Ejército que se anduviera con cuidado porque iban a golpearlo, como venganza por las fumigaciones y por haber hecho correr a mucha gente de sus cultivos. Ya habían cortado el paso por el Cuembí y volado el oleoducto de Orito. La noticia no era noticia. Todo mundo estaba advertido. Lo que nadie pensó fue que acusaran a Puerto Nuevo de ser base de las FARC, como lo dijo el alcalde de Puerto Asís. Nadie supo de dónde sacó que la columna Teófilo Forero, o el Frente 48, o el 32, habían salido de Puerto Nuevo. Como era mentira, nadie creyó que el Ejército podía bombardear. Pero bombardeó. Era que ya nosotros, los colombianos, no podíamos estar quietos en ninguna parte porque allí caía el Ejército a perseguir. Nadie quiso decir nada, pero todos pensamos que el bombardeo a Puerto Nuevo fue una manera de catear al gobierno de Ecuador. Uribe quería saber cuál era el revire del vecino y como no dijo nada y dejó pasar el bombardeo de balde, pues después vino lo que vino: lo de Reyes.

Las bombas fueron un campanazo que nos despertó a muchos. Un mes después fue la marcha sobre Quito, organizada por los indígenas de la Conaie y Pachakutik, que había comenzado un mes antes. O para mejor decir, el 6 de julio fue el ataque a Teteyé y el 13 de julio comenzaron a moverse los indios huaorani contra el gobierno del presidente Palacio. Salieron del Parque Nacional de Yasuní a protestar porque las petroleras estaban haciéndoles carreteras en su región, una selva embejucada donde blancos casi no había. Era la misma selva a donde nos habían invitado a sacar madera, dos o tres días abajo de Orellana. Los indios llegaron con plumas, arcos, flechas y lanzas a

protestar en Quito. Fueron ellos los que estallaron en Ecuador una bomba más fuerte que todas las que el Ejército colombiano nos botó en el San Miguel. El 15 de agosto salimos a protestar contra las petroleras desde Sucumbíos. Todo Lago Agrio, Puerto El Carmen, Tarapoa, Pacayacú, General Farfán y nosotros, los de Puerto Nuevo, salimos a protestar contra la Oxy, contra Petrobras, contra Petroecuador y, sobre todo, contra la base militar de Manta.

Mi hermano Ciro llegó a entusiasmarnos con la marcha. Nos explicó que lo del petróleo era lo mismo que sucedía en Colombia, que así como las balas y las bombas no conocen frontera, así mismo, las petroleras no respetan raya y que lo de Manta había que comenzar a pelearlo en Ecuador, porque en Colombia, tarde o temprano, sucedería lo mismo. Él es un hombre alebrestado y sabido. En Puerto Nuevo vivían pocos ecuatorianos, casi el pueblo todo era colombiano. Mi hermano golpeó en cada casa y en cada negocio y entró a explicar la causa de la marcha. Dijo que nosotros teníamos una deuda con el pueblo ecuatoriano, que era el que de verdad nos defendía y alojaba, y que teníamos que pagarla. Nos orientó. Fuimos entendiendo porque él tiene voz. Nos preparó para aguantar hambre, sueño y cansancio. En tres días completos hicimos jotos. Iris no quería ir, temía por la niña y por dejar la casa y el negocio solos. Pero cuando vio llegar a los indios, con toda su familia, con niñitos recién nacidos embojotaditos a la espalda, con niñitos de tetero, niñitos volantones, se echó al hombro a la niña. Los indios llevan todo lo que tienen a las marchas, hasta gallinas y perros. Así que de mañana comenzamos a movernos.

De Quito habían llegado varios compañeros. Uno no me gustó desde el principio. Nos miraba con desconfianza, tenía una mirada resquemosa. Un camión nos llevó hasta Lago Agrio y allí la manifestación se engordó como un río después de un chubasco. Llegaban compañeros y compañeras de todo lado: Puerto Libre, San Jacinto Cuyabeno, San Pedro de los Cofanes, Aucayacú. De todo rincón salía gente. Familias enteras. Las cabezas eran indígenas de la Conaie y del Vicariato. Monseñor Gonzalo y sus misioneros metieron el hombro. Y fuimos moviéndonos, marchando al paso de los indios, que es largo y sostenido. La carretera a El Dorado de Cascajales es una línea recta. Si no tuviera lomitas, uno podría haber visto la cabeza y la

cola de la marcha. Digo que tenía unos dos kilómetros de cuerpo a lo largo. Es una carretera guiada por el oleoducto. A lado y lado se aposenta el agua porque los ingenieros no le dejaron salidas en el terraplén. Hay fincas. Unas bien trabajaditas, con sus cercas paradas, sus matas de cacao y de caña, el plátano y la yuca, los naranjos y los mandarinos, sus marranos y su casa en patas porque la humedad es un semillero de enfermedad. Otras no tanto, se ven decaídas, como enfermas, como si las hubiera picado el zancudo de la malaria. Pocos vivientes se ven. Nosotros nos inquietábamos de ver las unas y las otras, hasta que una compañera, curiosa porque la curiosidad es el alma que el diablo les dio, le dio en preguntar: «¿De quién es la finca? ¿De dónde es el dueño? ¿Dónde está el patrón?». La respuesta fue la misma: las fincas decaídas eran de los hermanos ecuatorianos. Nosotros, los de Puerto Nuevo, nos sentíamos orgullosos de entrada pero tristes de salida. Además, nos daba cierto miedo que fueran a tomar a mal trabajar bien.

Caminando y conversando llegamos a La Barra, un retén del Ejército ecuatoriano. Ahí fue el problema. Nos pararon y nos pidieron identificación. La dimos porque nada malo estábamos haciendo; los colombianos tenemos derecho a caminar todo el territorio. No podemos residenciarnos lejos de la frontera, pero ir y venir, para un lado y para el otro, no está prohibido. Los soldaditos no nos miraban bien. Ellos estaban advertidos de que era una marcha y que los colombianos podemos hacer negocios pero no protestar, y era a eso que íbamos. Los que iban en la punta dieron explicación y razón, pero el teniente se negaba a levantar la vara. «Tengo órdenes», decía. Y nadie se las negaba. Pero a cada minuto llegaban los que iban detrás de la cabeza y la carretera se volvió un chorizo largo. La gente venía aguantando sol y sed, y se sentía llena de razones. Los recién llegados iban aumentando la fuerza. El teniente y los soldados se notaban cada vez más nerviosos. Sudaban más que nosotros. En un momento en que se oían gritos: «Abajo las petroleras, el petróleo es nuestro, abajo el gobierno vendepatria, vivan las comunidades indígenas, fuera los yanquis de Manta», el vocerío iba aumentando y el sol encaramándose, montándola; en un momentico —del que nadie se dio cuenta—, un par de soldados le dieron culata a un paisano. Y se armó la pelea. El

teniente organizó su gente, pero nuestra gente se le fue encima. Todos esperábamos los tiros, el tiempo se hizo largo, se podían contar los segundos, Iris se me perdió de vista, desapareció. Yo corría buscándola sin dejar de mirar a los soldados. No quería un tiro por la espalda. Le grité, pero en aquel tumulto nada se oía distinto al miedo. Con todo, la gente no se echó de para atrás. Aguantó, y el teniente no resistió el aguante y levantó la vara. Comenzamos a pasar como ganado sin broche. En ese tropel apareció Iris. Acezaba y la niña lloraba. Le limpié el sudor, estaba pálida y temblaba como un conejo. Pero no importaba, estaba ahí, a la mano y completa. El Ejército ecuatoriano no está acostumbrado a disparar contra el pueblo. Esa la ganamos y seguimos rumbo a Quito. Se decía y se gritaba: «A Quito, a Quito». Pocos sabían —y si no es por mi hermano tampoco yo habría sabido— que era una estrategia para poder llegar a los pozos de Lumbaquí, que íbamos a tomarnos. Pensábamos despistar al Ejército poniéndolo a cuidar la carretera a Quito mientras nosotros volteábamos para los pozos. Pero la tropa no comió de esa; sabía que era imposible que pudiéramos pasar a pie la cordillera, una montaña de nieve. El Ejército nos salió adelante y nos detuvo. El tipo de la mirada resquemosa que me había levantado la escama se guarecía detrás de la tropa. Pero esta vez los soldaditos no iban asustados, sabían a qué iban y a eso fueron: a disparar. Y dispararon cuando unos paisanos, acostumbrados a pelear, a no tenerles miedo a los chulos ni a las armas, y seguros de que la tropa retrocedería —como lo había hecho en La Barra—, se les fueron de frente. La gente saltaba para todo lado, se escondía detrás de cualquier parapeto: un árbol, una cuneta, una lomita, un poste, una mata, una caneca, una vaca, un perro, y, lo más peligroso, otro compañero. Gritos y gritos, truenos seguidos, seguidos. Hasta que todo quedó en silencio. Un silencio largo, peligroso. Todos queríamos levantar la cabeza pero nadie se atrevía, hasta que se oyó un grito: «¡Fuera colombianos de la patria!». Yo pensé que había sido de la tropa, pero así no fue. El grito era de uno de los dirigentes y la gente apoyó con un «¡Fuera!» que todavía me resuena y mucho me duele. Con la cabeza gacha y la cola entre las piernas, los colombianos regresamos al pedazo de patria que hemos construido a este lado de la baliza. Nos habían derrotado. Los hermanos ecuatorianos no quisieron

que peleáramos a su lado. Cargamos sobre los hombros un bulto que pesa y que la gente admira y teme.

Dos

Mariana

Mariana, mi primer nombre en español, lo llevé hasta que tuve la edad para que mi abuelo, el taita de los sionas, me diera el nombre en lengua materna. Desde ese entonces me llamo cuï cuï, nombre de una pepa de monte que es comida de los saínos. Ahora tengo 76 años. De mi familia pasada sé más por el yagé que por la boca de algún pariente.

La mamá de mi mamá era de Santa Cruz de Piñuña Blanco, pero mi abuelo, el papá de mi mamá, era de Orito. Se llamaba Casimiro Castillo y trabajaba con los padres capuchinos. Pero después salió, ya con mi mamá criatura, a vivir a Puerto Asís. En Orito las tierras se acababan porque los blancos llegaban. Nos corrimos para Asís. No fuimos solos, fuimos muchos. Solos no sabemos andar, ni pensar, ni defendernos. Necesitábamos tierra y levantamos ranchas de yaripa. El rancherío creció con otros parientes. Fueron llegando muchos con la misma idea: hacer chagras, comer. El pueblo creció. Entonces los hombres se fueron a traer de Pasto al señor obispo. De Pasto no podían traerlo a pie. Él sabía caminar, y caminaba, pero se cansaba. Tuvieron que hacerle una cama —donde se acostaba—, y cuatro hombres, los más acuerpados, lo echaban al hombro. Después otros cuatro los reemplazaban porque el padre era grande, pesaba como si estuviera muerto. La comisión duró dos semanas en atravesar esos páramos y esas selvas. Río crecido que toparan, río en el que tenían que construir una tarabita para cruzar a Su Reverencia santiguándose y tapándose las vistas. Eran pasos feos y peligrosos. Más de un pariente se resbaló y cayó dando botes al fondo de esos abismos que parecían no llegar a ninguna parte porque ni los ríos se oían. Las bajadas eran largas y tan plagadas de zingas o curvas, que hacían el camino sin fin. Había que

parar la procesión para que el padrecito se limpiara el hígado. Nosotros le ofrecíamos nuestras yerbas, pero él, soberbio, nunca convino en tomárselas.

En ese viaje se llegó a pie solo hasta Puerto Caicedo, que todavía se llamaba Achote y que era tan pequeño que Su Reverencia no lo bautizó. Fue después, no sé cuándo, que le pusieron apellido. De ahí para abajo, hasta donde estábamos nosotros y donde había salido la comisión para traerlo en guando, lo llevaron por aguas, en potrillo. No se había acabado de bajar de la canoa cuando, mirando para todo lado y como asustado, dijo:

—Hay que sacar de aquí a Satanás. Hay que construir una iglesia.

Y nos puso a hacerla en pura hoja de canambo. Vino, dio bendiciones, acristianó a grandes y pequeños, a hombres y mujeres, casó a unos y a otros, y bautizó el pueblo Asís, un santo que los padres nombraban para todo menester. Se quedó llamando Puerto Asís porque el río es navegable y por sus aguas baja uno al Amazonas —a Leticia— y puede subir hasta Iquitos; y por el Napo, otro río como el Putumayo, puede llegar hasta Ecuador. Los antiguos conocían todo ese territorio. Era de ellos.

Mi papá, Lorenzo Piaguaje, pertenecía al pueblo coreguaje; era de Caquetá. Su padre murió cuando él tenía doce años y quedó a cargo de su madre, que terminó viviendo con un blanco. No le dio buena vida el hombre. Le gustaba el trago y era mañoso. Mi abuela se vio tan perdida, que le dio al padre Estanislao, un capuchino, sus dos hijos. Ellos se criaron en el internado, donde aprendieron a leer, a escribir y a sacar cuentas, que era lo más importante para no dejarse hacer trampas de los blancos. Mi padre conoció a mi mamá, que era siona, en ese mismo internado. Ella era también huérfana. El padre Estanislao los separó de la manada para juntarlos en matrimonio cuando crecieran. Ellos no sabían del cruce hasta que los llamó al despacho parroquial para decirles que tal día, de tal mes, iban a casarse Lorenzo con Enriqueta. Fue un arreglo hecho también con las monjas franciscanas que tenían a mi madre de sirvienta en el otro internado, el de mujeres. Los casó el padre Bartolomé y los recasó el padre Estanislao, y les dio de regalo un solar para que hicieran «casa y labor», como se decía.

Con el tiempo mi papá desertó de la agricultura y se volvió remero y mandadero del internado. Llevaba a los curas hasta Puerto Leguízamo a evangelizar indígenas, bautizarlos, matrimoniarlos y salvarlos del demonio. En ese tiempo no existían motores; se bajaba por el río a remo y se subía a palanca. Tres días dejándose llevar por la corriente y dos semanas contradiciéndola. En el primer viaje que hizo mi papá a Leguízamo llevó a mi mamá. Cuando pasaron por Piyuya, hoy Piñuña Blanco, se encontraron con la familia de ella, que no la dejó seguir aguas abajo con mi padre. No valieron ruegos, órdenes ni amenazas del padre Estanislao. Nada. Mis abuelos se rancharon en el no. Entonces se quedaron viviendo ahí. Al padre le tocó buscar remeros para devolverse porque él tampoco quiso seguir para donde iba.

En el Piyuya los viejos le cogieron aprecio a mi papá porque era entendido y respetuoso. El taita Rafael lo miró. Ellos, los taitas, saben mirar quién es quién; quién les sirve para trabajar el yagé y quién no. Le dijo:

—Usted sirve para cocinar bejuco —y lo puso a su pata.

Mi papá andaba con el taita día y noche para poder aprender, porque ese trabajo es de mucho celo y mucho trasnocho. Los taitas no duermen y los alumnos tienen que aprender ese arte de no dormir. El taita le enseñaba sin hablar y él tenía que aprender solo mirando. Él cocinaba una vez y después mi padre tenía que saber hacerlo. Tenía que clavar los dos ojos y todas las entendederas en mirar. Así aprendió a preparar el bejuco. Trabajaban en el monte, al lado de una quebrada, sin que los vieran. El yagé es muy delicado, no le da la cara a todo el mundo.

A las seis de la tarde llegaban con el remedio a la casa. El yagé se toma cada vez que es necesario. El taita decía un día, sin saberse por qué:

—Tiempo está malo; va a venir vendaval, taita Dios está bravo. No hay cacería, no hay pescado. Vamos a cocinar yagé para conversar con el dueño de los puercos, de los micos, de las pavas, de los pescados, que nos dé permiso para que haya cacería.

Entonces se tomaba yagé. Cuando mi papá traía el remedio a la casa del yagé, me daba cuenta de cómo practicaba la toma el taita Rafael para que el remedio pintara bien. Por eso es que a los taitas de ahora

no les creo, porque yo miré con mis propios ojos la ceremonias del yagé, aquí mismo en el Resguardo de Santa Cruz de Piñuña Blanco. Para tomar el remedio él tenía preparada la casa o residencia del yagé, hecha de hoja de canambo cerrada con paja yaripa y guadua. Tenía cuatro puertas que las orientaban hacia el norte, el sur, el oriente y el occidente. Nadie podía entrar, solo los discípulos y los que iban a hacerse curar. Las personas que entraban tenían que estar limpias, bañarse ocho días antes con albahaca morada, hacer dieta y no utilizar perfumes de blanco; solo podían echarse los perfumes indígenas que son regalados por el taita. Solo esas personas podían entrar a su casa.

La ceremonia empezaba entre diez y once de la noche. Digo yo, como por decir una hora, porque nosotros no sabíamos de tiempos distintos a los marcados por el día y la noche, por la cosechas y por las aguas de luna. El taita Rafael tenía una ollita de remedio curada por medio de cantos y rezos. Él tomaba y luego les daba a sus aprendices y a los que iban a hacerse curar. A partir de las doce de la noche el taita salía cantando al patio. No era permitido mirarlo cuando danzaba y cantaba. Como la casa del yagé era de hoja de canambo y de yaripa, uno de niño atisbaba por las hendijas. El taita estaba vestido como un rey, tenía una corona de plumas, una cusma negra, collares de colmillos de tigre, collares de cascabeles y unos collares de palitos cortados; tenía brazaletes con plantas de perfume, plumas en las orejas y una pluma azul guacamayo que le atravesaba la nariz. En sus piernas, de la rodilla hacia abajo, se pintaba con un algodón blanco y se hacía unos puntos rojos con achiote que parecían medias blancas con bolitas rojas. Se pintaba la cara con crucecitas y otros signos en los pómulos. Los labios se los pintaba de color negro masticando una hoja; el color combinaba con la cusma negra, y él se miraba bien bonito.

Cuando entraba a la casa del yagé se sentaba en un banco de madera muy fina, donde solo él podía sentarse porque era hecho para el pensamiento. Comenzaba a ramear la olla del yagé, a cantar y a conjurar. Se sentía que sonaba como cuando crece el río y se oye el chapaleo de los pescados, pero el sonido venía de la olla de yagé. El taita cantaba y cantaba y cuando metía la totumita dentro de la olla sacaba un pescado pintadillo que se movía en sus manos, lo alzaba y con la cola empezaba a fofoguear: fo-fo-foo-fo-fooo-fo-fooooo... Y

cuando soltaba el pescado, chapaleaba, así el agua estuviera hirviendo. Después el taita danzaba y seguía cantando en el patio, pero no pisaba tierra. Volaba.

Como a la una de la mañana comenzaba otra vez a cantar. Cante y cante, cante y cante. Y baile, y baile, y baile. De pronto, empezaban a bramar los puercos de monte como si estuvieran al pie de la casa. Se escuchaba como si partieran mil cocos a la vez y se oía a los pequeñitos resoplar como si tuvieran el mismo miedo que sentíamos nosotros los niños. Los puercos salvajes huelen feo, son hediondos, sueltan su almizcle para que los demás animales huyan creyendo que el mundo se va a morir. El taita no miraba ni oía ni olía lo que todos oíamos y olíamos. Él se veía bien sentado, tranquilo, sin mirar a nadie, mientras sus secretarios, o sea, los aprendices, tomaban la toma en el matecito de totumo que solo él podía darles. Nadie puede meter mano ni totumo en la olla de yagé. Los puercos venían a decir que detrás llegaban todos los animales y que ya se podía cazar para que la comunidad tuviera qué comer. Al otro día, en la mañana, me fui a mirar a donde habían sonado los cocos, y sí, había un poco de coco partido del que los puercos habían comido. Por eso yo estoy segura de que el taita que teníamos era muy sabio. Esa experiencia también hace que yo no crea en los taitas de ahora que toman yagé con ron Medellín. Nuestros taitas no toman esos alcoholes, ni necesidad de ellos tenían. Eran sabios y nosotros, los sionas, les creíamos y los respetábamos.

Un día él cantó y cantó y luego me llamó. Yo me sostuve de la hamaca; me daba miedo. Mi papá me dijo:

—Bájese, vamos donde el taita. Le va a poner nombre en el idioma nuestro.

Fui y me arrodillé delante de él y empezó a curarme ramiándome. Me dijo, haciéndome la señal de la cruz en la frente:

—Bueno, hija, de ahora en adelante su nombre va a ser en lengua de nosotros: cuï cuï.

Después de eso siguió cantando y danzando, se convirtió en tigre y en diablo. Nos dijo que al otro día, a partir de las once de la mañana, había que estar listos con las canoas y las lanzas de chonta bien preparadas porque en la orilla del río iba a cruzar una manada de

puercos. Y así fue. Empezaron a bramar los puercos a la hora que el taita había manifestado, y el río se llenó de animales. Los garroteamos y los subimos a las canoas. Recuerdo que mi hermana mayor estaba señorita y ella solita alcanzó a matar dos puercos que estaban subiéndose por el barranco.

Cuando yo era niña vivíamos en nuestra aldea. Recuerdo la casa de mi papá; la casa de don Santiago; la casa de don Basilio; la casa del yagé, que era la del taita Rafael; la casa de don Ángel Criollo, y la de mi padrino Gaspar. Ninguna existe hoy día. Todos se fueron a conformar otras comunidades. Primero se fue Basilio para El Hacha; después, Santiago para Caquetá; mi padrino Gaspar echó para arriba, para la Primavera de Remolino, y el abuelo Ángel se pasó a la isla. Entonces quedamos nosotros aquí, mi papá y el Taita Rafael. Los que se fueron a vivir al otro lado del río se dedicaron a trabajar en la crianza de animales de cuatro patas. En la aldea no se podía tener marranos porque los patios estaban sembrados de remedios y de comida.

Nosotros fuimos siete hermanos, cinco mujeres y dos varones. Un hermano y una hermana murieron de fiebres cuando llegaron a los doce años. Cuando yo tenía diez, el padre Bartolomé fue a la casa y me llevó para el internado. Él andaba en una lanchita y nos recogió a todos los niños que estábamos por ahí jugando sin oficio, y nos llevó a estudiar. Estudié de los diez a los doce años. Sufrí mucho. La alimentación no era la nuestra; la barriga se me rebeló, no se quedaba con nada, todo lo devolvía. Nos cocinaban una sopa de un plátano que al sancocharlo cogía un color morado. De verlo me vomitaba. El desayuno era un agua de panela simple con un pedacito de maduro frío. Se aguantaba hambre. Yo me miraba enflaquecer día con día; los domingos cocinábamos debajo de los chíparos algo de lo nuestro porque entre semana no podíamos hacerlo. Mis padres viajaban tres días a remo en canoa para visitarme. ¡Era una alegría! Ellos me traían carne y pescado moqueado. Una mañana llegó la monja supervisora al comedor y dijo:

—Bueno, muchachas, vengo a preguntarles quiénes de ustedes quieren trabajar en la cocina, porque la muchacha que tenemos se va.

Yo pensé que trabajando como muchacha podría comer de lo que se

les preparaba a las monjas, a los profesores y a los sacerdotes. Grité, sin pensarlo mucho:

—Yo, yo, yo, ¡supervisora, yo!

—Mariana, ¿usted sí se siente capaz de manejar las ollas?

—¡Sí, su reverencia, yo me siento capaz!

Así empecé a trabajar en la cocina del internado. Eran unas ollas grandotas de orejas. El fogón era alto y grande, tenía una hornilla de varios puestos y, para alcanzar, yo tenía que subirme en un asiento. Éramos cuatro indígenas en la cocina: una cocinaba para los niños; otra para las monjas, los padres y los profesores; la otra se ocupaba del aseo general, y otra, yo, lavaba las ollas. Teníamos quince días en la cocina y quince días en el costurero, donde se lavaba la ropa de los padres, de las monjas y de los niños. Había siete máquinas de coser para remendar la ropa que estaba descosida. Así, de oficio en oficio, de la cocina al corredor donde cosíamos, pasaron los días. Nos levantábamos a cocinar a las cuatro de la mañana para servir el desayuno a las ocho, pero cuando había que amasar y hornear, teníamos que madrugar a la una de la mañana para que el pan estuviera servido a las siete. No era pan para las alumnas sino para las monjas, el sacerdote y los profesores.

La rutina me enfermó. Casi me entierran. Por fortuna mi papá y mi mamá tenían de amiga a una monja que habló con la superiora para que me diera permiso de salir de la cocina y pasar la fiebre en la cama. Tuvieron que inyectarme porque yo estaba muy mala. Cuando me alivié un poco me mantuvieron con papa al vapor y agua de panela con leche. Al mes me tenían comiendo en el comedor de las monjas. Tuvieron miedo de que me muriera. Me fui mejorando. Un día el sacerdote me preguntó por qué me había salido de estudiar. Yo le dije que me había ido a cocinar porque yo sufría mucho comiendo ese sancocho morado y que aunque era india, en mi casa yo comía carne, pescado, fariña y de todo; que a mí, en mi casa, no me hacía falta nada. La tripa se fue acostumbrando y trabajé cinco años en la cocina de las monjas. Aprendí a cocinar, a manejar la máquina de coser; me enseñaron a trazar la ropa, a cortar, a bordar, a tejer en hilo. Sufrí mucho, pero algo aprendí.

En el internado había sionas, ingas, cofanes y blancos. La mayoría

de los sionas eran de Buenavista y del valle del Guamuez; los blancos venían de Orito y de la trocha que sale de Caicedo y termina en Puerto Asís. Esa trocha era empalada porque no había forma de cruzar esos pantanos; uno se hundía hasta más arriba de la rodilla y el barro se lo chupaba. Por eso todos teníamos que andar acompañados y cada uno con una vara larga, para no quedar ahogado. Los empalados fueron hechos con el trabajo de los indígenas, mandados por los franciscanos. La carretera llegó poco a poco.

Dejé el internado cuando tenía dieciocho años, en el año 57. Me devolví para la casa y encontré al taita Rafael enfermo. Cuando llegamos estaba todo en silencio y el taita acostado en la hamaca. Le dije:

—Abuelo, ¿estás enfermo?

Él me respondió que sí, que creía que se iba a morir porque lo habían mansalveado. Había ido a pescar cuando, estando en esas, voló el sombrero. O mejor, se lo quitaron. El sol le fue taladrando la cabeza, lo dejó como si hubiera tomado la droguita. Le pregunté por qué no se había defendido, él que tanto poder depositaba. Me respondió:

—No, hija, ya está hecho, y con lo que está hecho, no hay nada que hacer.

Era cierto. Él contaba que por más que trató de sacar pescado, no pudo. Los bichos no cogían la carnada, la olían y la esquivaban. Hasta que sintió un tironcito de jo-jo, un pescado pequeñito que no hace daño en la olla. Tiró el taita de la vara y el jo-jo, que tiene una aleta como cola de alacrán, le pegó en la cara con la ponzoña. Ahí venía el veneno y el taita cayó. Si hubiera tenido el sombrero, nada le habría pasado porque el pescadito venía nadando en el aire, de arriba para abajo, colgado del anzuelo. A los días, los dedos se le fueron secando. Y así, por partes, se fue secando.

Me quedé triste pensando qué íbamos a hacer nosotros solos ahora si el abuelo se moría. Como él había visto tantas cosas, le pregunté si esos diablos que había visto no vendrían a devorarnos. Y dijo:

—¡No, hija! Yo voy a morir como cualquier persona. Y cuando yo me muera, no se vayan a poner a cepillar tablas. A mí fórrenme con yaripa y me dejan en una canoa vieja, río abajo. No quiero morirme aquí, quiero morir viajando. Ustedes no saben para dónde voy. Lo

único que les aconsejo es que no vayan a ir a donde me dejan porque ahí les puede dar un mal viento y no encontrarán quién se lo cure.

Yo fui a contarle a mi padre lo que el taita decía. Se confundió. Salió de madrugada a preguntarle si había dicho lo que yo decía. Le dijo que sí, que era cierto, pero que a mí se me habían olvidado los pedazos de pegote para hacer humo que me había pedido. Mi padre se los llevó. Los quemó con comején. El humo hizo el remedio y antes de amanecer mi padre se lo llevó al río. Con sus compadres lo metieron en una canoa vieja, le taparon los huecos que dejaban entrar el agua porque no era bueno que se inundara, le quemaron sus yerbas, lo ramearon con uña de gato y lo largaron al agua de un caño que ahora lo llaman «La Cocha de Taita Ñato», unas aguas lentas que dan vueltas antes de coger rumbo. Al soltarlo, se soltaron también los cielos. Tronaba desde muy alto y el trueno se quedaba en el aire como si no quisiera irse. Relampagueaba en colores y los rayos se cruzaban unos con otros, partían las nubes, viajaban de lado a lado. El mundo temblaba cuando se oyó el bugido del tigre en el mismo sitio donde las centellas pegaban. El taita iba de camino. Mi padre quemó pegote y la gente lloraba con el ahúuuu, ahúuuu, ahúuuu que parecía que nunca terminaba. Había que espantar los males que podían entrar al salir el taita. Morirse es dejar la puerta abierta sin guardián. Al otro día todo estaba en silencio. Parecía que con el taita también nuestras almas se hubieran ido.

Estuve en la casa dos años, acompañando a mis viejos. Les ayudaba a sembrar palos de yuca, de plátano, que cuando crecían los limpiábamos para que acabaran de crecer sanos. Cargábamos leña, traíamos agua, cuidábamos gallinas, preparábamos la yuca para sacar la fariña y el casabe. Mi mamá rallaba la yuca, la escurría, y después la tostaba con paciencia y la fariña quedaba así bien rica. Lo mismo el casabe. Lo asaba el mismo día y luego lo ponía sobre hojas de plátano para que el sol le entrara. El casabe es el alimento de los sionas. Se come untado con angobü, que es un alimento que se prepara con el agua de la yuca melada y se come con ají, pescado o carne, y se pasa con chucula de plátano, chicha de maíz choclo, chicha de chontaduro o chicha de ñame. La chicha de ñame se prepara con ñame y yuca cocinada y se maja con una piedra especial que la llaman batán; la

masa se revuelve con guarapo de caña y agua de maduro y se deja quieta. Al otro día se cierne y se sirve; queda como la avena. Bien delicioso. A mi papá le gustaba tomar café cuando no tomaba yoco. El yoco es un bejuco que se raspa hacia abajo y se toma como tinto. También lo dan para limpiar, o sea para vomitar. Los viejos lo levantan a uno a la madrugada y le dan a tomar yoco. Quiera o no quiera. Es amargo y cuando entra al estómago quiere devolverse, pero no solo, sino con todo lo que topa adentro. Hay que detenerlo un rato hasta que hace convite con todo lo que uno tiene guardado haciéndole daño, como una baba amarilla como chicha de chontaduro. Cuando no se puede aguantar más, toca ayudarlo a sacar, a vomitar en pluma, que salga por todas partes, por las narices, por la boca, por el rabo. Hay que soltarlo porque viene acompañado. Después el sueño se lo lleva a uno a sus mundos y amanece con alegría, como recién parido, livianito, no le duele nada, ni le da pereza ni siente sueño. Se hace uno resistente. No nos enfermábamos.

Ahora yo me enfermé hace poco con un dolor en la pierna que se me quiere secar como una tabla. Me ha vuelto floja el dolor y ya ni el yoco me ayuda. Mis padres nos enseñaron a usar el yoco para poder trabajar sanos y cuando él se cansa de ayudar, las cosas se ponen feas. El yoco espanta la pereza, trae ánimos de trabajar, despeja el pensamiento. Mis padres se levantaban a las tres de la mañana, tomaban el yoco y empezaban a rallar la yuca cuando había que hacer el casabe o había que hacer canastos de yaré, gigras de chambira, matafríos, que son los escurridores de yuca, tejidos con cogollo de palma o con la cáscara del árbol de guarumo. A veces también había que torcer chambira para hacer guascas y tejer hamacas. Mis padres vivían trabajando y sembrando la comida. A mi mamá la picó una culebra y pudieron curarla. Era muy joven. Sufrió mucho porque después de que se le cerró la heridita y se deshinchó, y volvió a poder ver y a poder hablar, le quedó un dolor que se le subía por la pierna enferma y se le regaba por todo el cuerpo. Entonces ella desfallecía. Duró unos años, pero como habíamos quedado sin taita, le tocó morirse.

A mi marido lo conocí aquí en la misma aldea. Nos distinguimos muy niños, nos casaron y así fue pasando el tiempo. Fuimos haciendo

hogar, nos pusimos a trabajar y de ahí ya vinieron los hijos y se me acabó la vida de juventud. Él salía a trabajar, pero no conseguía nada y se quedaba en la casa. Con tanta necesidad que nos acosaba y él mirando el techo y fumando. Yo no estaba para cargarlo de todo a todo, pero ese señor no se podía separar de mi enagua. Vivía ahí como escondido del mundo. No cogía camino. Muchos de nuestros hombres iban y venían como trabajadores. Salían a Puerto Asís, a Mocoa, a Cali, a Neiva. Se rebuscaban y traían lo que conseguían, pero a mi marido lo fue invadiendo el miedo de todo. Una hoja que volara, un pájaro que cruzara, un viento que corriera lo ponía a temblar. Nosotras las mujeres salíamos poco. Las únicas salidas que yo hice fue al internado trabajando en la cocina y después cuando me hice maestra. Y la de ahora, la del 2001, que no fue salida sino sacada de todas partes: de Santa Rosa de Sucumbíos, de Yarinal, de Palestina, de El Hacha, de Santa Helena, de Piñuña Blanco, de El Tablero.

Muchas gentes, muchas familias tuvimos que salir porque no se contentaron con echarnos los tigres, sino que nos llenaron de veneno las tierras y la vida. Fumigaron desde sus avionetas todo, todo lo que encontraban. Dicen que tenían que gastar el veneno que echaban para echarnos a nosotros. Dejaron todo quemado. Convirtieron las chagras en quemados. A los pilotos les dieron la orden de soltar su muerte en las chagras creyendo que toda chagra es un cocal. No es así. Los indígenas llaman chagra el sitio donde cultivan la comida y la coca para mambear, que también es comida, no solo de los espíritus sino de la barriga. La coca coge fuerza en la sangre. Uno puede dejar de comer tres días, y no come no porque le quite el hambre, sino porque uno está bien, no le falta comida. Cuando se acaba de almorzar, ¿quién quiere seguir comiendo? Todas las plantas con que sabemos vivir, todo crece y se da en la chagra: los cultivos de yuca, pida, chontaduro, plátano, maíz, vota, borojó; y los remedios: el yagé, la sábila, el paico, la yerbabuena, el descansel; y las frutas: naranja, piña, zapote. Y todo eso es lo que esos malditos tigres de los blancos fumigan y queman. Su malquerencia es la coca y creo que más que la coca, los que no les gustamos a ellos somos nosotros, los indígenas. Es la historia que nos han contado los abuelos y que los curas han querido borrarnos. Ellos saben que quitándonos la comida nos acaban, y ese era el propósito de

tantísimo veneno como nos cayó esa vez. ¿Y las bombas? Acaso es que para matar una mata, o unas matas, ¿era necesario soltar tantísimas bombas? Bombas que atronaban, que hacían temblar la tierra, que hacían vomitar a los niños.

Los viejos dijimos:

—Hay que salir de aquí. Los venenos nos hacen mal. Nos acaban.

Muchos de nosotros fuimos atacados de babaza, vomitábamos una baba espesa como de perro; a los niños los picaba un mal que era el que les daba a los raspachines, un picor en la piel que terminaba en llagas. A todos se nos soltó la barriga como si hubiéramos tomado yagé. O nos hubiéramos emborrachado con pipire o sea, con chontaduro Los viejos se metieron a la casa del yagé tres días a ramearse, a mirar qué decían el tigre, el cafuche, la tortuga, los animales de monte todos. Ellos estaban también enlocados.

—Salgan —les dijeron los animales a los viejos— para que nos dejen quietos, ya que fueron ustedes los que los trajeron; salgan para quedarnos nosotros.

Y salimos. También los animalitos de chagra salieron con nosotros porque se estaban muriendo. Las gallinas paraban el pico, volteaban los ojos y se enredaban en la muerte. Los perros tosían el bofe, los pájaros se caían muertos volando. Después, cuando ya habíamos salido, nos dimos cuenta de que el veneno había quedado en el aire, en el agua, en la misma tierra. Notamos cuando también los animales de monte tuvieron que salir. Las guatinajas, los morrocoyes, las charapas, las babillas, los churucos, los venados, los osos palmeros, todos corrían a buscar refugio. Nosotros íbamos adelante con los corotos puestos. Solo se llevaba lo que se podía cargar. Los viejos y los niños casi no podían llevar lo que necesitaban. Los corotos encima, y más encima el miedo porque los aviones no dejaban de pasar ni de botar sus bombas ni de regar sus venenos. La primera estación fue Santa Elena entrando por la madrevieja y de ahí a palanca por el río Pucachi hasta la carretera que va para Lago Agrio. Tres días dándole para llegar con una cola larga de familias humilladas, con hambre y sin destino.

Nosotros sabemos tener familia, ser indígenas. Nos movemos con casa, de río en río, por nuestra propia voluntad o porque llega una enfermedad como la viruela, o porque a las chagras se les acaba la

sustancia, como a uno, como a los árboles, y entonces uno tiene que cambiar de río. Pero a nosotros nunca nos habían obligado a irnos de nuestra tierra espantados como perros con sarna. En Ecuador tenemos una madre que nos cuida a los sionas en el Cantón de Shushufindi, parroquia San Roque. Somos una comunidad que se pasa el río Putumayo por encima. Vamos a visitarlos y ellos vienen a vernos. Nos contamos cuentos, tomamos juntos yagé, ellos también son buenos yageseros.

Llegamos a Lago Agrio y nos protegieron en el internado de las hermanas carmelitas casi dos meses. Las monjitas nos daban sopa, y corredores para poder estirar el cuerpo de noche. Todos los corredores del internado los llenábamos. Parecíamos un enjambre de abejas o una manada de cafuches. Guindábamos donde podíamos. De lejos nos mirábamos como una camada de murciélagos. En el internado las cosas no habían cambiado desde cuando yo fui niña y estuve interna. La misma campana para levantarse y acostarse, para comer, jugar, alegrarse. La misma gruta con la misma virgen. Los mismos miedos. Los jóvenes se desaburrían jugando básquet. Los viejos no salían de la tristeza; los derrota el cemento, no saben pisarlo; los asusta el ruido, los acongoja no saber de caminos. Viven perdidos. El tiempo no se dividía entre noche y día sino entre comida y comida. No se hacía más que esperar a que tocaran la campana para recibir la arepa, la sopa, el recalentado.

El Gobierno nos ayudó a sobrevivir y nos llevó hasta Tarapoa, donde encontramos la mano de nuestros hermanos los sionas de Ecuador. También nos dieron casa y comida; la diferencia con las monjitas era que era nuestra comida y nuestras costumbres. Ellos están organizándose en una comuna o lo que se llama aquí resguardo. Tienen muchos problemas con las petroleras porque les invaden el territorio donde siempre han vivido. Sin territorio no hay comida propia ni animales de monte ni ley de respeto. Las máquinas tapan los ríos y borran los caminos. Nuestros hermanos se han movido. Han protestado en el mismo Quito caminando mil kilómetros, y aunque el Gobierno ahora los oye, no es mucho lo que al presidente le dejan hacer.

Los sionas de Tarapoa nos dieron tierra para hacer nosotros chagras

para poder sembrar y cultivar nuestra comida. Todo era igual allá que aquí: tumbar y quemar, luego echar maíz y echar yuca. Todo lo mismo. Para sembrar se necesita un año. Tumbar con hacha es duro. Dejar secar es largo. Hay que esperar a que se vayan las aguas. Y después, toca esperar a que el maíz florezca y pepee, que la yuca engruese y que el pipire enfuerte. Antes no hay comida. Las familias nos ayudaban mientras tanto con pura chucula de plátano y cuando había pescado, pescado le echábamos al plátano. Es nuestra costumbre. También por allá da el remedio. No es distinto. El bejuco da bonito, fresco, y hacíamos costumbre con él y con nuestra gente. No había diferencias. Pero cuando la petrolera entró a hacer un hoyo en lo de los sionas, ellos se corrieron para donde nosotros ya habíamos cultivado y ya teníamos tierra domada, y entonces se vinieron los problemas. Ellos, huyendo como habíamos llegado nosotros, querían lo que ya teníamos cultivado. Decían que les pertenecía porque estaba en su territorio; que así como una danta que comiera en un monte de la comuna era de ellos, así lo nuestro también, por estar en sus dominios. Les dijimos que no. Que una danta la creaba Dios, pero que la yuca la sembrábamos nosotros. No era lo mismo. Los yucales eran trabajados con nuestras manos, así estuvieran en tierra de los sionas de Ecuador. El casabe era de nosotros y no de ellos. Los viejos se metieron a la casa del yagé a soplarse yerba. Salieron fue ahumados y sin acuerdo. Nosotros veíamos que la compañía petrolera los llevaba de la mano como a niños. Nosotros los colombianos, así seamos indígenas, somos más rebeldes y la petrolera adivinó la diferencia. Nos tenía miedo. Seguro las compañías en Colombia ya les habían dicho que nosotros éramos resabiados.

La petrolera fue la que nos los echó encima. Se ganaron a una gente con las envidias que saben sembrar, se la ganaron diciéndoles que éramos del otro lado, de Colombia, del Putumayo, que las aguas del Aguarico corren para el río Napo y no para el Putumayo, que nosotros veníamos a cultivar cocaína y que veníamos de parte de la guerrilla. Así fueron sembrando la intriga. A nosotros no nos dejaron más que la pelea o la huida. Y nos fuimos. La sangre entre hermanos es maldita. Otra vez metimos el rabo entre las piernas.

Llegamos a otra comuna, pero no siona sino cofán, que se llama A'i

Doreno. Ahí había gentes llegadas —también corridas— de Santa Rosa del Guamuez, que venían huyendo de la muerte de Obencio Criollo, un payé que habían matado los paramilitares hacía apenas un mes porque dizque era colaborador de las guerrillas. Es un cuento conocido que sacan cuando a uno le quieren hacer mal. Huyeron de esa sangre por miedo, como nosotros habíamos corrido por el veneno. Aquí nos encontramos todos. Vivimos juntos, pero unos por un lado y los otros por otro. Ya no hay chagra común, ahora cada cual se rebusca a su modo, ya cada cual va a jornalear donde consiga. Nos desgranaron al quitarnos la tierra. Ahora se trabaja al jornal que pagan los colonos para hacer lo que ellos mandan. En estos días siembran café y cacao. Nos mantenemos de contratos, limpiando potreros, parando cercas y comiendo lo que se compra en las tiendas. Los taitas que antes nos guiaban no existen. Para nosotros el que manda ahora es el patrón. Los hombres viejos y las mujeres viejas no servimos ya ni para contar historias.

TRES

El Abeja

Lo maté. Lo maté del todo. Lo maté en paro. Se le fueron las piernas y cayó redondo como un bulto de cemento que hubieran tirado desde el piso de arriba. Me asustó el golpe porque el tiro ni lo oí; era tanto el miedo de que me matara, estuvo tan cerca su cuchillo de mi cuerpo, que la pistola se disparó sola. Quedó tirado a mis pies. Me embadurnó con su sangre. Eché a correr. Sabía que lo había matado porque se siente la muerte. La foto me persiguió mucho tiempo: lo veía venirse encima con esa pala que no sé de dónde sacó. Ya me habían contado que venía a matarme y por eso se lo pregunté antes de soltarle el balazo:

—¿Qué? ¿Es que vino a matarme, hijueputa?

Yo siempre he andado enfierrado, aunque el único enemigo era él. Esa noche tenía una 9 milímetros bien engallada. No hacía mucho que la había cambiado por un 38 largo. Me daba más seguridad la pistola que el revólver, aunque es fama que se encascaran más ellas, son más caprichosas, pero uno se siente más mancado. Rayé el camino rápido. No podía irme en lamentos ni en lágrimas. La guerrilla es rápida y camina ligero. Es la ley. Controla todo. Cierra el río y uno queda dentro de su atarraya y poco trabajo le cuesta achicarla para sitiarlo a uno. Todos sabíamos cuál era su proceder siempre que había una emergencia o una alarma. Cierran aguas y trochas y alargan su mano hasta que topan al que buscan. No era que yo tuviera tropel con esa gente; no me metía con ella, aunque siempre pasaban por la discoteca La Danta Roja a mirar quién estaba, quién había llegado y qué se decía. Miraban y preguntaban, pero con nadie se metían. Yo les daba el informe, les colaboraba. Pero un muerto para la guerrilla es un muerto, es una cosa de orden público y manda su gente a investigar.

Henry, mi cuñado, tampoco hacía mingas con los guerrilleros; más bien al contrario, porque cada vez que se emborrachaba la montaba. O mejor, me la montaba a mí. Me la montó desde que me conoció porque nunca se avino a que yo me casara con su hermana. Ellos habían crecido juntos, se llevaban escaso año de diferencia. Quedaron huérfanos muy tiernos y se levantaron como pudieron. Llegaron a El Triunfo de la mano de su padrino, un tipo malencarado que negociaba en coca, como ya todo el mundo en el pueblo, un pueblo que había sido sano, que vivía de engordar marranos o de criar ganado. Mi padre hizo lo uno y lo otro porque fue mi abuelo el que entró a derribar montaña. Yo me levanté buscando las marranas entre el monte y ayudando a ordeñar las vacas. Vivíamos de eso. El viejo era muy cismático y solo cuando cumplí diez y siete años me dio permiso de salir solo al pueblo. Y yo me iba directo a la discoteca. Las primeras veces no salía del marco de la plaza, pero poco a poco fui recorriendo todo el pueblo, que era el mundo para mí. Fui encontrando sitios y sobre todo muchachas. Nosotros éramos cinco hijos, todos hombres, la única mujer era mi mamá. Yo no vi otra mujer de niño. Vine a descubrir que había muchas en las discotecas y vine a descubrir las discotecas de una en una. Al principio, que yo me acuerde, no existían. Había bares, pero de un día para otro abrieron varias. El pueblito ya se había entusiasmado con la coca. Y yo, después de haber probado una mujer, me puse por oficio criar mis propias reses. Mi padre me pagaba en terneros y me daba la comida. Yo apartaba, ordeñaba, arriaba y hasta curaba. Había mucho nuche y tocaba tener limpio el ganado para que no se atrasara. Así, con maña, hice un lote de ganado y unos pesos. Muchos me los gastaba en la discoteca.

Me hice conocido y un día me propusieron administrar una, PK2, y me sonó el negocio. Tenía veinte años. Eché mi ganado al aumento con un vecino y me fui a trabajar en el pueblo. Prácticamente vivía en la discoteca. Se abría por la tarde y cerrábamos a la madrugada. La plata corría de mesa en mesa y a la caja iba a parar. Fue ahí donde conocí a Marlene. Me tragué de la mujer. Pero su hermanito no me tragaba a mí. Ella era alta, bonita, usaba unos yines ceñidos, bailaba, se reía y sabía que tenía ojos. Desde que el hombre se pilló que yo miraba a su hermana se le acabó la vida. No sabía por dónde desatar

la pelea. Venía a la discoteca en chaques de tomarse un aguardiente y se tomaba una botella. Cuando el trago le calentaba la barriga y se sentía valiente, madreaba a todo el mundo, trababa enemistad con el vecino, quería bailar con todas las mujeres, pero sobre todo con las casadas. Y en esas cosas los hombres son delicados, y más delicados cuando han hecho billete y lo cargan en el bolsillo. Lo salvé de varios problemas y había tal cual ofendido que se la tenía medida. Siempre que comenzaba a camorrear con otro, terminaba cangrejeado conmigo. Yo lo calmaba hasta que podía acostarlo en mi cama, que todavía no era la de mi mujer. Quedaba redondo, boquiabierto, despanzurrado. Así que cuando lo maté, no fue su cara la que me quedó sonando, sino su sangre en mis botas.

2.

Yo crecí al mismo tiempo que crecía el pueblo. Lo vi progresar sin darme cuenta de que también yo me iba haciendo grande. El ganado y los marranos nos dieron a muchos la base. Pero base fue lo que nos dedicamos a hacer con la coca. A la finca llegó una tarde un señor al que mi padre llamaba cuñado. No era cuñado, pero era conocido de él. Quizá por allá en una de sus andanzas de muchacho lo habría conocido. Llegó con un bulto de estacas en una mula. Lo descargó en el patio de la casa y llamó a mi padre:

—Mire, cuñado, esta es la famosa peruana, el oro blanco en rama. El que no quiera, que no se queje.

Mi padre no se daba por entendido. No sé si haciéndose el pendejo o porque de verdad estaba sano. Creo hoy más bien que no sabía lo que el otro hablaba. No sé cómo serían las cosas; yo apenas tenía quince años y estaba encarretado con un transistor que había conseguido vendiendo una marrana. El caso fue que mi padre terminó comiendo lo que su cuñado le venía a ofrecer. Tumbamos una chagrita en mitad de la montaña, quemamos y sembramos las estacas de coca. A los seis meses estaban ya robustas. Al año se les sacó el primer corte, que se echó en compañía del cuñado. Él mismo nos enseñó a trabajar la hoja hasta sacar la base o merca, que comenzó a llamarse para no decir lo que era ese polvo pesado que parecía la tierra misma. Pero era una

bendición. Los primeros gramos —dos mil, si no me traiciono— se vendieron como pan caliente. El segundo corte fue mejor y el tercero ni se diga. Al cuarto vinieron del pueblo a conocerlo y el cuñado se fue en pura proclama. A la gente le quedó sonando tanto, que una noche anocheció la coca pero no amaneció. Se la llevaron toda. Quedó el pateadero. La soquearon y dejaron el mero tronco que no se pudieron trastear por lo difícil que es de arrancar. La coca en una mata que mucho arraiga y es dura de sacar donde se mete.

Yo aprendí a sacar la base. Tenía buen pulso para cortarla. Mi padre no permitió que la plata que daba se fuera en ferias y fiestas. Compraba más ganado. No pasaba lo mismo en la región, sino más bien lo contrario. La gente se rumbeaba lo que cogía. El pueblo fue cambiando. No solo se abrieron dos o tres discotecas, sino que se echaron a ver bodegas que vendían desde arroz y maíz —lo que se dejó de cultivar para sacar la base— hasta televisores. La plata se oía sonar en las calles. A la gente le cambió la cara y aprendió a mirar de frente y a reírse. Yo nunca había visto a mi padre feliz ni contar cosas de su vida. Mi madre era distinta. Era nacida en Pandi y la habían traído en angarilla al Caquetá. Mis abuelos buscaron la oscuridad de la selva para poder vivir. Su madre la enseñó a leer y por eso, ya señorita ella, enseñaba a leer y a contar a los niños de la vereda. También a nosotros sus cinco hijos. Más tarde la nombraron maestra. Era muy conocida y muy querida porque le ayudaba a todo mundo. Sacaba la cara no solo por la escuelita, que era una pieza de nuestra casa, sino por la vereda. Iba a reuniones a la Alcaldía, discutía, peleaba y así consiguió una partida para construir una escuela. O mejor, un techo con un tablero. Fue haciendo fama. La querían. Le consultaban en las votaciones y para una elección salió al Concejo, solo con la idea de mejorar la escuela. Pero cuánto quieres, cuánto tienes. Los políticos la sabían medir. Hizo campaña en la política de don Hernando Turbay, pero nunca quiso ir a la Asamblea. A la finca fue una vez el doctor Turbay a un piquete, acompañado de su mujer y de su hijo Rodrigo. ¿Quién podía pensar en esos días que esa familia tendría un final tan feo? Nadie. Tampoco nadie pensaba que Iván Márquez, que también estuvo en la finca haciendo campaña, terminaría metido en el monte y en el Secretariado. Sí se decía que era de las FARC, pero tampoco

mucha gente creía y si lo creía, se lo guardaba. Iván y Carlina Bohórquez hacían política por la Unión Patriótica, que apenas despuntaba. Los políticos del Caquetá les tenían celos porque eran rivales de peso, de mucho peso. El pueblo iba a encontrar el modo de vivir con la bonanza y eso le dio confianza. Ya no necesitaban estar de sapos de los políticos para conseguir una ayudita, ni una trochita, ni un préstamo. La coca daba de todo y para todos. Los que no la cultivaban, la comerciaban, y los que ni la comerciaban ni la cosechaban, le chupaban rueda. Eso envalentonó a la gente, y los políticos tenían que ir a pedir ayuditas para el Concejo, para la Asamblea. Y, además, la UP se sentía respaldada por las FARC. No eran la misma cosa, pero las guerrillas eran enemigas del Gobierno, y la UP enemiga de los políticos, así que no fue difícil encontrarle la comba al palo. Hubo muertos hasta para tirar al cielo.

3.

Del Triunfo me fui para no tener que matar al hermano de mi mujer. Tenía yo que andar piloso porque me le metí al hombre en la cabeza y tal vez en el corazón. Me fui a esconder a Las Camelias, un puerto con trocha, arriba de Remolinos del Caguán. O mejor, a enterrarme en el infierno. Yo había tenido negocios con unos tales Escobar, paisas de profesión, jodidos, charlatanes y charladores, pero a mí me convenía trabajar con ellos. Sabían que yo era una abeja para moverme y así me nombraban.

—Oí, pues, Abeja, vení pues hacele a tal cosa.

Y a la cosa me le metí. Tenían un trabajadero grande, pero grande es grande. Contrataban para el corte hasta cien pintas, que llegaban cada cual por su lado aunque todos se conocían y por eso mismo en cada chagra hacían una especie de sindicato. No trabajaban a cualquier precio. Lo imponían porque la hoja se pasa en la mata y se cae, y ya en el suelo no solo es más difícil de recoger, sino que pierde fuerza, no da el mismo porcentaje. En la sola caída se pierde el setenta por ciento del alcaloide. No da la medida. Pero además en esa zona andaban las FARC como Pedro por su casa. Esa gente no dejaba pagarles a los raspachines cualquier cosa, había que pagarles bien. Yo creo que ellas

arreglaban con los patrones el precio por arroba y del trato, algo les quedaba. Y como las guerrillas son las que tienen los fierros, pues hay que acatar lo que manden. En otras partes donde no pasan ni están, los patronos arman a sus propios y pagan lo que les conviene y hasta se les llegó a pagar el trabajo con base. Los Escobar contaban que en Puerto Rico, Caquetá, después de que entró el Ejército y se instalaron los paramilitares, el jornal se puso a huevo porque el negocio de los raspachines lo manejaban contratistas armados. Pero así no eran las cosas en Las Camelias. Aquí las FARC mandaban. Yo llegué sin una moneda entre el bolsillo porque salí sin despedirme. Me regalé como cosechero. Es decir, me daban un tajo para trabajar y yo les respondía por él. Me fue bien, no me quejo. Pero yo aspiraba a balsear solo, sin la base que había hecho ya en El Triunfo. Esa la dejé para que Marlene la manejara a su gusto. Ya teníamos una niña y esperábamos otra. Ella era guapa y sabía el rol del negocio.

Un día los patronos me propusieron hacerme cargo del cuidado de los cultivos. Les acepté. Me financiaron la compra de una bomba estacionaria que estaba fija en un sitio y bombeaba desde ahí remedio ventiado para donde se pusieran las mangueras. La maña consistía en mezclar bien los ingredientes para acabar con la mosca blanca o palomilla, que también llamaban, y mantener vigilancia para no rociar más de lo necesario. Ese sistema lo usarían después también para fumigar la coca con melaza fina, hecha con miel de purga, para que los venenos que soltaban las avionetas del antinarcóticos no les hicieran daño a las maticas. El veneno caía, sí, pero nada le hacía a la hoja. Antinarcóticos sabía que sus fumigas de nada servían, pero como se trataba de mostrar cuánto habían fumigado, la cosa hasta les servía. Tenían que hacerlo una y otra vez y por cada mil galones regados les ponían una estrella a los generales y sabrá Dios cuántas cosas más les metían en los bolsillos.

Por Las Camelias no solo pasaban, sino también caían, avionetas. De tiempo en tiempo, a gusto de los patronos, aterrizaba la de los traquetos. Venían a comprar la merca. Los Escobar hacían el negocio por radio:

—Por acá hay tantas arrobas de merca, traigan tantas arrobas de billete.

Y llegaban con los costalados de billetes nuevos, acabados de planchar, oliendo todavía a tinta. Los propios examinaban la calidad de la merca, bulto por bulto, paquete por paquete; luego, pesaban uno por uno, sumaban y comenzaba el pago. Era tanto el billete, que llegaron a traer hasta cinco máquinas de contar. Se contaba de millón en millón y luego se totalizaba y se volvía a contar por parte de los Escobar, que también tenían sus máquinas y su gente especializada en billetes. Era un operativo de todo el día. La avioneta llegaba apenas la soltaban del aeropuerto de Florencia y tenía que regresar antes de oscurecer porque no recibían a nadie de noche. En esa época la guerrilla no se metía para nada. Miraba sí, estaba al tanto de todo, pero nada decía. Arreglaban con los Escobar en el campamento. Los comandantes sabían cuánto producía cada hectárea, sabían cuánto rendían los trabajaderos y cuánto llevaban a la pista, y sobre eso cobraban gramaje: veinte por ciento sin fueques.

Después eso cambio. Cuando el Ejército dio en montar operativos grandes y en disfrazar a su gente de raspachines y traquetos, la guerrilla no dejaba entrar a nadie que no fuera conocido y dio en comprar directamente la merca para vendérsela a los traquetos en puntos acordados. Yo también me independicé de los Escobar y abrí mi propia chagra, vecina de ellos: unas diez hectáreas para comenzar. Y comencé a cultivar el oro blanco por mi cuenta y riesgo. Me dio también. Yo le hacía a todo, desde la compra de una nueva semilla que comenzó a ponerse de moda, llamada la tingomaría, hasta el trabajo de laboratorio y el trato en la pista con los señores traquetos. Toda la línea. Pero uno es como las marranas, que se queman la trompa en un quemado y la vuelven a meter. Organicé otra discoteca en Puerto Camelias, como ya era nombrado lo que antes era un mero punto y que no se debe confundir con otro caserío llamado Jardín Camelias. Construí un entable grande de madera sobre pilotes de cemento, compré una planta eléctrica, hice un mostrador-bar y unos reservados para los propios que pudieran pagarlos, porque hay que saber quién entra solo a abejorrear y quién a gastar, y el que gasta tiene derecho a que no lo miren. Mandé pintar un letrero grande: «Discoteca Camaleón Colorado». Compré también un buen equipo de sonido. Sin ruido, no hay negocio. Conseguí una colección de cidís con puro corrido norteño

de los más sonados, como La Banda del Carro Rojo; El hijo de la Camelia, que enloquecía al pueblo, y el que más pedían, Ya encontraron a Camelia. Oían mucho también a Los Tucanes de Tijuana con Cien por uno, que hablaba de los colombianos y de su ley: «La muerte del perro no acaba la rabia». Corría el billete. Todo el mundo tenía con qué gastar y como no había nada más que tomar y pelear, el sitio preciso fue la discoteca. Hubo muertos ahí antes de que yo matara a Henry. La gente se enloquece con la plata, el trago y la música. Uno se va como apretando, buscando con quién encontrárselas, sin saber quién es hasta que lo encuentra. Ahí se dio un caso que después cantó Uriel Henao, el rey del narcocorrido colombiano: El Paraco y el Guerrillero. Dicen —como empiezan los corridos— que estaban dos manes tomando, cada uno en su mesa; nadie supo si se estaban buscando. Yo creo que sí porque la balacera fue a muerte. Los tipos tomaban Bucanas, allá no se toma otra cosa, así se haya tomado toda la vida aguardiente. Pero la plata da con qué, dicen, y pedir Bucanas es decir quién es quién. Cada uno pidió una botella, así estuvieran solos. No invitaron a ninguna mujer de compañía, lo que fue raro porque cuando se va a derrochar, después de la botella, se pide la mujer. Y se recocha con ella. Ellos nada pidieron. Andaban malencarados, con la cara agria como un limón sancochado. No tomaron mucho, apenas lo que necesitaban para envalentonarse. Tampoco guapearon. Iban con el arma pelada, digo yo. El más viejo, un hombre de bigote, abrió primero el juego y le dijo al otro, un muchacho joven moreno, recién tusado:

—¿Usted permite?

—Sí —contestó el tuso.

Se sentó pues el amigo del bigote frente al otro. Dicen que se dijeron:

—¿Y a usted qué lo trae por estas tierras tan peligrosas?

—Pues lo mismo que lo trajo a usted, la gana.

—Pues, muéstrelas a ver qué tantas son.

Y ahí fue. Se dispararon por encima de la mesa. El tuso era paraco; el otro era guerrillo. Se mataron infamemente. Uno quedó de rayo y el guerrillo aleteó un rato más hasta que también se fue. La guerrilla mandó a cerrar el negocio hasta que no se investigara. Tres días

después mandaron a decir que abriera.

4.

El sitio donde se mataron esos dos hombres fue el mismo donde dejé muerto a Henry. La vida no da explicaciones. Nunca he podido saber por qué el hermano de Marlene se fue a buscarme y tampoco por qué yo lo maté. Me dan vueltas las razones. No sé qué tenía él conmigo. O con su hermana, digo ahora. Porque yo siempre lo miraba buscándola. O buscándole pelea por una cosa o por la otra. Él poco trabajaba, ella lo mantenía. O mejor, lo mantenía yo, porque yo a Marlene le daba todo lo que pedía. Pienso que eso me cargó tal como yo había cargado la pistola con que le disparé. Cada vez que pienso en ese momento me sale por el ojo visor, el que se usa para apuntar, su cara llena de miedo cuando se me vino encima. Digamos que me tenía miedo o que me tenía celos. Eso se quedará así. Y si eso no se sabe, tampoco se sabrá lo mío. Yo no lo sé. Tengo todavía la carrera en la garganta cuando recuerdo el salto que di sobre su cuerpo, el salto que di al salir de la discoteca, porque tenía un desnivel de dos metros con la calle, el salto que di a la voladora y el viento del río que me fue devolviendo el resuello. Matar es matar.

Cuando llegué a la chagra de doña Carlota estaba ya amaneciendo. La trocha era un hundidero de barro, llegué mirando por un solo ojo y no quise llamarla hasta que los perros le dieran el aviso, para no dejar saber que por ahí andaba un cristiano. Ella era curandera, medio india del Putumayo, sabía sus cosas y yo le tenía confianza. Llegué no tanto a esconderme como a que me dijera qué había pasado, pero ella tampoco lo sabía. Entonces me quedé a vivir con ella. Fueron apenas unos días mientras la brújula me mostraba el camino. Una noche lo vi claro, y ella también: seguir bajando por el Caquetá hasta Peña Roja, que no es lo mismo que Peña Colorada, que queda mucho más arriba, pero por donde también tenía que pasar. Era una zona peligrosa para mí porque era patria de las FARC. Fue ahí donde después le bajaron al Ejército sesenta y cinco soldaditos y se llevaron a otros sesenta en febrero del 98. La guerrilla venía siguiéndole la pista a la Móvil 3 y al Batallón 52 desde hacia meses. Los habían atraído poco a poco, los

habían desordenado a punta de darles confianza. La tropa se fue metiendo en las discotecas a rumbear y a comerse las chinas jóvenes del pueblo porque no sentían el peligro en que andaban. La guerrilla les hacía inteligencia. Más salida tenía un mico churuco seguido por un tigre mariposo que esa gente. Hasta que vino el zarpazo y los dejó viendo para adentro y buscando el afuera. El Gobierno tuvo que sacar toda la tropa porque donde la deje ahí, la acaban. Eso fue mucho después de mi huida por esas selvas.

De donde doña Carlota salté a Cartagena del Chairá en camino para mi destino, que era Peña Roja. De Cartagena me sacó el jején. Nubes de animalitos metiéndose entre las orejas y los ojos; picando donde pudieran, pero sobre todo los codos y las rodillas; zumbando y zumbando a toda hora. Me derrotaron. Seguí hacia abajo por La Tolda y Peña Colorada para reventar en Las Ánimas y El Billar. Ahí busqué al comandante, que era el negro Joaquín Gómez. Un tipo serio y peligroso. Le conté el cuento de mi cuñado. Se sonrió y me dijo: «Espere aquí hasta nueva orden, si es que la hay». Me dejó temblando. Uno en manos de un hombre enfierrado poco o nada puede opinar. Me dejaban amarrado por la noche en un cambuche, pero de día me soltaban y me ponían a cortar madera, que es el oficio que más puede detestar un guerrillo. A la semana, mandó a que me largaran y a que me largara. Me dijeron: «Dese el ancho antes de que nos echemos para atrás». Pasé por Los Tudos y Los Cotudos y por fin Peña Roja: cuatro entables, más cambuches que casas, un embarcadero y una montaña brava. Había boyacos y tolimas; un paisa de Salgar, pueblo de matones, que tenía una bodega y una discoteca. Era lo que yo traía pensado organizar. El caserío se llenaba de cocaleros los días sábados, cuando caía la avioneta a comprar la mercancía. Me arrendé como químico y me puse formal a sacar lo del pasaje para Santa Bárbara, boca del Caguán en el Caquetá. Más abajo, pero cerca, sería después el ataque de Fabián Ramírez a Las Delicias, donde mataron a treinta soldados y se llevaron a noventa. Por allí, como por un tubo en una voladora con un motor de doscientos caballos, llegué a La Tagua. Dudé de bajar hacia el Putumayo y luego seguir a Puerto Leguízamo. Pero decidí regresar por Solita a Milán y desde allí, volver a El Triunfo, donde estaba mi gente. Un viaje muy largo y con la sombra de Henry

arañándome el pescuezo.

Corría peligro y por eso no quise demorarme. El Triunfo es mi pueblo, ahí nací y me crié. Y donde fui a la escuela. Mi mamá había ayudado a fundarla y a construirla. Ella entusiasmó a sus vecinos de la vereda para colaborar en la construcción del local. Todos tenían hijos pequeños, como éramos nosotros, y todos habían llegado huyéndole a la violencia y echando el bofe por la boca, como regresaba yo después de matar a ese vergajo. Esa sombra me perseguirá mientras viva. A veces creo que se hizo matar para poder hacerme daño el resto de mi vida. Ya se le había avisado. Marlene misma le repitió muchas veces que yo no era cualquier pintado en la pared, que yo sabía aguantar pero no agacharme, que, al menos, tuviera él consideración con ella. Que si tanto la quería, que pasara de agache. Pero el hombre no pasó y así me obligó a mí a pasarlo a la otra vida, desde donde seguirá mirando a su hermana. Lo duro de pensar es que ellos dos fueron también hijos de la violencia. En la vereda había mucha gente de por ahí que fue perseguida a muerte. Los vecinos de la vereda, llamada El Cinco porque quedaba a cinco kilómetros del pueblo por la carreterita hacia Milán, eran del Tolima y huyendo habían dejado caminos enteros empedrados en muertos. Como mis abuelos, nacidos en Pandi, donde, según contaban, las volquetas del municipio descargaban los muertos en la Cueva de los Guácharos. Pandi era un pueblo viejo, tendría cien años, doscientos. ¿Quién iba a saber de qué edad estaba cuando sucedieron esas historias? Y así. Había gentes de Purificación, de Melgar, de Icononzo, de Cunday. A esos pueblos los acabó la violencia y se quedaron estancados porque la mayoría de sus vecinos terminó huyendo a esas tierras del Caquetá, abriendo fincas y, al final, cultivando coca. La coca trajo vida a las trochas y a los puertos. En cinco años, El Triunfo era casi más grande que Pandi, decía mi abuelo. La coca atrajo a muchos pobladores, abrió muchos negocios, empujó el progreso.

En El Triunfo, mi padre me contó lo que yo no sabía. El catorce me lo había hecho él. Cuando se enteró de mi desgracia, comenzó a buscar a la guerrilla porque sabía que ella debía andar buscándome. No pasarían una muerte así sin haberla investigado y haber juzgado si uno u otro merecía ser ajusticiado. Mi padre es ducho en esos negocios

porque le ha tocado vivir siempre a medio ahogar, zozobrando. Ni ahogado ni balseado. Sabía el peligro que yo corría y por eso fue a buscarlos. Los conocía porque trataba con ellos, les pagaba el gramaje, les colaboraba y les obedecía. No tenían del viejo ninguna queja. Fue a Cartagena del Chairá y ahí lo orientaron al comando por la confianza que le tenían. Los comandos de las guerrillas tienen muchas puertas y muchas cuerdas. Hay que ir abriéndolas jalando las piticas, haciéndose el chiquito, sin mirar mucho y hablando apenas lo necesario. Más que todo no preguntar nada. Cualquier pregunta se puede responder con un «¿Y usted para qué quiere saber eso?». Y entonces ya, queda uno en investigación.

Llegó al Comando y fue cosa de pocos minutos. Joaquín Gómez conocía el problema y además estaba de buen genio. Eso pasa. Un guerrillero de buen genio es un angelito armado; uno de mal genio es un demonio. Así que fue un trámite rápido. Pero como siempre sucede: un favor por otro favor. Mi padre sabía el precio y fue a pagarlo. De regreso a El Triunfo, contó lo que había tenido que hacer: poner sus motores al servicio de ellos, dos motores 80, con todo y embarcación, que le habían costado mucho trabajo. Pero no había otro camino. Cada semana tenía que subir hasta Rionegro, otro embarcadero, a bajarles remesa. Dos cascos llenos con unas veinticinco a treinta toneladas. El combustible lo pagaba el Comando. Pero el peligro lo corría mi padre.

En El Triunfo yo no me sentía seguro. En cualquier momento las cosas podían dañarse y había que volver a huir. Mejor hacerlo sin tener el corazón en la garganta. Con tiempo. Marlene ya tenía la otra niña. Yo quería vivir con ellas, pero en El Triunfo no estaba tranquilo. No por la mujer, porque ella aunque lo lloró y hasta me maldijo, terminó entendiendo y perdonándome. Si no lo mato, él me mata. Todo mundo lo vio. Conversamos y el arreglo fue: «Yo me voy para Neiva, busco levantarme otra vez y la llamo cuando tenga dónde cobijarnos». Neiva no está lejos. Ellas podían pasar de un día para otro. Así que hice mi atado y al Huila fui a parar con la ilusión de trabajar a lo bien. Aunque yo no había aprendido sino a manejar finca con ganado y a cultivar coca, pensé que algo encontraría para sacar a mi familia adelante.

5.

Neiva es un pueblo muy extenso, muy grande. Demasiado pueblo para uno salido de la montaña. Yo a la edad que tenía y no lo conocía. Florencia es grande, pero Neiva es mucho más grande, o mucho más desconocida para mí. Por Florencia yo había pasado apenas bordeándola, por las afueras, porque no me convenía que por ahí me vieran los amigos de ellos. Yo tenía el pueblo por cárcel. No podía salir sin su permiso o, por lo menos, sin avisar. Por eso les avisé que iba a pasar por Florencia. Pero ese «pasar» no era un «irme» sino un volver. Pero como la cosa quedó en punta, en punta quise dejarla. En Neiva mi papá tenía un amigo, otro «cuñado» de esos que él tenía y que al comienzo, cuando la merca iba por la libre, él era uno de los traquetos que negociaban con ella. Por eso, ahí le llegué, a ver qué me ponía a hacer. Don Carlos es —porque no lo han matado— un hombre jodido. Pilo, nervioso, no perdonaba ningún movimiento sin anticiparlo, parecía siempre estar dispuesto a disparar. Muy mosca. Un papel volando lo hacía pegar el brinco y sacar el fierro. Pero buena persona. Gran persona. Me dijo en cuanto entré a su casa por allá en el barrio Santa Isabel, al pie del río Loro:

—Aquí la cosa está difícil. Yo no quiero protegerte, mijo, tienes que rebuscarla solo para no amarrarnos.

Él creía que yo estaba buscándolo para trabajar con la mercancía, pero yo estaba aburrido de ese mundo. Quería trabajar, como las putas arrepentidas, a lo bien. Yo le di largas a la cosa. No tenía mucho tiempo porque en cualquier momento debíamos darnos la cara. Busqué un camello legal, pero el que no está acostumbrado a que le cierren las puertas no tiene genio para volver a golpear en otra. Fui al parque principal a ver si algo se me ocurría. Al frente está la Gobernación y pensé que por ahí podía arrimármele a alguno para pedirle canoa. Di vueltas y vueltas antes de decirle a un man con cara de doctor que si él podía decirme dónde estaban buscando obreros porque yo tenía necesidad de trabajar. En ese tiempo no había desplazados, o si había, no se conocían. Me contestó que me presentara en la Secretaría de Obras Públicas, que por ahí podía, si tenía suerte, encontrar algún empleo. Fui a ver si algo salía. La secretaria me preguntó que por quién venía recomendado.

—Por nadie —le respondí.

Entonces me dijo:

—Siéntese ahí y espere a ver si el doctor lo atiende.

A la hora salió y me dijo que fuera al otro día. Duré una semana y me decían lo mismo, mejor dicho, nada. De pura desesperación me fui a tomar y tomando terminé donde las putas. Yo tenía unos pocos pesos encaletados para un afán y me los gasté. El problema no fue ese, sino que me encoñé de una mujer de la vida, llamada Yaely. Joven y avispada. Me gustó por sincera y aseada. En una semana quedé en la lona. Yo la noté más interesada en que yo gastara que en mi persona o en lo que yo le daba, que algo era, porque yo venía seco. Desde que dejé a Marlene, yo no había tenido ganas con ninguna. Llegué a pensar que con mi cuñado también se habían ido las ganas de gozar una mujer. Es que el miedo que me dejó su sangre y ese empeño con que fue a que yo lo matara, como si quisiera pagar una deuda, me dejó en ceros. La máquina no se movía de ahí, como cuando a uno le cortan la energía eléctrica. Nada que hacer. No sé cómo fue haciendo caminito otra vez hacia la gana y yo me le fui dando. El caso fue que a la semana de estar gastándole, ella misma me dijo:

—Pues entonces, si no tiene para mantenerme, yo le colaboro.

Y me colaboró. Me dio una flecha: Fercho o don Fernando, o el Chulo. Vivía a la salida para Balsillas, o sea por la carretera que ahora va para San Vicente del Caguán. Decidí hacerlo porque o trabajaba con el «cuñado» de mi padre, o trabajaba con ella. El pecado era el mismo, pero no la cama. Yo vivía en un rincón con él, en cambio con ella la cama era de ambos.

El Chulo me examinó. Sabía que iba de parte de Yaely y por eso me recibió, pero tuve que contarle todo lo que me había pasado y todo lo que no me había pasado, para darle confianza. Y me la dio en quinientas papeletas de bazuco, contadas una sobre otra, como base para trabajarle. Y yo me abrí a vender esa mercancía. La punta del ovillo me la dio Yaely: a los pelados que cuidaban las «casas», los bares, las discotecas les pagaban, más que por vigilar, por tratar con la Policía. El patrón no trata con ella, tratan son esos muchachos y el trato es pagarles a los agentes en bazuco cada vez que pasan. Ellos son revendedores también, o jíbaros, como era yo y como, al fin y al cabo,

eran mis clientes. El patrón les reconocía por noche veinte mil o treinta mil pesos, pero iba por cuenta de ellos la compra de papeletas para transar a la Policía. Y de ahí salía lo que yo necesitaba para convivir con Yaely. Al principio, todo bien. Y después, muy bien. Duré un año largo en esa cadena; vivía con ella por ratos, entre semana porque viernes y sábados eran de ella, y domingo y lunes descansaba. O descansábamos porque tampoco hacía yo nada esos días.

Me fui ganando la confianza de don Fercho. Ya no eran cien papeletas, sino doscientas o quinientas o las que yo quisiera, las que yo estimara que podía colocar. Siempre le quedaba bien no solo por miedo a su gente —malandros de verdad—, sino porque yo sabía que detrás de él, la cadena tenía anillos más gordos y yo me propuse ser uno de esos. A mediados del segundo año, una noche, bebiéndonos unos rones, me dijo:

—Mijo, ¿a usted le daría miedo echarme una mano para traer unos pacos de por allá de Puerto Rico?

—Nooo, jefe, yo estoy para las que sea, diga no más dónde, cómo y con quién, y ya, le hacemos a la vuelta.

—Consígase una moto a buena cuenta, sáquela fiada con Neiva Motors, yo la fío y en usted confío: váyase por entre el humo…

Me dio los datos. Y me fui en una Monoshock de 175 centímetros, llamada La Morocha, una tatareta calidosa, como se dice ahora.

La zona de Puerto Rico ya estaba asegurada por el Ejército. El Gobierno había roto el negocio con las FARC y las tenía golpeadas y las estaba empujando hacia Cartagena del Chairá. Eso me daba seguridad y, para completar, confianza. Llevaba la «flecha» de la trocha donde estaban los cristalizaderos, sobre el río Guayas, un río que baja siempre verraco, llueva o no llueva. El laboratorio no era muy grande, estaba camuflado en una hacienda ganadera, pero se tenía prohibido bajo la pena máxima el cultivo de la coca para evitar que la autoridad entrara a joder y no pudiera ni trabajar ella ni trabajar nosotros. Yo había aprendido la química de la base y medio sabía sacar el cristal. No era ducho en ese arte, pero tampoco mostré interés en aprender para que no se sospechara. Yo iba a lo que iba y era simple: llevar la merca de Puerto Rico a Neiva. Pesada a la salida, pesada a la entrega. Sin tocarla. Lo primero era estudiar bien la ruta para saber dónde

estaban los retenes de la Policía y los de la guerrilla; por dónde se movían porque, en general, no se están quietos en un solo lugar. Lo segundo era conocer la gente, saber sospechar, identificar a los que eran o podían ser sapos. Lo tercero, hacer apoyos para casos de necesidad, de urgencia, de coge-coge; se debe tener amigos en la ruta y mientras más sean, mejor, y mientras más importantes sean, mucho mejor. Lo cuarto, saber presentarme como un comisionista de obra, es decir, el tipo que cobra comisión por la plata que se consiga para hacerla a nombre del Gobierno, del Departamento o del Municipio. Es importante tener un pasaporte y que la gente lo mire a uno como una persona que hace algo y que tiene conocidos y sobre todo, que pregunta, porque quiere hacer un negocio entre legal e ilegal, que es ganarse la mordida del contrato.

No fue idea mía, fue de mi patrón. Así duré los primeros dos meses de un lado para el otro con muy pocas pasadas por la flecha o mejor, por el cristalizadero. Había que mantener todo sano. Lo quinto era hacer un mapa de trochas por donde pudiera brincarme los retenes. Ese trabajo fue el más peligroso porque me tocaba meterme en tierras desconocidas y por donde los carros no circulaban. Al final llegué a tener tres mapas: las rutas usuales, las de urgencia para carro y las de urgencia para moto. Fueron meses de estudio, de mucho estudio, de mucha sicología. Yo llegué hasta a consultar con brujos de la región para saber, además de lo que había, lo que podía pasar y evitarlo. Había una señora en El Doncello muy sabia, muy sabia. Adivinaba a punta de yerbas. Pedía que se cogieran verdes, en la mata, bija, guamo, ortiga, yarumo, guayusa, palo bocachico, palo cruz, chondur; las secaba con humo y luego las quemaba, y en sus cenizas leía mi suerte y mi desempeño. Doncello es un pueblo raro: lleno de brujas, de templos protestantes y de salones de belleza atendidos por maricas; allá hacen convenciones de ellos y de ellas a cada nada. Mejor dicho, yo las tenía todas de mi parte.

Comencé a trabajar con la moto. Salía de Neiva un lunes por la mañana y regresaba cargado los jueves. Paraba en Florencia para no recansar la atención porque la madre de toda ciencia es la atención y más en negocios tan delicados como los que yo hacía. Pelar los ojos, ser mosca, andar abeja era mi regla. En Florencia me quedaba en una

residencia llamada Brisas del Hacha, o sea del río que pasa por el borde de la ciudad. Me conocían, doña Anita me consentía y llegó a quererme tanto, que hasta estación se volvió esa residencia. O para mejor decir, allí descargaba y si la ruta estaba caliente, la dejaba enfriar echando bueno en su negocio. Al Guayas llegaba atardeciendo y esa misma noche encaletaba. Habíamos hecho una caleta en el tanque de gasolina y para reemplazarla la llevaba colinchada en un bidón de plástico. Así que el tanque de combustible original era casi todo de mercancía. Era difícil descubrir porque ni golpeándola se oía vacía. Al otro día, pateaba La Morocha antes de aclarar y el sol me venía a alumbrar cuando ya andaba a medio camino entre Puerto Rico y el Doncello. Allí acostumbraba a haber dos retenes tan cerca, que los comandantes se saludaban como diciéndose, primero el trabajo. Si estaba uno, estaba el otro. Pero a mí siempre me dateaban y me tocaban la campana. Entonces me desviaba por una ruta más larga: de La Esmeralda salía a Puerto Manrique, para reventar, una hora después, en el Doncello, entrando por Maguaré. Lo curioso de la vuelta era que siempre la Policía y la guerrilla se daban cuenta de que yo hacia el atajo y al regreso, pasaban la cuenta. Era un acuerdo para ellos no dejar de ganar, pero que no los comprometía con sus mandos. En otros pasos, la cosa era franca. Yo paraba y sacaba de una el ají para aceitarlos y dejar sano el negocio. La guerrilla era más que la Policía y la Policía más cismática que inclusive el Ejército. Esos soldaditos comían hasta paja si uno se la echaba; como los tenían aguantando filo, arreglaban por cualquier cosa, siempre y cuando el cabo no los tuviera vigilados. Y si les tenía el ojo puesto, al cabo también se arreglaba fácil. Todo es billuyo, el aceite de la máquina. Había otro paso difícil por Montañita, porque ahí está la base militar de Larandia, mandada por gringos, y los retenes estaban más mirados que el Ecce Homo los jueves santos. Entonces sí tocaba tirar trocha por el puro monte, una hora más. Muy segura sí porque por ahí nadie sabía pasar. Nunca se calentó ese camino. Yo no sé si era que había algún acuerdo por lo alto o que nadie se atrevía a caminar una trocha que pocos caminábamos. Lo concreto era que ahí, nadie molestaba, nadie miraba. Uno podía entrar seguro y salir sano.

Mi temor no era ni la guerrilla ni la Policía ni el Ejército, ni siquiera

el otro personal que trabajaba movilizando cristal. Mi verdadero miedo era Marlene. Ella se había quedado en Las Camelias a vivir con las dos niñas y cuantas veces la llamaba por radio o por teléfono, me decía y repetía que el culpable de todo era Henry, que ella sabía que yo era inocente. O mejor: que yo me había defendido y que uno tenía el derecho a la autodefensa. Yo creía y creo lo mismo. Igualito, sin una palabra más y sin una palabra menos. Pero a uno la sangre de otro no se le quita de encima ni perdonándose ni siendo perdonado. La sangre pesa mucho, unta mucho, se riega por dentro. Yo no quise volver a verla por más que yo quería ver a mis hijas y sobre todo conocer a la segunda, que nació cuando yo andaba de huida.

De buenas a primeras, mi padre me llamó un día a comentarme que Marlene estaba preguntando por mí. Que si estaría vivo, que si estaría en el monte, que si me había organizado con los guerreros, que si me habían desaparecido. Dizque era día y noche preguntando por mí. Le dio por ahí, y eso era raro, raro. Sin más. Sin razón. Sin por qué. Yo le dije al viejo:

—Déjela sana, no le vaya a decir nada. Siga dándole lo que le corresponde, que cuando yo salga adelante, cojo la obligación.

Pero día de por medio mi padre me llamaba a decirme que Marlene estaba cada vez más insistente, que no tenía otro pensamiento. Entonces le dije:

—Padre, dígale que me dé un tiempito, que yo la saco a vivir en Neiva cuando haya hecho la base para poder estar juntos. Que yo quiero mucho a las niñas y también a ella.

Pasó el tiempo. A mí me iba bien en la moto, hacía fama de abeja. Me tenían confianza y yo le tenía confianza a la línea, y hasta me cambiaron la moto por un carro. Un campero «Mitsubichi» rojo, engallado, con wíncher, exploradoras, mejor dicho, como para volver la trocha una autopista. Lo que quiere decir que ya no eran unos tres o cuatro kilitos, sino veinte o treinta en cada viaje. El carro se acondicionó y se le hizo una caleta blindada en la plancha de abajo. Los guardabarros, las puertas, el techo, el tanque de la gasolina, la tubería, todas eran caletas conocidas. La de la plancha era nueva. No era muy gruesa, pero sí blindada contra golpes de trocha o de martillete de oficial. Así que ahí la prensábamos y con ella para Neiva-

York. A mí me pagaban bien. La mitad en billete y la otra mitad en compañía, es decir, una partecita del embarque era mía, una parte pequeñita, pero una con otra no era poca. Y eso cada semana, era dinero: un apartamento en el conjunto residencial de la urbanización Villa Carolina, casi al frente del Batallón Tenerife, un lugar muy seguro. Puse la cuota inicial, el patrón me fío y todo iba para adelante. Llamé a Marlene y le dije: «Véngase a conocer con las dos niñas». Mi pensado era atenderla, conocer a las niñas, porque ni a la mayorcita había mirado bien, pero que después se fuera otra vez para El Triunfo. Ella de continuo en el apartamento, sin hacer nada, miraba mucho; vivir de asiento se prestaba para que conociera todo y ya dateada, yo quedaba abrochado con doble lazo: el de Henry, que apretaba, y el de la línea, que me daba para vivir. Las recogí en la Terminal, las llevé a la casa. Las niñas estaban ya casi señoritas porque de todos modos yo llevaba por fuera tres años. No se hace base en un día.

Me sentí feliz con las niñas, pero no con Marlene. Había un mirar de lado que me ponía nervioso; me parecía que buscaba pillarse hasta el último detalle de mi rutina. Preguntaba poco, lo que para mí era más sospechoso. Con la niña pequeña celebramos su cumpleaños. Tres añitos. Le hice fiesta con helado y con payaso. Les tomé fotos a las tres. Marlene me tomó a mí varias. «Papito, una para su gorda, otra para sus taitas, otras para las niñas». Y yo por allá en mis adentros: y otra para el DAS y otra para antinarcóticos y otra para la DEA. Era que yo no sentía que ella me quisiera. Estaba haciéndome un paro, yo me sentía su payaso. Pero, a pesar de todo, las cosas iban bien. Eso se sabe en la cama. No al principio sino al final, cuando ya no se quiere más y se conversa. Ahí la monta la sinceridad, ahí se dicen cosas. Hay confianza y el pez muere por la boca. Después de que una mujer abre la cintura, el hombre abre la boca.

Las cosas se dañan de un día para otro. Ellas regresaron a Las Camelias. Yo las arreglé con billete y le aseguré a la mamá una plata mensual para las niñas. Marlene miró dos cosas, el apartamento y mi mujer, que seguía siendo Yaely. No la conoció, pero mirando mi rutina, hizo el mapa y por ahí llegó a donde quería ir: sacó la cuenta. Y la cuenta me la pasó un capitán de la Policía que salió sin saber de dónde una mañana que yo venía cargado. Yo tenía aceitada toda la

línea y bien aceitada, porque además de lo que le daban por arriba a la Policía, yo los arreglaba por abajo. Pasó y sucedió que entrando a Paicol, un retén de la Policía con capitán y todo. Mejor dicho, un operativo montado y sapeado. Dije yo: «Marlene. A la fija, Marlene, cobrando cuentas». Ella sabía del carro, lo conoció en el garaje, yo le había dicho que trabajaba en el chance y ella pasó de agache, pero anotando todo. Y cobró.

El capitán me esperaba. Un agente se puso frente a mí apuntándome con el Galil; paré haciéndome el desentendido. Tenía la esperanza de que fuera una casualidad, de que no fuera yo el que andaban buscando. Había que jugar esa posibilidad aunque yo entendiera que era poca, que el margen era estrecho. El capitán se vino despacio, rastrillando las botas sobre el pavimento, con la mano en la pistola y la gorra echada con sobradez un poquito hacia atrás, como diciéndome «por fin te pillo». Eran las seis de la mañana del 14 de abril de 1991. Me dijo sin más:

—¿Cuánto lleva?

—¿Lleva? —le pregunté contestándole—, más llevará usted en esas botas.

No alcancé a terminar las palabras cuando sentí que me puso la pistola en el hocico:

—Bájese, so malparido, y entregue lo que lleva. Sabemos cuánto, no sabemos, por ahora, dónde. Dígame o le rompo ese carro y de paso lo rompo a usted, hijueputa, malnacido.

—Sin malas palabras, mi capitán, sin malos tratos; usted me confunde.

Sentí un tironazo del cabello y sin abrir la puerta, me sacó la cabeza por la ventana. Traté de defenderme con las manos, pero llevaba el cinturón de seguridad abrochado y quedé maniatado como un becerro en el matadero. Me sacaron entre varios agentes; me tiraron al suelo. Uno tomaba fotos con un video, otros esculcaban el carro: guardabarros, techo, tanque de la gasolina, capó, dónde no metieron la mano. Nada. No topaban la caleta. El capitán dijo:

—Traiga el soplete y échele candela al piso.

Volcaron el carro entre todos, me amarraron a un eje, echaron soplete y salió mi coca, desnudita ella.

—¿Con que 18 kilitos de cristal?

—No son los 18, le faltan unos gramitos.

Yo que digo eso y el hombre que me cruza la cara de un bofetón con el que perdí un diente delantero. Quedé sangrando y aleteándome el pulso.

Me juzgaron en par semanas, me condenaron. Me habían cogido con las manos en el timón de un carro con diez y siete kilos y ochocientos gramos de cocaína de «la más alta pureza». Cierto: nuestro cristal era el más fino que salía del Caquetá. Esa cuenta sumó seis años. Mi padre se movió rápido, pero Marlene fue más viva. Yo le había aceptado eso de que «las niñas no tienen papá», y les habíamos hecho los papeles con Bienestar. En el juicio estuvo con las hijas. Me preguntó:

—Papi, ¿quiere que le ayude? Las niñas lo necesitan.

—Sí —le respondí, sabiendo lo que me iba a pedir—: ¿Dónde le firmo?

Firmé, cerrando los ojos, un poder universal sobre mis bienes. Hechos los papeles, vendió el apartamento y hasta el sol de hoy. Mi padre se pellizcó tarde, pero se pellizcó bien. Ya tenía sus reses porque plata que sacaba de las chagras, plata que volvía res. Ya juntaba un hato de seiscientos animales. Remató la mitad y consiguió un par de abogados, unas fieras no tanto para litigar, como dicen que hacen, sino para untarles la mano a los que se atravesaran: al juez, al capitán, al fiscal, a los testigos. El secreto del ají eran los votos que los doctores le ponían al Partido Conservador, que en esos días —como casi siempre — gobernaba el Huila. Así que la cosa no fue tan difícil, aunque fuera cara. Media finca. Seis años, pagados con dos. Y afuera.

6.

Pagué en Picaleña y en Rivera, donde conocí a una pinta llamada Leoncio Carreño. Recorrido. Varias entradas, muchos sumarios. Lo tenían bien asegurado esperando su traslado al Barne. Hicimos migas. Me dijo:

—Usted, pinta, saldrá primero que yo. Le doy un consejo: no la pelee más por ahí; busque a Rogelio Gutiérrez en Neiva. Él conoce por dónde va el agua al molino o, como se dice ahora, dónde pone la pava.

Me notifiqué de la flecha. Una vez afuera, busqué al tal Rogelio. Había sido capitán del Ejército y conocía los hilos. Me dijo, a fiado:

—Ahora están de moda las Convivir, si usted conviene, y a ellos usted les conviene, negocio arreglado. Están organizando una en Colombia, Huila. O mejor, están por abrir un curso en ese pueblo. Vaya con mi recomendación y hace el curso.

Convine. La escuela quedaba —o queda— entre Colombia y Baraya. Era una escuela vieja, abierta por allá en el año 70, pero había cobrado fuerza cuando los pactos entre el gobierno de Betancur y Tirofijo en el año 80 y tantos. Ahí se habían preparado comandos para asaltar al Secretariado de las FARC, pero nunca obtuvieron el visto bueno del Ejército. Más que escuela era la boca del embudo. Éramos un grupo de 24 hombres, seleccionados por el Batallón Tenerife. Nos dieron los cursos que saben dar: prácticas de tiro, sobrevivencia, comunicación, simulación, inteligencia y contrainteligencia. La palabra clave, como nos dijeron, era: política. La subversión es un virus, hay que detectarlo a tiempo y combatirlo como los combate todo organismo, con sus mismas armas. Eso era todo. En Neiva nos vincularon al DAS y nos dividieron en subgrupos de apoyo a sus operativos de inteligencia. Al comienzo era un servicio de comunicaciones, pero día a día, la cosa se fue calentando. Me tocó en un grupo llamado de «contención estratégica» y actuábamos en la región de Balsillas, una zona muy jodida porque la guerrilla la controlaba. Nos dieron buenas armas, buenos carros y buenos equipos de comunicación. Nuestro objetivo era infiltrarnos en la población civil para saber cómo y por dónde se movía el enemigo. Se comunicaba a diario lo que se encontraba y hasta ahí era nuestro cuento. De ahí para adelante, les tocaba a otros, y hacían lo que debían hacer. Yo nunca supe lo que pasaba, pero pasaba.

A mí siempre me daba un cosquilleo. Después de ser yo un delincuente de la mafia organizada, pasar a trabajar con el Estado, hijueputa, eso era tenaz, pero se sentía uno asegurado por la derecha. Yo era un mero informante, no tenía que ver con operativos más delicados. Había un grupo de más confianza, que era el que, como se decía, despachaba. A mí me pagaban en ese tiempo doscientos mil pesares y eso era plata. Me tiraban ese sueldo cumplidamente, no

había razones para protestar. Después de trabajar en el grupo, me largaron solo con una XL. Yo debía andar en la universidad, en las reuniones a las que invitaban los sindicatos y la ANUC del Huila, la asociación de profesionales del Huila que dirigía un tal doctor, un médico que estuvo en bochinches cuando joven y que la brigada no dejaba de seguir. A la hora de la verdad, yo solo daba informes de lo que oía y miraba. Y punto. Nosotros andábamos con mujeres y trabajábamos con ellas. Son muy aviones para conseguir información gratis y sobre todo, datos duros, que llamábamos positivos. A veces nos daban una pista y nosotros la seguíamos, la analizábamos y si se veía el positivo, el otro grupo lo reclamaba. Hasta que a un compañero mío, el que me hacía la segunda, el «pato» de la moto, lo buscaron en su propia casa y lo mataron cuando, sano del negocio, abrió la puerta y se encontró con un revólver disparándole en la cabeza. Cayó ahí al pie de la entrada, frente a la mujer, que trabajaba en el hospital, y los niños, que desayunaban para ir al colegio. Cuando me contaron volví a sentir los tiros que mataron a Henry, el miedo que le vi en los ojos cuando recibió el primer plomazo en el corazón. No sé por qué recordé que cuando yo disparé estaban tocando La Cruz de Madera, Los Bravos del Cruce. La muerte de mi llave en las Convivir me dio el mismo miedo que la de Henry. Parecía como si yo los hubiera matado a los dos. Yo me decía: «Pero si usted nada tiene que ver, si usted en ese caso nada hizo». De día me aguantaba, pero cuando llegaba la noche, me miraba las botas untadas de sangre, y dije: «No, aquí me calenté, aquí paila ya». Una mujer de las que nos apoyaban me dijo:

—Mire, se la están preparando a usted, usted ha dado mucha información y le tienen montada una celada. Usted sabe que el que mucho sabe, mucho aprieta y por eso los pasaportean. Mejor váyase, mejor pobre y desempleado que muerto.

Era una mujer calidosa y me dio otra flecha:

—Mire a ver si sirve para vender un producto que está al día llamado Omniplus, una vaina que sirve para curar cuanto mal se tenga. El caso es para trabajar en Putumayo.

A Putumayo fui a parar: Pitalito, Mocoa, Puerto Asís. Allá fui yo a conocer la tal pirámide. El Omniplus se colocaba en tiendas, se dejaba en consignación y servía para dar fuerza, flexibilidad; vencer la fatiga,

quitar arrugas. Yo no sé de qué era hecho, pero se vendía. La gente se sentía siempre débil y como tenía platica cosechada por la coca, compraba todo lo que le vendieran empacado. Eso sí, empacado y bien empacado, con sellos y marcas y colores. Se vendía mucho. Fue un producto para bajar bandera, para hacer una clientela, para abrir un mercado, porque el verdadero objeto era vender televisores de plasma, que eran desconocidos, nadie los tenía. El negocio era una luz de bengala: el paciente daba cinco melones y se le daba el producto; a los seis meses, regresaba, se le devolvían los cinco melones más el diez por ciento, o sea quinientos mil pesitos, y se le escrituraba el plasma. Ganaba el televisor y además medio melón. En seis meses. El negocio crecía como espuma en orines de mula parda. Se desbordaba como alka-seltzer con limón en un vaso de Bretaña. Nada lo paraba y ni ganas de ser parado. A mí se me dañó el corazón contando la plata que pasaba por mis manos. DMG no tenía cómo contarla. No podía llevar cuentas de tanta moneda junta. Todo el mundo quería hacer el negocio porque además abrió otras líneas: neveras, equipos de sonido, lavadoras. Y para redondear plata, ya sin la disculpa del plasma, ni de la cámara de video, ni de la nevera. Platica saltante y sonante. La gente empeñaba, a la misma agencia, la nómina y la ponía a criar billete. Las colas de clientes daban la vuelta a las manzanas. Se vendían los puestos; había puesteros que hacían cola desde el día anterior y vendían el turno. Los cocaleros dejaron de trabajar la chagra, los cultivos se enmontaron; los traquetos se dedicaron a colocar plata y a recibirla. Dicen —digo dicen— que los grandes traquetos se vieron amenazados porque los embarques no llegaban; el precio de la cocaína subió a los cielos. No había producción. Dicen que fue alguno de los grandes carteles el que sapió y desató la guerra. Porque los carteles también invirtieron y yo digo que la base para echar a andar tanto dinero tuvo que pasar por ahí. El Gobierno le cogió la caña porque, además, los bancos estaban quebrando y hasta los gerentes de sucursales de pueblo metían los depósitos a trabajar en la pirámide. Fui a buscar a Leoncio Carreño al Barne y a pedirle consejo. Me dio vueltas y al final me dijo:

—Yo le tengo la ficha para que se mueva a San Lorenzo, Ecuador. Allá lo defienden.

Fue entonces cuando se me dañó el corazón de plano. Regresé a Puerto Asís, encaleté en pocos días cien melones sin que nadie me pidiera cuentas y pegué para Cali; no me quedé sino un día. Yo no sabía dónde quedaba San Lorenzo, pero Leoncio me había dicho:

—Póngale agua de por medio y váyase por Tumaco. Hay rápidas que salen del puerto a Cabo Manglares y de ahí carros que lo llevan al pueblo. Pregunta en la bomba de gasolina por el Paisa y él lo enruta, va de parte mía.

No fue más. Tumaco es un pueblo peligroso. Allá han zozobrado muchos. Hay quiñadores de cartel; no se puede andar de turista. Hay que tener los ojos abiertos. Una rápida me puso en tres horas por el canal de Bucheli y Cacahual en el Cabo, y de ahí a Ancón de Sardinatas, Ecuador; más adentro, Pampanal de Bolívar, y, por fin, San Lorenzo, un pueblo polvoriento, caliente y estrecho. Fue una travesía larga. Horas mirando pasar olas. Y pensando por dónde hacerle al negocio. Tenía seguridad en la ficha que me dio Leoncio, pero otra cosa es entrar a un sitio del que no se sabe dónde están las puertas, que es lo que se debe pensar cuando uno está acosado. Me metí a un hotel que me dio confianza, Palatino Palace, en el puro centro, en la única calle que tiene pavimento, o mejor adoquines, como se dice en ecuatoriano. Todavía hay rieles de un tren que dejó de pasar hace años. La habitación que me dieron quedaba al lado de una discoteca donde se oía salsa toda la noche y toda la madrugada. Si hay salsa, dije, hay colombianos. Así es. San Lorenzo es un pueblo de colombianos manejado por ecuatorianos. Los negocios son nuestros, la plata que corre es nuestra. El peso circula a la par con el dólar y se cambia a dos mil colombianos por un dólar.

Había apuntado el nombre de mi contacto en un papel que metí doblado y sin cuidado en el pantalón. Se me olvidó. La travesía por el mar nos mojó a todos y nos mojó todo. El papel se deslió y se borró el nombre del cliente. Sabía solo que era dueño o gerente o empleado de una bomba de gasolina. Hay varias bombas en San Lorenzo y en la mayoría, para no decir todas, trabajan paisanos. No sabía qué hacer. Me tocó llamar al Barne a rogar que me permitieran hablar con Leoncio. Me respondieron:

—La comunicación con los internos es por turnos y a don Leo le toca

la semana entrante.

Gran noticia: Don Leo. En una cana ese don es un título de caché, de prestigio, de mando. Yo tenía afán de ubicarme y de sentirme seguro. Pregunté:

—Perdone, guardia, pero ¿podría usted hacerme el favor de decirle a don Leo que si puede llamarme?, y le di el teléfono del hotel.

Más me demoré en colgar que Leo en timbrarme. Me dio el nombre del hombre: era mi llave del Ecuador y el seguro del billuyo que yo traía una parte en dólares y la otra en oro colgado como engalle: anillos, cadenas, pulseras. Tuve mucho miedo con esa joyería puesta, pero no encontré un modo más seguro. Di vueltas hasta encontrar al paisano y lo encontré: don Augusto, dueño de una estación de servicio que les vendía casi con exclusividad a los palmeros de Esmeraldas, es decir, de toda esa costa. Era un hombre flaco, pálido, nacido en Jardín, Antioquia, muy volteado por toda la patria y muy conocido en el vecindario. Me dijo:

—Tratándose de Carreño, vos tenés las puertas abiertas. Permitime un par de días y hablamos.

Me llamó como tres horas después y me preguntó:

—¿Será que vos te le medís a manejar una discoteca?

—Esa es mi profesión —le respondí— y le añadí la historia de las que manejé haciéndolas pasar por propias en El Triunfo y en Camelias. Él conocía de oídas esas regiones. O eso me dijo. Total, a la semana de llegar a la «hermana República» yo estaba sentado en el mostrador de la discoteca La Estrella de Manabí, con trece mesas y tres reservados. Aquí se servía lo que el cliente pidiera. Al principio, como se dice, escoba nueva, corazón contento. Todo en orden. Me respetaban por haber sido nombrado por don Augusto. Poco a poco fui descubriendo el crucigrama. Había líneas; unas venían de Colombia y cruzaban por donde yo había llegado sano. Es decir, Tumaco, Ancón, San Lorenzo. Era la más fuerte. Propios armados, tránsito arreglado. Pero era una línea que no se detenía en San Lorenzo sino que seguía a Esmeraldas, Manabí y Guayas, toda manejada por paisanos. Era muy segura porque a las autoridades ecuatorianas también les gusta el ají. Yo no había venido para oír a Olimpo Cárdenas sino para hacer crecer mis melones. Esa línea me daba garantías porque, de seguro, pensaba yo,

Leo era un punto de la cadenita. Había otras líneas: Cali-Ipiales-Ibarra, manejada en asocio con ecuatorianos de Imbabura. Más peligrosa porque la sostenían comerciantes. Y la de Sucumbíos, con la que yo no quería meterme para evitar que me localizaran. Por tanto me puse a detallarme la de Ancón. Compraban en Bocas de Satinga y en El Charco, cristalizaderos manejados por socios de Cali, muy bien defendidos, pero lanzas afiladas para los negocios. Yo no podía contar con el consentimiento de Leo sin pasar por la cadena, pero así y todo, me decidí a hacerlo porque tampoco había otro camino. Con solo nombrarlo, me volví un hombre importante. Puse una base para ensayar, y resultó. Un embarque que tenía como destino el sur, como me informaron, y no se dijo más. Las líneas son hechas de confianzas. Y de desconfianzas, porque detrás de todas hay armas, hay quiñadores. Aposté otra vez y también dio resultado, pero a la tercera estaba escondida la Vencida y se cayó todo el personal y toda la merca en el Callao, Perú. Brinqué, peleé, pero al final don Augusto me aconsejó pasar de agache.

Era mi intención, pero no mi destino. Mi destino fue otra vez el mismo: un morraco en la discoteca. Se me despertó otra vez Henry, al que ya tenía acotejado y hasta enterrado. Volvió otra vez esa sangre. Al cliente nuevo lo mataron por detrás, a traición, como se mata a los animales. No supe, o no quise saber, los motivos, para no tener a nadie pidiendo cuentas, aunque Henry me las seguía pidiendo a mí. La Policía criminal investigó, cerró la discoteca, don Augusto pagó por lo alto y a las dos semanas volvimos a abrir con personal nuevo y mesas limpias y desinfectadas. Dejé pasar unos días para no levantar escamas, pero mi idea era retirarme a un trabajo que no me calentara, así no ganara mucho. Un cliente de la discoteca me habló una noche de una ganadería que tenía en un pueblito llamado Montalvo. Yo le mostré que conocía de ganado porque me había criado oliendo boñiga. No era mucho el ofrecimiento, pero sí el enfriamiento, y me fui a trabajar como administrador de la hacienda La Suerte, con mil cabezas de ganado, casa, camioneta cuatro por cuatro y veinte vaqueros. Me dotó con un Galil y una pistola Beretta 92, «para lo que se ofreciera».

Me situé pues en Montalvo. Me hice conocer pronto porque la hacienda dominaba el pueblito. Había sido de una viuda, doña Rosa

Maldonado, una matrona que manejaba la finca a punta de fusta. Muerta, sus hijos, señoritos pelucones en Quito, le sacaron el cuerpo al trabajo y buscaron un administrador. No es fácil encontrar un tipo en Ecuador que se le mida a la ganadería, y menos a una tan grande. Arreglamos por una cría de cada cinco. A mí me convenía porque los patrones ponían sal y droga y «tiros asegurados», me dijeron. Como quien dice, use las armas, que nosotros respondemos. Me fui y terminé viviendo con una muchacha del pueblo, llamada también Rosa, en honor a la patrona. O de seguro al patrón. Una muchacha atenta, cumplidora del deber, muy sana. Duré un año. Hicimos cuentas. Había una diferencia de unas ciento cincuenta crías con el ganado que me habían dado. Ellos hacían cuentas de trescientas.

—¿Trescientas —pregunté—, de cuándo acá cien reses dan treinta crías? Eso será en Ecuador, porque un hato en Colombia no da eso ni haciéndolas con la mano.

Pues, así es acá. Me salieron pues pataschuecas. Disgustamos. Volví a San Lorenzo con la cola entre las piernas y una ira que me brotaba por dentro, se me salía por las manos. Pero en casa ajena, nadie es rey. Tocó aceptar. Hice fama sí de buen vaquero y de patrón duro. Tuve bretes con varios trabajadores que me tocó espantar. Para eso me habían dotado con lo que me dotaron. Pero fama en esos tropeles son enemigos comprados a bajo precio.

Volví a la discoteca. Augusto supo el rollo entero y me pintó un negocio: vender seguridad. La cuestión era sencilla: la Policía colaboraba en ajustarles cuentas a los bandidos, fueran de donde fueran; los comerciantes ponían el billete, y yo, con Augusto, ponía hombres, armas y administración. Pasaba y sucedía que a Esmeraldas, y más al cantón de San Lorenzo, llegaban diario y mal contados veinte paisanos. Unos por mar, por La Tola; otros por Tulcán e Ibarra, en carro, y otros por el río Mataje, a pie y huyendo. Llegaba de todo: buenos, malos, regulares, rojos y amarillos, hombres, niños, mujeres. Eran los días en que el Gobierno se había dedicado por oficio a fumigar cultivos de coca en la frontera: en el Patía, en el propio Mataje, en el Mira, en el San Miguel, en el Putumayo. Llegaban sin saber a dónde llegar, sin trabajo, con necesidades. Robaban. Más que robar, atajaban lo que pasara. Llegó a haber diez muertos en una

noche: muertos por una cosa y por otra, pero muertos. Las autoridades miraban para otro lado. La orden era hacer orden, parar o patrasiar la «invasión» colombiana. Ecuador no podía pagar los platos rotos de la guerra que había en Colombia. Y nos habilitó para oficiar de espantapájaros.

Yo acepté porque no tenía más que hacer. No me gustaba, pero tenía que poner a producir lo que tenía. Una empresa que embotellaba agua de grifo y la vendía como de manantial fue nuestro primer cliente. Era una compañía legal aunque vendiera lo que no anunciara. Fue un buen contrato: limpiar de malhechores la zona. La Policía se encargó de hacer la vuelta y nosotros de asegurar la región. Mandábamos gente armada a que fuera vista para hacer correr a los «malhechores», que eran meros ladronzuelos. No hicimos ni un solo morraco. Todos eran de la Policía aunque nos los cargaran a nuestra cuenta, lo que para nosotros era bueno porque con esa fama nos pagaban. A los pocos meses me aburrió la socia. Renuncié. Le dije a Augusto:

—No, hermano, eso es muy pesado; ya no duermo tranquilo.

Yo no podía administrar la sombra de mi cuñado. Me retiré a trabajar en la construcción. Tenía amigos. Yo sabía hacerle también a ese arte y me conseguí por medio de Augusto unos contratos para construirle puentes a una empresa palmera.

Si el cultivo de palma es un negocio en Colombia, en Ecuador es un negociazo. Hay palma en Sucumbíos, en Carchi, Pichincha, Los Ríos, Manabí. Los gobiernos ecuatorianos —que son muchos y muy seguidos — agradecen que se siembre palma, no importa lo que cueste. Las tierras nuevas, con agua, con monte, son mejores y más baratas que las otras. Por eso el cultivo se ha regado por las zonas de selva como verdolaga en playa. En Esmeraldas muchos palmeros son colombianos y sus cultivos son como una extensión de los que tienen en Tumaco, en La Guacamaya, en Llorente, en todo ese lado; pero con ventajas porque los ecuatorianos se les abren de piernas y les permiten todo lo que piden. Digo diciendo que los palmeros de Esmeraldas son colombianos porque los dueños son colombianos, los patrones paisas, los técnicos costeños y los obreros pastusos, y la semilla de las palmas traída de San Alberto, Cesar; de María La Baja, Bolívar; San Carlos de Guaroa, y hasta los machetes, llamados malayos, son de marca Collins,

colombiana. Las aceiteras, que llaman extractoras, donde se espicha la pepa para sacar el guarapo de donde viene el aceite, son nuestras. Como si dijéramos, el norte de Ecuador es colombiano. Ahí no hay límite ni frontera que valga. Más difícil es pasar de Los Ríos a Manabí que de Llorente a San Lorenzo. Hay un señor Salomón Gutt que tiene miles y miles de hectáreas; la más grande en Ecuador se llama Palmas de los Andes. También ricos y muy ricos ecuatorianos tienen sus platicas en palma: Jamil Mahuad Witt, hermano del expresidente de la República, y Juan José Pons Arízaga, expresidente del Congreso, tienen sus huevos puestos en ese nido. Gente de poder.

Me contrataron para hacer puentes en una palmera grande en Najurungo, a diez kilómetros de San Lorenzo por la nueva carretera a Ibarra. La empresa tiene más de dos mil hectáreas sembradas en palma produciendo; tiene otras dos mil que están sembrando; dos mil más en montaña entera y un problemita: quinientas familias campesinas peleando tierras que la empresa les compró a un precio convenido con los colonos que ahora no aceptan. Un problema jodido, grande y que se podía enconar e hinchar. Sobre todo porque muchos de esos colonos son campesinos colombianos que se han pasado a este lado por falta de trabajo y porque la cosa allá, en lo nuestro, está cada vez más caliente. Comencé a trabajar como contratista de obra. Puse mi billete para comprar herramienta, hacer campamento, conseguir una cuatro por cuatro para mi trabajo y negociar con los patrones de La Suerte en Montalvo la Beretta 92, que era mi novia. Aunque mi novia de carne y hueso era Rosa. Me acomodé con ella. Me gustaban su cuerpito ligero, sus ojitos inquietos y curiosos y su modo de atenderme en la mesa y en la cama. Sabía lo que me gustaba sin decírselo, lo adivinaba, tenía instinto de gata. Miraba a una persona y sabía quién era, me lo decía. Yo no le creía al comienzo, pero después, cuando vi que las cosas le salían, comencé a escucharla. Creo que fue por su causa que dejé la ganadería, que era buen negocio, pero ella era empeñosa. Vio que me cercaban sin yo saberlo, sin sospecharlo, y por eso se volvió hasta cansona repitiendo:

—Vámonos, vámonos, aquí le van a hacer daño.

Me preparaba lo que me gustaba, digo. Yo llegaba del corral sudando y ella me tenía todo a mi gusto. Después, lo mismo. Yo nada

le enseñé. Ella lo sabía.

El trabajo consistía en hacer puentes con tubos en las trochas de los cultivos. La finca aceitera está cuadriculada por trochas, avenidas, caminos que otros llaman estradas. Pero al mismo tiempo que se lleva agua por canales, sobre los que hay que construir los puentes, se le saca agua por canales de drenaje para que las palmas no se pudran. También sobre ellos hay que construir puentes. Es decir, a la palma hay que darle de beber lo que necesite, una medida difícil. Ni tanto que se pudra ni tan poco que se seque. Por las trochas se entra a platear los cultivos, o sea a desyerbarlos, y por ahí mismo se saca la fruta, se entran los abonos y por la tarde se saca el personal para que nadie, nadie se quede. El robo de fruta es continuo porque las matas la botan de seguido. Tiene que haber vigilancia día y noche. Se controla también el robo porque las aceiteras solo compran a conocidos, a gente registrada porque tiene también cultivo, y a un aparecido con tres racimos no solo no le paran bolas, sino que termina en la Policía. Pero la fruta se usa mucho para engordar marranos y hasta para criar gallinas, trampas que el campesino sabe hacer para vivir.

Comencé a trabajar con una cuadrilla de quince obreros, todos paisanos. Los hermanos ecuatorianos son lentos, muy lentos, y necesitan que se les explique las cosas muchas veces. Ensayé con un par de muchachos de San Lorenzo, o más exactamente de Calderón. Yo les mostraba con mis propias manos cómo se hacia una mezcla de cemento: tanto de arena, bien cernida; tanto de cemento; tanto de agua al principio, tanto de agua después, tantear cómo queda «colada», y a ver, hermano, hágale. Nada, no le hacían, desperdiciaban cemento y arena. Les repetía la enseñanza. Nada, no entendían. Y hasta ahí fueron negocios con ellos. Los colombianos no necesitan nada sino trabajo, todo lo hacen de algún modo, porque lo saben o porque se lo inventan. Pero lo hacen y si el patrón es colombiano, lo hacen bien; si el patrón es ecuatoriano, le maman gallo. No tuve problemas. Entregaba la obra el día en que me había comprometido, con las medidas y la calidad convenidas. Así que por ahí no hubo queja. Construí en once meses quince puentecitos. Me gané la confianza de John, como se llamaba el gerente de la compañía. Me dio otro contrato para limpiar drenajes y canales de agua. Contraté otros

diez obreros. Tenía en la finca tres campamentos y todo andaba como Dios manda hasta el día en que a un par de mingas les dio por robarme de un campamento la herramienta. Yo tenía mis propios de seguridad, un tolimense y un caucano. Hombres bravos. Se pillaron el robo, buscaron a los ladrones y me los trajeron amarrados con alambre. Eran dos ecuatorianos medio indios y los míos estuvieron para lincharlos, tal como se acostumbra en Ecuador. John estaba de acuerdo en darles su merecido, pero a mí se me hacía peligroso echarse encima a esa gente analfabeta que a ratos parecían más animales que cristianos. Sucios, malolientes, ladrones y para ajustar, colaboradores de la guerrilla, como la misma Policía de San Lorenzo decía. Los castigó la autoridad y yo quedé con la sartén por el mango: con la confianza de la empresa.

Hubo otro problema, más grave. A los colonos que ocupaban la zona, muchos paisanos, se les había negociado la mejora por un precio que ellos mismos pusieron. Yo no me encontré en ese negocio, pero era sabido de todos que la empresa les había pagado lo comprometido. En el año 98 el dólar se pagaba a cinco mil quinientos sucres; un año después, a once mil quinientos, al año siguiente ya los sucres no valían y se pagaba en dólares. Así que había una gran confusión: los colonos se juntaron para pedir que se les pagara en dólares, y la empresa les reconocía en la moneda en que fue hecho el trato convertido a dólares. No les convino. Exigían mucho más, más del triple porque decían que la moneda ecuatoriana valía menos. Decían que los palmeros sabían para dónde iban las cosas y por eso en el año 98, a mediados, hubo compras y compras de tierra, o de mejoras, que era lo que se compraba porque esa gente no tenía títulos. Alegaron y la empresa no cedió. Al fin sus dueños eran del Gobierno y de los bancos, como el mismo señor Salomón Gutt. Total, no llegaron a un acuerdo y los colonos antiguos, que pedían que se les diera la diferencia en dólares, bloquearon las entradas a la finca, rompieron los canales de agua y hasta dinamitaron un puente de los que yo había construido. Por eso John me llamó y me dijo:

—Van a acabar con su trabajo, párelos usted que los conoce.

No quise meterme yo. Mandé al Tolima y al Cauca a resolver el problema. Se fueron con barras para desbloquear, una volqueta que yo

había comprado y unos malayos, por si acaso. El por si acaso tuvo lugar y los míos, que tenían malas pulgas, trataron de desbloquear a las buenas, pero al ver que los otros se atravesaban, sacaron los malayos y a malayazo limpio —con la plana y con el filo— sacaron en desbandada a los huelguistas. Hubo heridos, me dijeron. Contesté:

—Que la Policía los cuente.

Los contó, dos heridos con las rodillas peladas. Al hospital llegaron varios y hasta hubo uno que tuvieron que operar. Se le reconoció la invalidez. La información que la Policía dio fue cierta: unos eran cocaleros, los otros, guerrilleros. La cosa quedó así resuelta. Y yo quedé hecho porque al otro día me llamó John y me dijo:

—Amigo, le hago una propuesta para que no diga que no, manéjenos usted la seguridad de la empresa, diga qué necesita, cuánta gente, cuántos carros, cuántas armas y de qué tipo, y le hacemos al asunto.

Me desconcerté un poco a pesar de que era lo que yo buscaba. Tenía experiencia, tenía necesidad de limpiar mis papeles ecuatorianos; Rosa estaba embarazada, yo había logrado librar una finca en la vía que se estaba construyendo entre Borbón y Mataje, así que le dije, por mantenerme en la raya:

—Déjeme pensar la oferta.

La finca de Borbón eran unas mejoras que les reconocí a unos negros de la zona a los que poco les gusta trabajar porque viven del pescado y de la culebra. Cuando escasea la pesca, comen culebra, o cualquier cosa que en el monte se mueva: guagua, pero de agua; conejo, venado, tucán, hormiga, lagartija. Les había hecho la oferta de comprarles las mejoras, que una con otra hacían un globo de ochocientas hectáreas. La zona prometía, la carretera San Lorenzo-Borbón-Mataje en Ecuador iba a ser parte de la carretera de la costa para unir por la vía La Espriella, pasando los ríos Pusbí y Mira, con Tumaco. No eran solo ideas, eran verdades: las grandes palmeras, sobre todo las colombianas que tenían cultivos en esta región del Mira, querían hacer una sola frontera de palma, y para eso, tanto las ecuatorianas como las nuestras presionaron para trazar la carretera. Más aun, tumbaron miles de hectáreas de selva, compraron otras tantas mejoras y se pusieron formales a sembrar palma. El Gobierno fue a ver si las denuncias que

se hacían sobre el derribe de montaña eran ciertas y sí, así era: dos millones de dólares les costó a los palmeros el daño que hicieron, pero la tierra quedó en sus manos. Eso me animaba porque mi finca quedó cubierta por los vecinos, que todavía hoy me hacen oferta de compra. No vendo todavía. O quizá nunca si me hacen socio de sus empresas aportando yo la finca, que es lo que están haciendo.

Les contesté a la otra oferta, la de seguridad, que sí, que concretáramos. Me dieron cuatro carros Toyota, uno blindado para mis desplazamientos; armas protegidas por el Ministerio de Defensa, salarios y prestaciones legales, uniformes para algunos de mis hombres porque los otros actuarían como civiles. Solo yo conocería a los unos y a los otros. Ni la empresa metía el ojo en ese circuito. Me dieron una oficinabase con equipos de comunicación; líneas ocultas con la Policía, el Ejército y las empresas. El Grupo de Intervención y Rescate de la Policía Nacional (GIR) fue el apoyo principal del trabajo. Era un grupo de policía especializado que había combatido y triunfado sobre los terroristas de Alfaro Vive, Carajo, la sucursal del M-19 en Ecuador. Yo manejaba mis dos brazos como si fueran míos. Eso que dicen los curas de que tu mano derecha nunca sepa lo que hace tu izquierda fue mi guía en los trabajos que nos tocó hacer y que consistieron en defender a las empresas. Los terroristas colombianos eran los más peligrosos porque las bandas de malandros no lo eran tanto. Muchas eran organizadas por ecuatorianos que contrataban quiñadores colombianos para hacer sus vueltas, pero no tenían mucha cancha, eran malevos como de los años ochenta, medio brutos para operar contra sistemas enlazados como los nuestros. Trabajé dos años manejando la seguridad de cinco empresas, unas colombianas, otras mitad y mitad, y las menos, puras ecuatorianas. La prueba de mi trabajo está en la ampliación de las palmeras en Esmeraldas. Cuando yo me hice cargo del negocio de la seguridad había en San Lorenzo unas ocho mil hectáreas, hoy hay veinte mil y se dice que diez mil más están por entrar en la suma.

El único cacharro que me ocurrió fue el que me pasó una noche en mi tierra de Borbón. Al regresar a la casa, de noche ya, me pillé que había un par de malandros buscando un hueco para entrar. Rosa estaba sola. Yo los vi desde lejos, hice un rodeo a pie, les busqué la

espalda y dije: «Voy por ellos». Mi Beretta estaba limpia, nunca la había disparado contra una persona y ni siquiera contra un animal. Apunté, no me temblaba el pulso, pero mi ojo derecho, el ojo visor, el de apuntar, me lloraba, no me dejaba ver. Lloraba solo el ojo derecho, el mismo con que le había apuntado y matado a Henry. Desmonté la pistola y me le rendí al difunto.

Cuatro

Nury

El duende

Mis abuelos por el lado de mi papá venían de un sitio que mi mamá llamaba yo-no-sé-dónde, que es como decir ninguna parte. No conocí ni a mi abuelo, al que llamaron siempre Don, ni a mi abuela, a quien le decían Doña. Eran gente ajena pero nombrada. Estaban ahí en la casa —o en las casas donde vivimos, porque andariegos fuimos— como están los ángeles en los techos de las iglesias. En cambio, los familiares de mi mamá sí se sabía quiénes eran y cuántos eran. Mi abuelo Vicente fue nacido y criado en Jericó, Antioquia, y su padre, fundador de un punto llamado El Chagualo, a donde llegó guaqueando —o huaqueando, como él decía—. Era rebuscador, porque no solo fue guaquero sino peluquero, zapatero, panadero, arriero. Sabía hacer lo que le tocara, lo que le pusieran por delante. Arrimó de rebusque a El Chagualo, pero terminó haciendo fincas y jugándoselas a los dados. No jugaba plata sino tierra y llegó a tener haciendas y mujeres porque también a ellas tiraba a la suerte. Tenía unos dados hechos de hueso. Las malas lenguas decían que hasta de cristiano serían, porque sabía cargarlos. Los guardaba en un trozo de terciopelo fino color nazareno que nunca a ninguno de nosotros, o de sus hijos, dejó tocar. Tenía casas también en Jericó, a donde mi bisabuelo llegó después de la batalla de los Chancos, que los liberales ganaron de mano a los conservadores para después, como siempre, entregarles el poder y subir a Núñez. Era lo que se oía decir en casa de mis abuelos. Y más: a Núñez nunca dejaron de llamarlo El Traidor. Mi abuela, Leonilda, era

del Tolima, de Rioblanco, donde todos nacían rojos. Liberales eran mis tíos y tías. No fueron pocos. Ellos, tres, cada uno con un padre distinto, y ellas, cuatro, con el mismo padre. Extraño. Dicen que así es el amor. O las ganas, digo yo. Son distintos pero vienen en el mismo paquete.

Don Vicente fue siempre un caminante y sacó de su padre el vicio de ganarse la vida en las mesas de juego. Hizo caminos al sur buscando siempre la suerte y recorrió el que de La Virginia, a orillas del Cauca, llevaba por Santuario a Tadó. Se atravesaba un páramo muy bravo, el de Tatamá, pero siendo camino de oro, no había frío que detuviera a quienes lo andaban buscando. Él no mineaba. De fonda en fonda iba ganando a dado —no digo limpio— lo que le apeteciera. Se estableció en Santuario —cuando era de Caldas—, un pueblo próspero y recio, donde metía lo que en los caminos ganaba, que fue mucho, porque ya en vida mía todavía quedaban tierras y casas que el abuelo le dejó a mi madre por herencia firmada en notaría. Era la niña de sus ojos por tenerlos ella grandes y apestañados. Echó raíces en Santuario, con propiedades, pero sus pies eran más gitanos que sus bolsillos. De Santuario a La Virginia y de la Virginia a Buga y de Buga a Santa Lucía; luego a Barragán, y pasando otro páramo, más frío aún, a Tolima: a Chaparral y a Rioblanco. Pero este camino no fue jugando dados sino negociando armas y oro. Era un liberal al que le pesaban y le dolían por herencia las jugadas de los Núñez, los Olaya, los Santos, los Lleras. Su vida encajaba con lo que Gaitán decía en Chaparral, Rioblanco, Santiago Pérez, Ataco —también zonas de oro—, donde eran liberales de tradición. Gente peleadora y, para ajustar, trabajadora. Mejor dicho, difícil de tramar.

Llegó a esos calores del Magdalena ya viejón, pero no cansado, a toparse con la potranca que era mi abuela. Una viuda con tres hijos ya volantones. Dos murieron en la guerrilla de Jacobo Prías Alape, Charro Negro. Se enamoró de ella, dejó lo que tenía en sus manos y se dedicó a trabajar de asiento en una gran finca que compró en un pueblo que don Vicente había ayudado a fundar, llamado hoy San José de Las Hermosas. De mis tíos difuntos poco se hablaba, quizá para no tener que dar explicaciones sobre sus muertes. Mi otro tío fue un comerciante rico que negociaba en Chaparral y al que la violencia

nunca tocó. Era reservado, silencioso y se hundía en sus cuadernos de contabilidad para no tener que mirar a su mujer. Mis tías, que eran tres, nacieron en otro corral. La tía Ana, buena moza, casó con el dueño de un bus que hizo toda una vida la línea Chaparral-Ortega-Ibagué; poco trato teníamos con ellos. La tía Berta fue una mujer extraña, cortejada por un mohán y dicen que hasta embarazada por él porque nadie se explicó nunca cómo le llegaban, por dónde le llegaban y quién le llevaba las cargas de fríjol que aparecían cada mes en el zarzo de su casa durante los 11 meses que duró su embarazo. El marido no dormía por hacerle guardia con una escopeta calibre 12 al duende de carne y hueso que se colaba con el bulto al hombro. Nunca pudo cazarlo. Mi mamá decía que al hombre lo dormían con alguna dormidera porque amanecía con los ojos en la nuca. Lo embolataba el mohán. Mi primo salió sonámbulo; amanecía subido en la copa del mamoncillo que había en su casa. Nunca le pudieron quitar esa maña.

Mi otra tía, la que falta por nombrar, fue la primera desaparecida que yo conocí. En Orito supe de muchos muchachos y muchachas que desaparecieron y que aparecían inflados en el río tres días más tarde, o varios años después en una fosa común en los sitios donde el Ejército había hecho campamento. Se llamó —o se llama, porque hasta que no haya cadáver no hay muerto, ni en pasado se puede hablar de la persona— Nicolasa. Tenía un pelo largo y lacio que le llegaba a la cintura y que se peinaba con cuidado con linaza y una peineta con doble cara de dientes. Una vez el mohán le enredó el pelo cuando ella dormía y no hubo manera de peinárselo. Había hecho nudos y nuditos, enredos y enredijos, de tal forma que casi enloquece a la mujer. Tuvieron que cortarle el pelo al rape. Años después supe que el diablo tiene la maña de hacerles trenzas a las bestias en la crin y a veces en la cola. En nuestra familia nadie ha tenido el pelo ensortijado, pero tampoco los ojos achinados. La vi un par de veces. Dormía en la terraza de la casa, en una mediagua que ella misma había hecho. No se le conoció marido y poco salía de su casa. Solo se le veía los viernes, cuando bajaba a buscar la linaza. A nada tenía que salir porque la alimentaba un fantasma de quien se enamoró para toda la vida al oírlo cantar rancheras con una guitarra hecha en palo de rosa. Le cantaba el Cucurrucucú paloma y la peinaba con un peine de

marfil. Ella se dejaba y soñaba. El pueblo sabía que el fantasma había pasado porque sentían un ventarrón que en vez de pasar daba vueltas alrededor de la casa de Nicolasa hasta posarse en la terraza. De salida, nadie lo oía, nadie lo notaba, y por eso fue solo siete días después de que ella no bajaba a comprar linaza cuando se dieron cuenta de su ausencia: el fantasma se la había llevado. No dejó rastros. Ni uno solo de sus cabellos se encontró.

Desde ese día a mí tía Berta le dio por ejercer la brujería. Ya se le conocían sus andanzas con el duende de la remesa y eso lo supo usar para embarcar a la gente en su cuento. No era una bruja barata de esas que se ponen turbante y usan bola de cristal; era sabedora o, como llaman, un espíritu de luz. Nada. Ni siquiera fumaba tabaco. Echaba las cartas en silencio, y en silencio se quedaba horas enteras ensimismada. Hasta que soltaba el rollo como si fuera un río crecido, casi sin respirar y mirando de lado. No le importaba lo que se pensara de lo que decía. Era una palabra encendida y sonora y seca como un latigazo. No recibía a todo el mundo ni a toda hora, ni siquiera en cualquier día. Acertaba. Tanto acertaba, y tan afamada era, que el alcalde de Chaparral la amenazó con cárcel porque se negó a recibirlo. Y no lo recibió. Era una mujer astuta. Mientras más fama hacía, menos explicaciones tenía que dar sobre la remesa.

Al Putumayo

Mi madre nació en San José de Las Hermosas, un pueblo que no conozco porque cuando estuve en edad de conocer ya no existían abuelos ni fincas. En la región se cultivaba solo amapola para sacar el látex con que se fabrican la morfina y la heroína. El viejo don Vicente alcanzó a llevar a mi abuela a Rioblanco para que pudiera parir tranquila. La llevaron en una hamaca dos —o mejor, cuatro— de los peones de su hacienda, donde tenía ganado y sembraba maíz para los cerdos que también tenía. Después de tantos hijos e hijas, mi abuela, ya vieja, no resistió el último parto. Pero mi mamá se salvó y se crió con sus hermanas, las abrujadas. Las mayores tenían modo y mi madre creció como la muchacha de los mandados y después, ya formada, como la criada. Fue el cuento de la Cenicienta sin príncipe. Así que al

primer descuido de las brujas mi mamá ganó la calle y quedó embarazada. De ese polvo nací yo. Después, de otro —de quién sabe quién— nació mi hermana.

Mi padre, o mejor dicho mi engendrador, era un negociante y amansador de bestias que compraba en Tolima y vendía en Valle. Esos eran su camino y su vida. Debió dejar muchas mujeres y muchos hijos entre el Guamo, Chaparral, Buga y Cartago. El caso fue que poco a poco mi mamá se fue desprendiendo del hombre, pero quedó en un cuarto oscuro: no sabía si lo habían matado o si se había muerto, o si todavía andaba por ahí arreando caballos, capando potros, montando yeguas. Ella, aturdida más que adolorida, se dedicó en cuerpo y alma a salir de dudas. Lo buscó por cielo y tierra. En los juzgados, en los hospitales, en los registros de las parroquias, en la Policía. No era que lo quisiera ni que estuviera reclamando un padre para mí, era más bien esa curiosidad que nos entra a las mujeres por saber qué hacen los hombres. Yo de niña moría por saber qué pasaba en una casa de mujeres o en un barrio de tolerancia. ¿Qué hacen los hombres? ¿Cómo lo hacen? ¿Quién está entre ellos y nosotras? ¿Quién a su lado o a su sombra o en su cama? Ella recorrió el camino del Guamo, donde compraba mi padre las bestias, a Cartago, donde las vendía. Chismes del hombre, muchos; razón del tipo, ninguna. Encontraba parientes míos: primos y hermanitos. No quería darlo por muerto aunque en esos días echó a haber muertos por todo lado: que las FARC en Barragán, que en Santa Lucía, que no, que en Florida, que más allá en Caloto, que más acá en Ortega. Yo nací, me crié y me estoy volviendo vieja oyendo hablar de tanto sitio y de tanta guerra.

No encontró a mi padre, pero una noche apareció con mi padrastro. Fue el único que le dio la noticia: a mi padre lo había matado el Ejército porque esas bestias con que trataba eran recuas en que traía y llevaba munición para la gente de monte. Dieron con él y lo dejaron hecho una llaga en un frailejonal del páramo de Las Hermosas, donde los ríos arrastran piedras. Mi padrastro había sido policía y estaba retirado —y pensionado— porque un tiro le dejó seca la pata derecha. No más que la pata. Las brujas lo miraron de llegada, lo examinaron. La mayor le echó las cartas y la otra le encendía sahumerios por donde cojeaba la pata. El hombre no encajó. Vivía de la plata que le llegaba y

solo se la gastaba. Porque los gastos de la casa los hacía mi mamá, que trabajaba aseando el hospital de Chaparral. Uno de los oficios que le tocaba era echar a quemar tripas, pedazos de dedo, vendajes y desechos rojos al horno. Al principio, con todas las de la ley —guantes, tapabocas, pinzas—; después, con lo que tuviera a mano y llevara puesto. Ella le fue cogiendo confianza a lo más peligroso, incluido mi padrastro. A mí no solo no me gustaba sino que lo odiaba. Tenía una manera de mirarme por debajo de los ojos, una mirada como gelatinosa que se me quedaba pegada en las corvas, que era lo que miraba, porque nunca miró a los ojos de nadie. Creo que vivía esperando al hombre que lo mataría. Una tarde que llegaba yo del colegio y mientras me cambiaba de uniforme, oí que él echaba falleba al portón. Lo imaginé. Me volteé a ver, pero no pude saber qué pasaba porque del mero impulso con que se me tiró encima, quedé en la cama con el tipo moviéndose como se mueren los conejos cuando les parten el cuello para echarlos a la olla. Yo era virgen. Ni malos pensamientos me atormentaban. Mi problema era ser la mejor basquetbolista del equipo. Sentí su aliento podrido, sus manos babosas y calientes y, por primera vez, sus ojos. Grité. Grité. Nadie me oyó. Cuando mi madre regresó yo estaba ya muerta, tirada en el suelo. El hombre desapareció. Nadie volvió a saber de él.

Sin decir nada a nadie yo también me fui. Paré en Ibagué a buscar a una profesora de la Escuela Normal Nacional de Señoritas que me había enseñado a leer y escribir en Chaparral y a la que quise mucho. La habían trasladado y era la prefecta de la escuela. Fue ella la que me mostró el país leyendo Lindo país colombiano, de Samper Ortega; me enseñó historia en el libro de Henao y Arrubla; matemáticas y geometría con Baldor, y gramática con una colección de recortes de periódico de las Gazaperas. Ahí, de su mano, llevando la mía, aprendí lo que sé. Yo soy su producto. Vivía sola. Me hizo campo en su casa. Siguió enseñándome, mostrándome cómo eran las cosas, mirando el mundo desde otro lado. Yo trabajaba medio tiempo en casa de una pareja de abogados jóvenes dedicados a defender sindicalistas y campesinos en juzgados de Tolima. Aprendí también con ellos porque eran rebeldes. Y para ajustar, me fui enamorando del marido de la patrona.

Yo andaba con un magullado que no sanaba. Un día todo explotó. Él se hizo a un lado, ella al otro, y a mí me toco salir por el medio. Mi profesora me orientó hacia Cali, donde vivía su hermana, y allí trabajé en su casa. Era una mujer viuda y pudiente que me ayudó a terminar el bachillerato, estudiar en Palmira y a encontrarme con Marino, un agrónomo comunista nacido en Viotá, donde nació y creció el movimiento. Era un hombre muy activo. Sus padres, tanto ella como él, habían participado en la lucha contra las haciendas cafeteras del occidente de Cundinamarca, fincas grandes que explotaban a sus arrendatarios y agregados. Con él arranqué para La Diana, un curubal que tenía por los lados de Barragán, un pueblo del que no me gustaba ni el nombre. Pero yo ya me había casado y no encontré cómo rancharme en Palmira. El día que estaba cumpliendo dieciocho años, hace ya veinte, nos montamos en un carro con lo poco que teníamos, y atardeciendo llegamos a la casa de él. O mejor, de ella, mi suegra.

El tiempo fue pasando entre mañanas frías y noches oscuras. Él subía a trabajar la curuba, que es un cultivo muy delicado, de mucha atención. Yo me quedaba oyéndole la cantaleta a su mamá, quien para todo tenía soluciones y todo lo hacía mejor que todo mundo. Pero nada hacía. Mandaba hacer. Se levantaba arrastrando las arrastraderas por todos los corredores y cuando se sentaba en la mecedora, seguía haciendo sonar las suelas en el piso. Había parido cinco bellezas: el mayor era mayor del Ejército; el siguiente, contador público; el otro, abogado, y el menor metía bazuco desde que paraba el ojo. Todos eran de la misma calaña. Cuando se reunían, no hablaban, se tenían desconfianza. Eran como alacranes. O por lo menos parecía que desayunaban con ellos porque antes del tinto no se les podía hablar y después tampoco. Marino me protegía, pero la sangre tiraba más y siempre terminaba dándole razón al mayor, que era de verdad el que mandaba. Cuando lo conocí estaba en la IV Brigada en Medellín, pero más tarde estuvo en el Batallón Palacé de Buga y untado en la masacre de la Alaska, donde murieron veintitrés campesinos. Digo murieron para no decir mataron. El abogado fue miembro del equipo que defendió a los Rodríguez Orejuela; el contador les contaba los bienes a los Grisales. A mí me aburría más su mamá que ellos mismos, con los que nunca traté.

Yo quedé embarazada sin saber cuándo. Fue en un abrir y cerrar de ojos porque donde los hubiera tenido abiertos, otra suerte me habría cantado. Me anoticié del embarazo porque la sopa de lentejas que tanto me gustaba me hacía vomitar. Pasó en un almuerzo de día de la madre. Los retoñitos habían venido a visitar a su viejita, que era una arpía. Ella que sirve la crema de lentejas y yo que no aguanto: me vomité encima de los vástagos de la señora. El mayor me montó un consejo de guerra y estuvo por fusilarnos a mí y a la bebita, que desde ese día comenzó a dar pataditas. Por eso llamé a mi hermana. Quería vivir con ella, poder conversar con alguien. A la señora no le hablaba y Marino salía de madrugada y regresaba anocheciendo. Yo me la pasaba mirando televisión el día y la noche. Me vi todas las telenovelas, me oí todos los noticieros. Hasta la santa misa y el rosario me entretenían y me sacaban del infierno. Cuando llegó mi hermana me sentí que regresaba a la vida. Ella era una muchacha alegre, bonita era. Pero enamoradiza, casquivana, de amores fáciles. Llegó a Barragán enamorada, pero no le duró. Se enloqueció con un muchacho de un pueblo cercano, Santa Lucía. Yo nunca supe qué hacía. No se le conocía trabajo fijo. Algunos decían que estaba organizado. El caso fue que mi hermanita, Stella, cayó perdida. La mirábamos como sonámbula. Extraña. Se metía en unos silencios largos. No solo no hablaba, parecía no sentir.

El 9 de septiembre, un mes antes de cumplir diecisiete años, se perdió desde por la mañanita. Supusimos que andaba con su amigo. Quizá. La vieron con él en una cafetería. Después pasó por la casa y como a las dos, la llamé a almorzar. No contestó. No había ruido en su cuarto. Raro, siempre escuchaba rancheras. A mí me entró la duda, el miedo. La llamé a gritos. Nada. La fui a buscar donde el día anterior habíamos estado conversando. Juntas mirábamos la cordillera. Había niebla en las partes más altas. Me dijo que quería estudiar enfermería. Hicimos planes. Quería que mi bebé fuera hombre y se llamara Néstor, como su amigo. Nos sincerarnos y nos metimos en el hueco de la cama. Ella tenía sus encuentros con Néstor y le gustaban sus polvos, pero no entendía por qué nunca llegaba. Se quedaba a media asta, no cumplía, y ella pensaba que era efecto de otra mujer o de algún maleficio que le habían hecho. Mi tía le había echado las cartas y eso

le había dicho. Yo no creía. Le conté lo mío, es decir, lo que yo vivía con Marino. Los hombres son diferentes a nosotras, les gusta echarse su polvorete, pero no saben gozárselo entero, se desocupan en una. Eso es lo que yo sentía con Marino. Él andaba por un lado y yo por otro. No nos encontrábamos. Jugábamos a las escondidas. Y por eso las cosas entre los dos se acabaron.

Ella quedó más confundida porque Néstor no llegaba ni a eso. Se creía culpable. Hacía lo que él quería, y nada. Él tampoco sabía lo que quería. Yo pensé que las cosas que esa tarde hablamos quedaban enterradas. No fue así. A las dos de la tarde ya me entró el miedo, el pálpito, y subí otra vez a la lomita. Ahí hay un estanque de donde cae el agua a la casa. Subí y no alcancé a llegar cuando vi su cuerpo tronchado sobre el estanque. Parecía que estuviera bebiendo. La llamé. Medio se movió; la estrujé duro, la tiré por las mechas y respiró de muy adentro. Olía a remedio. En la mano tenía un frasco de Paraquat 50, un veneno con el que se matan las garrapatas del ganado. Grité, le pegué en la cara; abrió los ojos, me miró, me pidió perdón y se dobló del dolor. Pedí auxilio. Llegó Marino, la alzamos y la llevamos a la casa. Respiraba como si estuviera ahogada. Marino le dio boca a boca y ella vomitó. La echamos entre el carro. Yo le preguntaba por qué, por qué hizo eso. Y se fue quedando, volteó los ojos, gimió, trató de botar algo que tenía adentro, no pudo, y murió. Me enloquecí. No quería dejar que la tocaran, pero en el hospital me la quitaron a la fuerza. El médico tenía que darla por muerta y certificarlo por escrito. La enterramos al otro día. Yo sentí un odio contra todo el mundo y sobre todo contra Néstor y contra Marino, que, la verdad, nada tenían que ver en su muerte.

Pasaron unos días, pocos, y una mañana le dije a Marino que necesitaba estar un tiempo sin él y prepararme para recibir a la niña fuera de esa finca donde no respiré sino indiferencia. Mi mamá andaba para ese tiempo en Florida, Valle, donde mi padrastro tenía familia. Yo no tenía para dónde pegar y caí donde ella; trabajaba en un puesto de salud como ayudante de enfermería. Yo la llamé desde Cali y ella me dijo que no tuviera resentimiento con mi padrastro, que él había reflexionado y que era otro. Yo le puse de presente que solo quería tener la niña en paz, dedicarme a ella y que tan pronto la destetara,

buscaría mi destino, pero que a la medio mirada de mi padrastro, lo denunciaba. Ella juró y rejuró y yo, sin rumbo, acepté vivir con ellos.

A Florida llegó Marino, también con la cola entre las piernas. Había arrendado la curubera, y con él a mi lado me sentí protegida. La bebita llegó para la Navidad y la recibimos con villancicos. La bautizamos Yeidy. Pesó cinco libras y trescientos gramos. Cumplí lo acordado; mi mamá también. Cuando acabé la dieta, Boris —el comandante del M-19 — se tomó el pueblo y dejó un reguero de muertos en los cañaduzales. Entre otros cayó una muchacha guerillera, Anita, que mi mamá trató de curar pero que terminó muriéndose en los brazos de mi padrastro. La vida juega juegos extraños a la hora de las verdades. Pasaron otros días duros porque el Ejército entró a los balazos contra todo lo que le sonara sospechoso y hasta con mi padrastro iban a cargar. Pero Boris estaba ya lejos, en Chaparral. Ese camino siempre ha sido camino de guerreantes. Hoy por ahí pasan las tropas de las FARC, de los paracos y del Gobierno. El M-19 no dejó en aquellos días de combatir. Se sostuvo porque eran buena gente con los campesinos y se les creía porque apostaban la vida. En cambio, el Ejército y la Policía eran unos matones.

Marino estaba levantando un negocio de compra de café por los lados del río Desbaratado. Florida es una región de grandes haciendas como La Generala, El Trébol, Berruecos, La Aurora, El Rey. En la cordillera hay café, y buen café. Allí era donde el M-19 sabía salir y donde conocimos a Marcos Chalita, otro comandante, muy campesino y muy echado para adelante. Marino no era afecto a ellos porque era hombre organizado con el Partido Comunista. Había nacido comunista como se nace liberal o conservador. Viotá era comunista, como Chaparral es liberal y Tuluá conservadora. Se lleva por sangre. Pero de todos modos eran luchadores del pueblo y ese fue el puente que se fue tendiendo entre Marino y el Eme. Además, porque algunos compas del Eme habían sido de la Juventud Comunista. Se hacían favores. Mi marido compraba el café a mejor precio que la Federación y pagaba más cumplido. Lo querían por eso y le guapeaba a la Federación y a los otros compradores de grano. El Eme lo respaldaba. En una zona de guerra pasan muchas cosas y hay muchas relaciones y muchos afectos y no pocos negocios. No era que él hiciera plata con ellos, sino que

intercambiaban favores. A la Federación la quieren los campesinos acomodados, los que pueden aguantar que la cosecha la paguen a tres y a seis meses. Pero los pequeños necesitan la plata para desayunar, ni siquiera para almorzar. Viven alcanzados por las deudas. La Federación con sus programas de cambios de variedad ha arruinado a mucho cafeterito porque lo que ella impone les sirve a los grandes, que son los que saben aguantar. Cambiar el arábigo por el caturra fue la ruina de muchos. Y para ajustar, los comités de cafeteros hacen política, tienen influencia en las elecciones, ponen candidatos, financian campañas y después cobran a la nueva administración, en contratos, lo que invirtieron. Son negociantes. Redondean sus negocios con la política y así más ganan. Es lo que se miraba en Florida, y como Marino no podía entrar en la rosca de los comités, tenía que entrar a competirles y su apoyo era el Eme. Por eso los ricos del comité de cafeteros le tenían ojeriza y envidia. Marino hacía política con los compañeros, pero los cafeteros también la hacían con los directorios políticos y en especial con el conservador. Ahí nació la inquina. El comité se ganó al Batallón de Ingenieros Número 3, Agustín Codazzi, o mejor, el batallón se alió con el comité. Hicieron, como se dice, una socia. Acusaron a Marino de colaboración con los compañeros. La voz llegó antes que la tropa y nos volamos con lo que pudimos alzar. Ese día la niña cumplía tres añitos. Su cumpleaños fue correr, correr para el Putumayo. A Orito —donde todo el mundo termina porque es un pueblo movido por el petróleo— llegamos acezando.

Raúl

Marino tenía un amigo en Asojuntas, una organización muy poderosa que reunía muchas juntas locales del Putumayo y que tenía concejales y hasta alcalde en La Hormiga. En ese entonces se levantaba cada vez con más fuerza el malestar de la gente con la fumigación de los cultivos de coca, con la falta de energía eléctrica, con el mal estado de las vías, con la falta de agua, con los pocos cupos en las escuelas. Cada cosa iba por su lado, pero todas se fueron acompasando. Y no solo en Orito. También se oía hablar del paro cívico del macizo Colombiano

que bloqueaba la carretera Panamericana, de las marchas de La Gabarra y Tibú hacia Cúcuta protestando por la represión contra los cultivos de coca, de las marchas de campesinos e indígenas cocaleros hacia Florencia. El caldo estaba por hervir y por botarse de la olla. Y se botó.

En Orito los obreros petroleros, los más organizados, se tomaron las instalaciones de Ecopetrol. Asojuntas, que estaba preparada para apoyarlos, salió a la calle. Se hicieron barricadas y se paralizó el pueblo. Mi papel fue el de alimentar a los que habían parado carpas en los parques, se habían tomado colegios, escuelas y se enfrentaban con la Policía y el Ejército. Entre las cosas que tocaba hacer, y hoy ya se pueden contar para que no queden olvidadas, estaba la fabricación de las bombas molotov, que Marino me había enseñado a preparar con ácido sulfúrico, permanganato de potasio —que hacían el papel de mecha— y, claro está, gasolina. Se les agregaba también una pinta de ACPM para que las llamas se quedaran pegadas donde estallaba la bomba. Un coctel peligroso, menos que las balas y parejo con las bombas lacrimógenas.

El Gobierno no quiso ceder a lo que la gente pedía. Soberbio, pensaba que sacando tanquetas, róquets y ametralladoras nos iba a derrotar. No pudo. Al contrario, cada respuesta represiva más acaloraba al pueblo, más puntos le agregaba al petitorio y más sangre a la rabia. En Caquetá, las marchas que salieron de todos los rincones del departamento se convirtieron en una amenaza contra el Gobierno. Unos doscientos mil campesinos se botaron de sus chagras a detener las fumigaciones que el Gobierno había iniciado a comienzos de ese año de 1996. Se quería mostrar que los campesinos e indígenas cocaleros eran guerrilleros. Así lo dijo el general Ramírez:

—Es que esa movilización es muy grande y muy fuerte para ser organizada por labriegos.

Inclusive la cosa iba más allá: los militares, que andaban resentidos con Samper, querían ponerlo entre la espada y la pared. O atacaba a los cocaleros con todos los fierros o era acusado de estar de acuerdo con ellos y, por tanto, con el narcotráfico. Las marchas fueron muy grandes. En el Putumayo el alma del paro fueron el Negro Mosquera, al que matarían más tarde como comandante, y un muchacho José

Ángel que había sido concejal de Asís. A ellos, como a muchos, no les quedó otro camino que refugiarse en la guerrilla. Porque no solo hubo muertos, sino muchos muertos. En la sola batalla del Puente San Pedro, sobre el río Orteguaza, la tropa hizo más de veinte. La televisión mostró los enfrentamientos. De parte nuestra no se disparó ni un tiro. No teníamos armas, salvo las molotov. De parte de ellos tenían no solo las bombas lacrimógenas, sino la bala limpia. Fue tan fuerte la pelea en el San Pedro, que la tropa minó el puente para impedir el paso. Así fue también la reacción en Asís. Nosotros bloqueamos las pistas del aeropuerto Tres de Mayo y, a pesar de la plomera y de los muertos, no dejamos desembarcar a la tropa hasta que el Gobierno mandara al ministro de Gobierno, doctor Serpa, y al Consejero de Paz, doctor José Noé Ríos. Con ellos se firmaron los Pactos de Orito, que la hora de la verdad se redujeron a la interconexión eléctrica. Nosotros conseguimos una sola victoria: que los cocaleros fueran reconocidos como campesinos y no como narcotraficantes. Poco duró.

El paro terminó en septiembre del 96. Al año siguiente llegaron los paramilitares y se organizaron en dos fincas que quedaban al lado de la base del Ejército: Villa Sandra y Santa Clara. Los mandos, Rafa Putumayo y Camilo, enviados directamente por Carlos Castaño desde Necoclí, se quedaban en el hotel Chilimaco. Desde el 98 comenzó a trabajar con ellos Elías Carvajal, alias «el Seis», que fue comandante de las FARC en el Yarí. Conocía no solo gente organizada, sino dirigentes cívicos que nada tenían que ver con las guerrillas; su pecado había sido participar en las marchas y en las protestas.

Lo más doloroso para mí fue la desaparición de Raúl. Ahora que tanto tiempo y tanto dolor han pasado quiero recordarlo como fue. No era gran cosa como hombre: quiero decir, no era un hombre atractivo. Más que pequeño, era corto; más que blanco, rubio. Era silencioso, obediente. Ponía empeño en todo lo que hacía y siempre lo hacía bien. Era aserrador y constructor. Fuerte. Sus brazos eran como tenazas. Atenazaba. Digo, me atenazó. Nos pusieron juntos a trabajar en alimentación, o, como se decía, logística. Más simple: recogíamos colaboraciones entre el pueblo para llevárselas a la gente que estaba en las carpas. Todo mundo colaboraba porque el pueblo vivía de tres

cosas: lo que pagaba la empresa a los obreros petroleros y a los contratistas, lo que producía la mercancía y lo que el municipio recibía del gobierno central, que eran dos pesos. El pueblo entero necesitaba que los obreros fueran mejor pagados, que la coca no fuera tan perseguida y que el municipio tuviera para gastar en obras. Sostener la línea de abastecimiento para las carpas era la sangre del paro. Si se interrumpía, el movimiento se venía abajo. Trabajábamos veinte horas de las veinticuatro. Sin mentir: veinte sobre veinticuatro. Dormíamos donde no podíamos aguantar más y muchas veces nos quedamos Raúl y yo en el mismo lugar. Rendidos pero no muertos. Sentía su respiración caliente y entrecortada, y su mano, sin dudas, acercarse, tocar, encenderme, abrirme; quitarme el cansancio de la piel, el sueño de los ojos, el miedo del cuerpo. Llegaba. Yo amaba cada roce que hacía acercándose, cada respiración, cada gota de sudor. Entraba a sus brazos como se entra a la casa. Me abrigaba en ellos y me entregaba. Después, a la cadena. A seguir llevando el arroz, la yuca, el plátano, la manteca, la sal para sostener el movimiento.

A todos los que nos movíamos, el Ejército nos tenía en su mira. En sus listas. Una vez firmado el acuerdo de Orito y suspendidas las marcha cocaleras, nuestros nombres quedaron en sus gatillos. El Seis nos conocía con nombres y apellidos; sabía dónde vivíamos, qué hacíamos, por dónde nos movíamos. Para el Ejército y para la Policía todo el que hubiera colaborado con el paro tenía un grado en la guerrilla.

Pasado el tropel, Raúl se fue un día con su moto y su herramienta a cortar un palo para aserrarlo y comenzar a construirle una casa a don Tirso, un negociante de la galería que había colaborado mucho en el paro. Yo vi pasar a Raúl, pero no quise detenerlo ni distraerme porque estaba sirviéndoles el desayuno a Marino y a los niños. Ya había nacido Franky. Un escalofrió me recorrió el cuerpo, pero nunca sentí un mal presentimiento. Fue un adiós sin sentirlo. Raúl iba para una vereda llamada Marabales, entre Puerto Asís y el valle del Guamuez. Ya sabíamos que por ahí en el kilómetro cinco había un nido de paras que andaban bajo la protección del batallón. En la carretera se cruzó con una comisión del Ejército. Iban soldados conocidos y gente desconocida, toda uniformada. Al pasar Raúl, el mando levantó la

mano como saludándolo y él le respondió. No sabía ni de lejos que habiendo respondido el saludo había firmado su muerte. Más adelante estaba el Ejército emboscado, pero ya informado por el saludo de que Raúl era el muerto. Lo partieron en dos con una ráfaga de ametralladora punto 60. Si un aparato de esos corta un árbol a plomo, qué no le haría al cuerpo de Raúl. Y nosotros inocentes. No hubo levantamiento del cadáver. Lo echaron en una mula y no en un carro, para decir que había caído en un combate, por allá lejos en quién-sabe-dónde. Llegó sin cédula —aunque siempre la cargaba— y disfrazado de guerrillero. Fue el 20 de mayo del 2002. A mí me avisaron de la inspección de policía un martes y él había salido para la montaña el viernes. Yo creía que se había distraído por ahí tomando. No era tomador, pero uno se inventa sus mentiras para no decirse las verdades. No aceptaba. No lloraba. Busqué a la Cruz Roja para saber si era cierto, para que algo me dijera, ya que con ninguna autoridad podía contar. Hablé con su mujer y nos fuimos las dos a poner el grito en el cielo. En la Cruz Roja nada sabían, pero aceptaron investigar. El miércoles nos llegó la razón: el Ejército había dado parte de un combate y enterrado a un guerrillero dado de baja como NN. No había más que decir: era Raulito. El sábado siguiente hicieron la exhumación y nos entregaron el cuerpo gracias a que la Iglesia se le puso seria al batallón. En realidad, Raúl fue un desaparecido que apareció antes de tiempo. Otros muchos fueron apareciendo tiempo después, y otros, los más, todavía están enterrados o se los comieron los pescados. Hace poco encontraron los muertos de las masacres de El Tigre.

La gente de Orito contaba que el movimiento de los obreros petroleros había comenzado al mismo tiempo que la construcción del oleoducto de la petrolera. Y se rumoraba que desde el 68, el Ejército venía siguiéndoles los pasos a los sindicalistas. La USO era un sindicato con mucha fuerza que denunciaba todo atropello. En el 80, los obreros recibieron el apoyo de los sindicatos agrarios y ellos de los sindicatos obreros. Esa solidaridad era peligrosa y con el cuento de la limpieza social comenzaron a encontrarse muertos por las trochas y en el basurero de Puerto Asís. La Policía se alzaba de hombros con un «mmmmm, quién-sabe-quién-será». Los morracos no eran sindicalistas, aunque en uno de esos operativos aparecieron muertos un concejal de

Asís y hasta el fiscal de una junta de acción comunal. Muchos eran vagos, bazuqueros o locos. La idea era sembrar el terror, dejarle la noche libre a la Policía. Se oía decir que los Macetos tenían un campo de entrenamiento en el río San Miguel, que tenían una base en el barrio Santa Teresa en Asís y que los mandos vivían en el hotel Chilimaco. Parecían mentiras, hasta el día en que las FARC atacaron el Azul en el San Miguel y volaron el hotel. Entonces el pueblo supo que era verdad y que arrancaba la guerra. Paró un tiempo, o mejor, se dejó para después porque las marchas campesinas eran muy fuertes y de haber operado en esos días, los masacrados habrían sido ellos. El tiempo no fue desaprovechado; lo usaron para tomar atenta nota de los dirigentes, de los amigos, de los colaboradores de las protestas. Debieron hacer listas larguísimas, tomar fotos y tener un mapa de todo lo que había pasado. La Brigada 24, al mando del coronel Lemos, hizo planes para defender el petróleo de Orito, la ganadería de Garzón, el comercio de Puerto Asís y a los gobernantes de Mocoa. Se dice que en la brigada se definieron las masacres de El Placer, El Tigre, La Dorada, Puerto Vega, Piñuña Negro, Piñuña Blanco, Puerto Ospina. Y así, casi en ese orden, las hicieron. Solo en El Tigre y La Dorada hubo más de tres mil muertos, de los cuales se han encontrado quinientos cincuenta cadáveres certificados por la Fiscalía.

Los planes comenzaron en Mocoa, a donde llegaron tres buses llenos de civiles. Se parquearon frente al cuartel de la Policía y dejaron a esa pobre gente sudando tres horas sin bajarse ni siquiera a tomar agua. Se comentaba: «Llegaron los paras». A las cuatro de la tarde el Ejército paró el tránsito hacia La Hormiga y los buses se movieron hasta la sede del batallón en Santa Ana. Ahí estuvieron acantonados unos días hasta que los pasaron para la finca Villa Sandra, donde los concentraron. El jefe era Rafael Antonio Londoño Jaramillo, el tal Rafa Putumayo, mandado por los Castaño a imponer el orden en el Putumayo con ciento cincuenta hombres, la mayoría costeños. Macaco, que era el comprador mayor de la merca en la región, armó y alimentó a esa tropa de asesinos. Otros mandos conocidos fueron El Blanco; Asprilla; William Alberto Rollet Corena, alias «Guillermo»; Fredy Alexis Rivera, alias «Camilo»; William Danilo Carvajal Gómez, alias «Daniel», y alias «Druppi», el más feroz. Todos graduados en

Urabá. Se les pagaba según resultados. Quizá por cabeza. A la tropa se le prometió setecientos mil pesos de 1999.

El estreno fue planificado con toda malparidez y precisión en las fincas La Danta y Villa Sandra. Allí se acordaron los dos grandes operativos de noviembre del 98 en El Placer y La Dorada, y el de El Tigre, que se haría en enero del 99. Para la masacre de El Placer, el grupo iba comandado por Óscar y se llamó Cazadores. El que se tomó La Dorada fue comandado por William Alberto Rollet Corena, alias «Guillermo», y se bautizó con el nombre El Destructor. Hicieron el daño con AK-47, cinco proveedores y quinientos cartuchos. También pusieron tropa de civil en La Hormiga. A la madrugada salieron los escuadrones de Villa Sandra, pararon en Santa Ana, al lado de la base del Ejército y luego en El Tigre para no llegar muy temprano a los pueblitos. Se quería una operación al descubierto, franca, que aterrorizara y mostrara que el Gobierno los respaldaba. El Ejército estuvo atento en La Hormiga a cualquier llamado de ayuda, la tropa estuvo atalayada desde dos días antes y hasta dos después.

La guerrilla tiene mil ojos y tarde o temprano se sabe lo que ellos ven. Al entrar a El Placer, los paras fueron recibidos a bala por una escuadra guerrillera comandada por Óliver, del Frente 48 de las FARC. Esa balacera hizo que Óscar mandara acabar con todo lo que se moviera, así fuera un perro. La mayoría de los muertos fueron pasados a cuchillo, o sea degollados. «Cuidando de no cortar la yugular» —para hacer la muerte más lenta—, fue la orden recibida. Cuando ya nada se movía, la mitad del comando fue a hacer lo mismo en San Isidro y en Las Brisas, vereditas pegadas, donde Druppi reunió la gente en las escuelas y fue sacando de tres en tres, asesinando uno de cada serie. La orden era aterrorizar, y nada que cause más terror que todo mundo sea sospechoso y todos puedan ser ejecutados. Mujeres no se salvaron, niños tampoco.

A La Dorada llegó el comando Destructor disparando. Sin más, cayera quien cayera. Cerraron la calle central, que es la misma carretera, y reunieron a todo el pueblo en el parque. Todos —chiquito o grande, mujer u hombre, viejo o joven—, todos encorralados como si fueran gallinas. O como cuando el Ejército hace una redada para llevarse los muchachos a pagar servicio militar. De ahí iban sacando

uno por uno, preguntándole el nombre, pidiéndole la cédula y haciéndole decir de memoria el número, tal como hace el Ejército. Preguntaban delante de unos enmascarados de quién era hijo y dónde vivía. No importaba si decía la verdad o no. Uno de cada tres, al hueco. Asesinaron, según las autoridades, a trece personas ahí en La Dorada. Un año después, volvieron e hicieron la misma, con otros tantos muertos. La guerrilla se vengó, se tomó el pueblo, mató una docena de paramilitares que se habían posesionado y se llevó reclutados veinte pelados.

Dos meses después de la primera matazón de La Dorada fue la masacre de El Tigre. El 9 de enero de 1999: treinta cristianos. La mayoría de los pobladores fueron degollados. El operativo fue igual, o parecido, porque a El Tigre llegaron a las once de la noche. La gente estaba de rumba, era el último día de las fiestas del fin de año. Los bares estaban llenos, los almacenes no habían cerrado del todo porque los raspadores de coca estaban comprando remesa para enmontarse dos o tres semanas, había ruletas jugando, gallos había habido toda la tarde. De un momento a otro se fue la luz, se apagó la planta eléctrica. Era extraño que un día de ferias pasara eso. La gente no había acabado de informarse cuando de todos los rincones salieron esos demonios gritando, disparando al aire y mandando a que todos se concentraran en la calle, sentados en el suelo, hombres a un lado y mujeres al otro. Y de ahí paraban y llevaban al puente sobre el río Guamuez, un puente de cincuenta metros a lo largo del cual fueron obligando a hacer fila a los escogidos. A unos los mataban a rafagazos; a otros a culata; a otros les sacaban la lengua, como habían prometido, por el gaznate, y a todos los abrían del escapulario hasta la raíces para que no flotaran al botarlos al río. Las barandas del puente quedaron rojas de sangre. Las aguas también. Según el Gobierno, hubo veintiséis muertos y catorce desaparecidos; según la gente, más de trescientas personas fueron asesinadas. Solo en La Marranera fueron desenterrados quinientos treinta y tres cuerpos. Pasarán los años y de fosa en fosa irá saliendo de la tierra la huesamenta de tanta gente.

Mis infortunios

Las marchas campesinas trajeron la luz, es decir, la interconexión eléctrica, a muchas regiones de Putumayo: Puerto Asís, Mocoa, Garzón, La Hormiga. Los comerciantes fueron los que más partido le sacaron a la conquista. El solo hecho de tener energía las veinticuatro horas hizo que los negocios estuvieran abiertos más tiempo y los bolsillos de sus dueños se llenaran más rápido. Los graneros comenzaron a llamarse supermercados; los bares, discotecas. Todos queríamos tener cocina eléctrica en vez de fogón; lavadora en vez de lavadero; brilladora en vez de escoba y, claro, televisor, aparato de sonido, horno microondas. Por ahí iba todo. Los campesinos, los cocaleros, en cambio, siguieron recibiendo la misma ración de Paraquat, o del veneno en suerte que soltaban las avionetas. Alguna trocha, algún acueducto, algún puesto de salud fueron construidos en unas pocas veredas que les ponían votos al gobernador y al alcalde. El voto cogió precio. Los puestos en las alcaldías también, y se pagaban con votos. Más adentro y más abajo las cosas eran más oscuras: los muchachos que se metieron a las marchas y al paro cívico fueron siendo desaparecidos uno tras otro. A gotas. Se perdían; nadie daba razón de su paradero. Las mamás tenían siempre la esperanza de que estuvieran viajando, por allá, en no-sé-dónde; o en últimas que, perseguidos a muerte, se hubieran levantado en armas. Varios tuvieron que enmontarse. Pero muchos otros, muchos, fueron borrados. Si la muerte causa terronera, terror, la desaparición es más terrible, más cruel. Las mamás no se atrevían a preguntar por el hijo para no levantar sospechas. Tampoco a llorar para no ser señaladas de parentesco con un desaparecido. La cosa fue tan fea, que ser papá, mamá o familiar de un perdido era un delito. La gente se abría cuando los deudos pasaban. El silencio se hizo rey de la calle y si se murmuraba, se hacía en las cocinas. Los muchachos —y muchachas, porque esta igualdad se ganó— que desaparecían se podían volver a encontrar en las cunetas de otros municipios. Pero los más fueron botados sin tripas a los ríos. Algunos mandos paramilitares o militares enterraban al morraco para que la chulamenta no los denunciara. Porque no faltan los que afirman que cuando los chulos echaban a volar sobre un cuartel, era porque la noche anterior los soldaditos habían estado de operativo especial. Fue una noche larga que no

termina. El amanecer apenas se mira a lo lejos y ahí en esa media luz comienzan a aparecer los cementerios, las tumbas, las fosas. Ya cuando a la gente se le han secado las lágrimas.

Tan cruel como la muerte después de las batallas es la vida. ¿Cómo vivir? ¿De qué vivir? Los que habíamos estado en paro o salido a las marchas, o como Marino y yo, que habíamos estado más comprometidos, no solo teníamos los escalofríos encima, sino el rebusque por delante. Las listas negras se convertían en puertas cerradas. No sé si la Policía o el Ejército o las nuevas autoridades, los paramilitares, entregaban nombres de los que no podían ser contratados, pero así se miraba: los «compañeros y compañeras» no eran enganchados en ningún negocio. Por eso decidimos con Marino cargar con chinos y chiros para Puerto Asís al rebusque abierto. Asís era más grandecito, había menos señalamiento, se movía más. La coca llegaba de las Piñuñas y pasaba por el pueblo dejando moneda. El mayor, el hermano de Marino, se había retirado del Ejército y tenía su propio negocio, quién sabe de qué, por allá en el Cauca. Pasó por Asís, no para visitar a su hermanito medio guerrillo, sino para coordinar algún operativo. Pero Marino, que ya pocos peros ponía, se dejó arrastrar por el deje-de-ser-pendejo y terminó dizque vendiendo electrodomésticos río abajo y carretera arriba: es decir, entre las Piñuñas y Mocoa-Pitalito. Al principio le tocaba echarse al hombro la brilladora o la aspiradora o la licuadora y andar de casa en casa demostrando las ventajas del aparato. No sé qué más haría porque lo cierto fue que de pronto, de una pieza en que nos metimos todos, pudimos pasar a arrendar un casa-lote. Yo no preguntaba de dónde traía lo que nos daba de comer. Yo criaba hijos. Ya de señora una es otra cosa. Esperar al marido, discutirle, meterse en la cama, dejarse usar y dormirse para levantarse a hacer el tinto y bañar a los pelados. Era la costumbre cuando Marino, que había sido tan cumplidor, no llegaba tomado. Porque entonces la rutina cambiaba: yo salía a correr hasta que supiera que él se había quedado dormido. Pero a veces, él también se iba al no verme y duraba por fuera dos y tres días. Así vivimos hasta que yo no soporté más su aliento, ni sus rutinas ni mucho menos sus polvos, cada día más pobres. Acostarme en la misma cama era volver a sentir a mi padrastro. Mi cuerpo lo odiaba. Entonces

busqué a mi tía Berta. Le conté y sin muchas vueltas ni cartas ni misterios, me dijo:

—Pero no sea boba. A ver: ¿cuántos años tiene usted en su cuerpo?

La respuesta no importaba. Me dio alientos y cuando volví a Puerto Asís, ya no volví la misma. Ella me dio la dirección de una amiga que trabajaba con el chance porque así mismo me había dicho, «sin plata no hay manera de salir de la cama». Los niños ya estaban volantones, no me necesitaban. Ellos salían para la escuela, Marino echaba sus cosas en un carro trochero que había comprado y yo con mi cartera a vender chance de puerta en puerta. Él me armó la verraca cuando le dije que me iba a hacer unos pesos para ayudar, pero calculando que así también él ganaba, dejó de joder.

En el chance la suerte manda. La gente les cree a los números y mientras más desamparada, más pobre y más esté en la hijueputa, más cree, más añora, más le tira al descampado. Creo que siente tan injusta su vida, que busca que algo sea justo. Ese algo es la suerte; y su secreto, la llave de entrada, la oración para inclinarla a su favor, son los números. La combinación de los números: el día del nacimiento con los tres últimos de la cédula; el día de la muerte del padre con el número que calza la madrastra; el número de granos de una mazorca sumados entre sí hasta rebajar las cifras a dos. Hay muchos agüeros. El agüero es la mamá de la suerte y su mensajero. Por tanto, me dijo mi tía:

—Entre por ahí, déles agüeros, adivíneles la suerte. Todas las suertes son iguales y todo lo que usted diga en las cartas cae donde es. Todos tenemos amores, amoríos, desengaños; todos hacemos trampas, todos tenemos miedos, todos necesitamos plata, todos tenemos un viaje; todos tenemos un amigo, una amiga, un enemigo, una enemiga. Dígales lo que temen oír y véndales el contra. Mientras más negra les pinte la vida, más chance vende.

Así, armada con esos consejos, vendía números después de ventearles las cartas y de decirles las cuatro cosas que se me venían a la cabeza. Pago por las cartas y pago por los números. Yo iba embalada con mi negocio. En cambio Marino se embalaba con perica. Cayó en el vicio; metía harina por donde le cupiera. De lo que ganaba, cortaba. Y metía. Se volvió amarilloso y cartonudo. La cabeza iba y

venía. No volvió a mirar a los niños. Se le perdía toda cédula que sacaba, toda tarjeta que tenía. Los dientes se le echaron a caer, los ojos a salir. Un día lo vi como un cadáver y hasta aquí fueron fiestas: nos vamos. Hablé con él y le dije:

—Me abro con los chinos. No va más.

El chance me fue dando. Era una teta que no podía soltar. Una teta con muchos pezones y pezoncitos. Tenía clientes fijos a los que cada semana vendía uno, dos o tres números. Algunos apostaban mucho y otros, apenas por la mera costumbre, como para no dejar de tentar la suerte. Todo dependía del precio de la merca, que es lo que alimenta estas zonas. La coquita es el pan nuestro de cada día, así no la cultivemos ni con la mano la toquemos. Ella alumbra como un destino. Ella es el motor de esta vida por acá; si ella no creciera, se diera y rindiera, todo esto quedaría a la buena de Dios, que es lo que algunos quieren para darles gusto a otros. Cuando el precio cae, los negocios no andan y el malandraje vuelve a las andadas. Cuando el precio sube, todo es alegría; los negocios se mueven, la gente anda segura por la mitad de la calle. La coca es el camino de la felicidad, y buscándolo eché río abajo, por el Putumayo. Dejé a mis hijos con la vecina. La mayorcita ya estaba en bachillerato y ella hizo por mí. Y yo me fui. De atracadero en atracadero. Al principio iba ciega. Llegaba al punto sin saber a quién venderle y, lo más grave y hasta peligroso, no saber quién más vende, quién es la competencia, qué vínculos tiene, qué palancas usa. Yo llegaba como una pasajera, me alojaba en una residencia, que no son muchas y que tienen siempre ojos y orejas con la Policía, con el Ejército, con la guerrilla, con los paracos, con los comerciantes. Es un cruce de intereses. Ahí llegan todas las manos, unas con uñas y otras engatilladas. Hay que pelar los ojos. Yo buscaba residencias perratas donde no pidieran papeles y daba siempre el mismo nombre: Carmen Díaz. Así me movía. El peligro era más grande en la calle porque todo pueblo tiene su red de chanceros, como tiene su red de impulsadoras de cosméticos, de ropa, de calzado. Un pueblo es una maraña de redes. Los chanceros son como los peseros, gente jodida. Un pesero mata a las cuatro de la mañana, desangra y despresa a las cinco, y después, a las seis de la mañana, todavía con el vaho de la sangre, está desayunando caldo de raíz de la misma res. Es una

persona acostumbrada a la muerte, vive con ella. No tiene sentimientos. Siempre me he preguntado cómo serán las mujeres de los matarifes, cómo se acostarán con un tipo untado de sanguaza, a qué olerán, qué hablarán mientras tiran. Porque conversar mientras se echa el polvito, conversar conversadito, es un arte de pocos hombres. No creo que los peseros ni los chanceros sepan hablar al oído de una mujer. Acostumbrados como mi abuelo a usar los dados, la suerte se recarga en los cuchillos. Yo iba andando y mirando. Estudiaba al cliente y le caía si me daba el modo, si me conversaba, si su mirada me daba confianza. Si era hombre, le hablaba de mujeres, y si era mujer, de modas. Y si aceptaba diálogo, por ahí derecho iba haciéndole campo al chance. Casi nadie lograba escabullirse y casi nadie se ganaba el número. Hacía los pases que mi tía me había enseñado, pero casi nunca cogían mis clientes más de una cifra.

Yo bajaba los jueves por el río hasta Bocas del Cuembí; los viernes estaba en Comandante y en Buenavista, y los sábados en las Piñuñas, que eran los puertos ricos. Uno se bajaba de la lancha y ahí mismo estaban las grameras para pesar la merca delante de todo mundo. Era un descaro. El comprador ponía una mesa y sobre la mesa, las balanzas; el secretario manejaba la caja, es decir, un cajón lleno de billetes. Un cajón de un metro cúbico, para decir lo menos, y al lado del secretario, el hombre de confianza —o la mujer, porque mujeres también trabajaban en el negocio— encargado de echar la merca en un costal de plástico. Salían bultos de merca a las cinco de la tarde a coger la línea para llegar a Puerto Asís entradita la noche, pagarle a la Policía o al Ejército, según el caso —días pares para unos, impares para los otros—, y regresar a la casa a trabajarla. Era la rutina. Yo, por mi lado, detallaba a los cocaleros que habían coronado y a los raspachines ya arreglados por el patrón y los seguía hasta el bar, el primer sitio donde entraban. Pedían cerveza y se la gozaban sorbo a sorbo echando cuentos, mamándose gallo, rocheleando, llenos de confianza. A la quinta cerveza había que caerles, antes de que pidieran la botella de whisky, que era lo que tomaban. Ya con alcohol se ponían delicados. Había que aprovechar la alegría que les daban las amargas. Y en ese estado era fija la compra, más si estaban acompañados de mujer o de parceros, porque entonces les gusta demostrar que tienen

con qué y una les vende ese orgullo.

Cada día me aventuraba a ir más y más abajo. Ya no paraba sino en las Piñuñas para seguir a Peña Colorada y Puerto Ospina, dos caseríos ricos en coca, ricos en clientes y ricos en guerrilla. Era la mata. Ya no salía los jueves, sino los miércoles, y regresaba el domingo por la tarde. Como había Telecom en todas partes, antes del cierre yo daba los números vendidos y al día siguiente volvía a llamar para saber en qué habían caído las loterías. Con el tiempo me fui asociando con otros vendedores de chance. Les perdí el miedo y llegamos a hacer acuerdos de zonas y de horas. Ni en las Piñuñas ni en Puerto Ospina tuve problemas, pero me arreché a ir hasta Puerto Vargas y ahí comenzó el coge-coge. Me brinqué el acuerdo y el que tenía la zona de Nariño era Wenceslao Paniagua, maluco el hombre, y para más veras, tuerto del ojo izquierdo. Paisa de carriel y navaja. Así me imaginé siempre a don Vicente, pero con los dos ojos. Él no sabía quién era yo. Al bajarse uno en esos puertos las primeras veces todo mundo lo estudia. Le calibran la pinta, el modo de hablar, la manera de responder, el sitio donde se aloja. No sé cómo harán. Debe haber informantes que detectan en los puertos la llegada de forasteros. Pero se sabe que la mirada pesa y se sabe que al recién llegado no lo desamparan.

Yo posé de promotora de cosméticos y me tocó comprar un talegado de frascos vacíos para llenarlos de anilina y esencias de pachulí. Me tocaba disimular para no caer en compromisos con Wenceslao y no tener que partir con él. Había una comunidad de parientes indígenas. No contaba con ellos ni con las mingas que tenían con la gente de monte. Yo me cuidaba del viejo y el problema fue con los parientes, que para curarse en salud me aventaron a la guerrilla. Yo que andaba ofreciendo perfumes, cuando de golpe y porrazo me cayeron los compañeros:

—Síganos un momentico allí —me dijeron.

Las mismas mañas del Ejército, pensé. No vaya y terminen dándome pata. Fue lo que hicieron ya cuando estaba en la rastrojera. Un guerrillo me amarró las manos por detrás mientras una guerrillera me jalaba del pelo. ¿Quién es? ¿Qué viene a hacer aquí? ¿Con quién trabaja? ¿Quién la conoce? Pedí que me soltaran para poder hablar y

no alcancé a decir eso cuando la «compañera» me estaba desocupando la cantimplora en la boca, que yo tenía abierta. Casi me ahogo. Sentí que el agua entraba en los pulmones. Me desesperé. Zafarme era imposible. Una patada en las corvas me hizo doblar y caí de cara entre el barro. Ahí echada, y con la bota de la compañera en la nuca, respondí todo lo que me preguntaban. Al esculcarme encontraron los papeles del chance. Quedé en la olla. Una mentira trae otra mentira. No sabía cómo soltarme de la primera. El mando hizo que don Wenceslao diera razón de mí y como el anciano no sabía, quedé en sus manos. Él era el juez y el testigo. Tenía tratos con los compañeros para poder vender chance a cambio del diez por ciento, y tenía, a cambio, el monopolio. Yo cargaba pues mis pecados, la mentira y la competencia.

Me echaron monte adentro. Caminamos toda la noche hasta llegar de madrugada al campamento del Cucho. El comandante no era viejo pero le decían Cucho o Catano. Treinta años tendría. Blanco, de ojos zarcos. Y duro como una sepultura.

—Suelte todo o tengo que ajusticiarla.

—Lo único que no he soltado es la cagada del susto que tengo, porque nada malo he hecho. Si dije mentiras es por la misma razón que ahora tiemblo, porque ustedes son ley y a mí la ley me aculilla. ¿Qué quiere que haga, señor comandante? —le respondí.

Pensé decirle «compañero», contarle que yo había ayudado en las marchas cocaleras, que odiaba al Gobierno, que era rebelde. Pero me pareció humillante, sin dignidad, tener que rebajarme a pedir clemencia. Dejé que las cosas siguieran su camino, que por donde llegan se van. Y así fue. Estuve detenida en sus cambuches dos días hasta que averiguaron. Me di por fusilada cuando vi venir al Cucho. Me va sacar y me va a asesinar —pensé—, qué más les da uno más, uno menos.

No fue así. El hombre se sentó en la escalerita del cambuche donde me tenían y, mirando hacia el camino por donde llegamos, me preguntó:

—¿Cómo va el negocio?

La pregunta me cambió la película que yo había montado.

—Bien —le respondí—. Ahí, como todo.

—¿Y cuánto está vendiendo?

La cosa iba para otra parte.

—No hay promedio fijo —comenté.

—Sabemos de usted. Sabemos por dónde anda, a quién le vende, cuánto lleva al puerto cada semana. Nosotros sabemos mucho más de lo que la gente sabe. Nuestros ojos andan regados. Para hablarle claro, compañera, usted debe pagar por el servicio de seguridad que la protege. ¿Le han robado? ¿La han asaltado? No, ¿cierto? Pues bien, gracias a nosotros. Mejor dicho, cada semana al pasar por Piñuña Blanca, usted debe dejarnos el veinte por ciento de lo que lleva.

Me paré furiosa.

—¿Cómo? ¡Ese es mi trabajo! No tengo por qué pagarles impuesto. Me da pena, comandante, pero usted se bajó en un destapado. ¿Cómo va a quitarles la comida a mis hijos?

Yo estaba haciendo paro. Sabía que por obligación teníamos que terminar en un acuerdo porque era cierto que sin seguridad la cosa se ponía para mí pintada de tigre y, además, era el pasaporte para salir del comando.

—¿Y a Wenceslao también le cobran?

—Claro. Él es muy cumplido y usted entenderá que si uno paga, todos pagan. Es la ley del mercado. Nosotros no podríamos favorecerla a usted en contra del anciano. Es lo justo.

—Si así es —reviré—, no nos cobre a ninguno.

—¿Y de qué vivimos? ¿Cuánto cree usted que cuesta el servicio de ley y de seguridad que existe en estas lejanías? Usted por nosotros puede pasar al Ecuador, que queda aquí frente, o a Perú, que está más abajito. Si no fuera por nosotros, no podría arrimar.

El negocio terminó. Acepté, y cuando salí del campamento tenía una cosa en la mano: podía pasar las fronteras para trabajar al otro lado de la baliza.

Regresé a Puerto Asís. Me bajé en la Piñuña. Más me demoré en poner el pie en la playa que en sentir la mirada de alguien sobre mí. No fue difícil saber quién era y qué hacía en el embarcadero. Le dije:

—Aquí le mandan.

Sonrió. Le di 50.000 pesos y me despedí sin mirarlo.

En Asís me tenían malas noticias. Franky, el hijo varón, andaba en

malas compañías. Era un muchacho que para mí nunca fue como los demás. No digo que fuera bobo, ni que fuera retrasado, aunque nunca me lo recibieron en la escuela. Era más bien alunado, como decía mi tía, que fue la que le descubrió el mal antes de nacer. Ella me dijo:

—Será hombre y no será de este mundo.

Yo me burlé de ella y hasta rabia me dio. Pero me dio un pálpito. Yo no lo sentí en mi vientre igual a su hermana. Él daba vueltas, no se acomodó nunca, era un remolino caliente en vez de un muchacho. Nació casi ahogado. Traía el cordón de corbata. Fue un parto duro y el niño salió morado como la bolsita en que mi abuelo guardaba los dados de hueso. Yo me asusté, lloré mucho porque aunque creció y se dio, no era como los demás. Aquel día que regresé de abajo, Franky no estaba. Su hermana me puso la queja:

—Anda con tal y tal y tal.

Yo sabía que ellos eran bazuqueros, todo el mundo sabía. Me encendí de ira. Que llevaran a un pelado normal al vicio se me hacía un pecado, pero que metieran a un muchacho con media cabeza al bazuco era un crimen.

Salí a buscarlo. Una sabe de las ollas porque todo mundo lo sabe, incluida la Policía, porque de extorsionar a esas galladas vive. Los pelados tienen que pagar el bazuco al jíbaro y la mordida a la autoridad. Ese día lo saqué de las mechas del hueco. Pero yo sabía que así no lo libraba del problema. Hablé con los curas de la parroquia. Confiaba en ellos. En las marchas se habían portado como cristianos, habían ayudado y hasta la vida del padre Alcides Jiménez ofrecieron. Me dijeron que la única solución que veían era internarlo en una casa para drogadictos, que ahí había sicólogos que nos podían ayudar, tanto contra la droga como para el problema. Eso quería decir plata. Plata. Una plata que había que pagar de todos modos porque el bazuco costaba y la vacuna de la Policía también. Así que, en un mismo día, me tuve que bajar el abono a seguridad —como me dijo el comandante que se llamaba el impuesto— y la matrícula de Franky en una casa de drogadictos. En Puerto Asís no fue posible encontrar un sitio donde me ayudaran. Es un pueblo donde no caben sino la coca, la guerra y las motocicletas. Pasto está muy lejos por una carretera llena de abismos. En cambio, Lago Agrio, en Ecuador, es cosa de dos horitas

por una carretera buena, ahora pavimentada. Allá el Instituto de Seguridad Social de las Fuerzas Armadas del Ecuador tiene un convenio con la clínica El Cisne para los tratamientos siquiátricos. Yo hice las vueltas y me aceptaron por ser un caso clínico interesante. A mí no me gustó la explicación, pero me servía la ayuda, y una tarde, muy amarga para ambos, lo dejé interno. Lo dejé y sentí dejar «en tratamiento» una parte de mi alma. Su debilidad me hacía quererlo, contemplarlo, mirarlo siempre. La niña se quejaba de que yo lo jonjoliara tanto. Él, en medio de su mundo, a media luz y sin entender las diferencias, me botaba borbotones de amor.

Las nuevas obligaciones me empujaron a ir más abajo y a vender chance a lo largo del río Putumayo, primero en Ecuador y después en Perú, y a meterme por otras aguas: las del San Miguel y las del Caquetá.

El Teteyé

Teteyé es un pueblo de pura frontera, al lado de otro puertico, San Miguel, y frente —río de por medio— a Pueblo Nuevo y arriba de los Tetetes. Todos son pueblos colombianos. Teteyé es hoy un caserío construido con tablas, parado en zancos, que colinda con un pozo petrolero y con una base militar que lo cuida. Es una zona donde se mueve la plata porque de nuestro lado hay coca, mucha coca, cultivada por campesinos correteados de una y de otra parte; hay colonos de Tolima y de Caquetá, de Nariño, de Guaviare, de Cauca y, claro está, de todo el Putumayo. La plata corre también porque hay petróleo, porque hay contratos, porque hay trabajo y porque en ese punto se juntan otros pueblos.

Cuando yo lo conocí, dije para mí: «Este es mi pueblo. Aquí no tengo que pagarle a don Comandante, aquí puedo trabajar». Por esos días Asojuntas me había pedido que les colaborara, ya que andando yo por todos esos territorios podía darme cuenta de cómo estaban las juntas de campesinos desde Asís hasta Puerto Ospina, y desde Santa Rosa de Sucumbíos hasta Piñuña Blanca. Les dije que sí, que yo les ayudaba. Ayuda que consistía en hablar con los presidentes, llevarles papeles. La mayoría eran instructivos de la asociación para aprender a redactar

estatutos, sacar personería jurídica, hacer bloques de cemento, prestar primeros auxilios. Fui conociendo mucha gente. Me servía porque por ahí me colaba para vender el chance. El círculo se fue ampliando, ampliando. Vi que había otros negocitos al lado del mío que podían ayudarme y monté una línea de favores: llevar y traer correspondencia, llevarles y traerles papeles, llevarles —o traerles— alguna remesa encargada. No era mucho, pero me dejaba unos pesos. Cada viaje me demoraba más y más en Teteyé. Había Telecom; había carro por la trocha entre Puerto Vega, río de por medio con Asís y el pueblito; los arriendos eran baratos; la comida llegaba de Lago Agrio a mejor precio, y, sobre todo, para ir a visitar a Franky era como soplar: media horita. Franky progresaba, el tratamiento le ayudaba mucho. A veces me lo llevaba hasta Puerto Asís los fines de semana. Todo se fue dando hasta que decidí irme a vivir a Teteyé. Yeidi ya podía vivir sola. Marino le ayudaba un poquito y todo parecía despejado.

Mi camino se volvió el río. De San Miguel a Teteyé, y de Teteyé a La Carmelita pasando por Colón. Lo importante era poder llegar a donde hubiera un teléfono para comunicarme con la central del chance y registrar los números jugados y recibir las cifras ganadoras. Me embarcaba en Teteyé hacia arriba o hacia abajo. En la misma línea bajaba bandera. En el río, poco a poco, con cualquier motivo —resbalarse al entrar a la lancha, pasar un bulto, ayudar a una señora embarazada—, se va haciendo amistad. Y además, casi todo el que viaja es conocido. Cuando nadie conoce a un forastero todo mundo se queda callado, nadie chista nada, como tratando de saber quién es, por dónde se rompe la conversación. La gente vive con miedo de tanto sapo. Los vendedores desconocidos casi todos son informantes del Ejército, o de la Policía o de los paramilitares. Se les tiene desconfianza, así no lo sean. Un hombre con una neverita de icopor vendiendo helados calla al más conversador con el solo «permiso paso». Uno va conociendo. Los que no conocen y llegan ciegos o vendados, son siempre los sapos que mandan a hacerse matar sin saber siquiera dónde es el matadero. Porque lo primero que uno y otro hace es inteligencia, saber dónde se mueven, con quién cuentan. Uno cree que los ejércitos son solo los uniformados y, mentiras, por cada uniformado hay tres o cuatro o cinco civiles que hacen parte de esas

gentes. Uno anda entre enemigos. Porque quién va a saber quién es quién en una guerra.

Pero así y todo, yo vendía. Vendía al que se subiera al transporte que yo había cogido. Con los conocidos y clientes el negocio era de ojo. Un mero cambio de luces y ya se sabía si el número se había vendido. Hay que aprender a leer los ojos. Cuando se encuentran los ojos y se cruzan para afuera o para arriba, no hay negocio; pero si se entran para adentro, para donde se lleva el billete y se quedan como pensando, hay compra. No falla. Es la primera clave. La segunda llega cuando dicen no, no hay con qué. Todo mundo decimos así para bajar bandera. Es como una manera de decir sí sin que se note la gana. Por ahí la puerta se abre y, a veces, bien abierta. Yo he vendido una fila de números con el solo «no hay plata», porque una le responde: «pero hay crédito». En los puertos la cosa no es igual. Se va a donde se sabe antes de ofrecer donde no se sabe. Hay clientes fijos que se sienten sin desayuno si no se apuntan a la suerte. Sin saber que la bolita va jugando, el día pierde interés. No tiene remate. O como alguien me dijo: «No vale la pena vivirlo». Con un número entre el bolsillo, la suerte va jugando; siempre se espera ser escogido por ella, porque ella camina y sus patas somos nosotros los colocadores de números. Cuando a una la conocen no solo le compran la suerte sino que le enciman la conversa. A veces el solo preguntar en qué cayó la lotería es la ventana por donde se mete una al rancho y se hace conversación. Se pregunta por lo que no se ve y se contesta con lo que no se sabe. ¿Cómo está su hija? Bien, trabajando, o estudiando, o enamorada, o viajando. La mamá no sabe ninguna de esas cosas, pero una aprovecha para prenderse de cualquiera y comenzar a tejer y tejer. No solo se vende sino que se van sellando amistades, llegaderos, manos que se echan en cualquier momento de dificultad. Vender chance es ir haciendo como una telaraña que no permite que cuando uno se cae, llegue al suelo. Salir a vender chance me daba como esa alegría que se siente cuando del salón se sale al recreo.

Los clientes en el hermano país son más confiables que los de este lado. Son más formales. Más callados, más tímidos, pero cuando dicen mañana, el mañana llega al otro día. En cambio para nosotros el mañana es siempre el después y por eso hay disgustos. Los

colombianos tenemos fama de vivos, de aviones, porque nos movemos sin parpadear. Y a mí me gusta esa malicia con que vivimos porque tan rebuscadora es, y tan rápido se mueve, que si no diera risa, uno terminaría matando. Yo he perdido plata por solo oír los cuentos con que pasa agachada de una palabra la gente de este lado. Hay mil disculpas, los que-fue-que son infinitos y todos saben que es una mentira del tamaño de una montaña. Pero se acepta y se juega con toda salida para ver por dónde se le entra al cliente. Al otro lado, yo fui haciendo mucha amistad y buena amistad, y tanta, que ya no distinguía entre orillas.

Conseguí una casa de tabla, como todas las de río de frontera. La madera es barata en la selva y sobre todo no hace raíz como el material. Cuando alguien echa cemento es para no moverse, moverse poco o estar dispuesto a perder mucho. Tenía dos piezas con ventanitas y un corredor. En tabla la casa se vuelve como el cuerpo, cualquier roce se siente; más si se toca o se entra. Todo tiembla; en las piezas se siente la respiración del otro, la cojera de una mesa. Es como tener ojos por todas partes. Mi hija venía de vez en cuando. Los sábados madrugaba a coger la línea en Puerto Vega para llegar a desayunar. Cuando ella estaba montándose en el carro, yo estaba poniendo el hueso para el caldo, que era lo que llegaba a buscar. A mí me daba la idea de que entre semana se llenaba con papa frita y chicles y llegaba a la casa buscando el alimento.

Cada quince días yo iba a mirar a Franky. Mejoraba. El tratamiento le había devuelto como la chispa. Conversábamos largo. Salíamos por la calle del comercio en Lago Agrio a mirar lo nuevo, a mirar con lo que los comerciantes nos iban a engañar otra vez. Comíamos helados, almorzábamos, nos mirábamos y a veces él me contaba lo que quería, que era siempre lo mismo: volver a vivir con su mamá. Yo le hacía falta. Eso lo tenía prendido a la vida. Cuando ese hilo se rompe, nada queda por delante. Yo no dejaba de ir, para darle confianza, decirle una y otra vez que estaba ahí, a su lado, y que juntos teníamos que salir de ese mundo sin paredes en que caen los alunados. La doctora que lo trataba le daba permiso de vez en cuando para ir conmigo a encontrarse con su hermana que venía de Asís. Entonces estábamos los tres juntos en Teteyé. Yo les cocinaba un sancocho de gallina, un

sudado de costilla. Eran ratos como navidades. Gozábamos de solo sentirnos juntos. Muchas veces no hablábamos; otras, echábamos el video para atrás y otras también lo adelantábamos. Solo queríamos volver a vivir en una sola casa.

Yo me ganaba la vida con el chancecito, pero no dejaba secar la esperanza colaborando con Asojuntas. Ayudaba en lo que fuera: llevar la contabilidad, citar a los miembros, escribir actas. Lo que fuera. Me tenían confianza porque yo entendía de letras y de números. Sabía redactar actas y tener al día el libro mayor y los de cuentas menudas. Toda junta se empeñaba en salir adelante entre todos. Uno ponía una cosa y el otro, otra, y el de más allá, lo que faltaba. Se sabía que solo entre todos se podían resolver ciertos problemas; solo como junta nos oían el alcalde, el gobernador. No faltaban aviones para conseguir votos a cambio de promesas, a cambio de mover la banderita de la ilusión. Y ellos eran los que siempre terminaban ganándose solos lo que hacíamos juntos.

Las cosas se comenzaron a dañar —contaba la gente— desde que se descubrió el petróleo, se hicieron pozos para sacarlo y trochas para llevarlo, porque al mismo tiempo llegó el Batallón Petrolero. Y con los soldaditos, los gatilleros, los quiñadores, los gamines, las putas. Por ese camino se entró el desorden. Los indígenas eran y son gente honrada, y los colonos que llegaban, también. Jodidos somos todos, pero no malos. En cambio los que llegaron a cuidar los pozos desconfiaban de todo mundo, disparaban a las rastrojeras si el viento las movía. Tenían orden de adelantársele a todo, y así todo se les volvía sospechoso. Querían llegar primero y de tanto bregar a ser los primeros, llegaban de últimos. Fue así cuando en el 2003 hubo los primeros tiros, digo yo, de ensayo. La guerrilla se les metió al rancho, como una mosca en la boca de uno de esos borrachos que se quedan dormidos en un asiento con la cabeza para atrás. Habían podido quebrarlos a todos. Dicen que la guerrilla no estaba preparada para algo tan fácil y eso fue lo que la asustó; pensó que habían caído en una emboscada porque llegaron hasta la rancha y solo dispararon para despedirse y decirle al capitán por aquí pasamos. Eso enfureció a los soldaditos, y dieron por buscar la manera de golpear a la gente como haciéndola culpable de la metida de la guerrilla, que hasta los dientes

les había contado. Dieron en darle palo a todo el que llegara o saliera. O al que simplemente viviera en Teteyé. Miraban golpeado, despreciaban, menospreciaban, empujaban, y sobre todo, sobre todo, montaban retenes para enredar a la gente con «diga su número de cédula». Quien no lo supiera, así tuviera el papel en la mano, al batallón iba a templar. ¿Hay alguna ley que obligue a saberse de memoria el número de la cédula y además a recordarlo frente a una ametralladora? No, esa ley no existe, que es lo que yo les he guapiado siempre. Otra maña que tenían, que era la más despreciativa, era botarle a uno la remesa al suelo para hacer la pregunta sobre cada cosa. ¿Dónde compró esto? ¿Para dónde lo lleva? ¿Por qué lleva dos libras de papa en vez de una? Y así, hasta que decomisaban la mitad de la remesa que una llevaba y en el batallón paraba. Con eso comían. Y era mucho lo que decomisaban un domingo que la gente llegaba desde Puerto Vega con su par de costalados y sus tres cajas para la semana o para el mes. ¿Cuánto no recogían de treinta o cuarenta remesas que entraban a Teteyé desde Asís? Y de eso no daban razón. Y si uno iba donde el capitán a reclamar, preguntaba por los recibos de compra; y si se tenían, por el acta de decomiso. Y si uno la tenía, que nunca la tenía, debía llevarla firmada por el notario. Mejor dicho, se quedaban con lo de uno siempre. Y no solo requisaban remesa sino que detenían muchachos porque no tenían su «situación definida», o porque «tenemos que investigar quién es», o porque parece conocido, o porque ¿usted-no-fue-el-que?, y así la montaban. Si uno negaba o contradecía, era acusado de falsedad por decir que el cabo o el sargento no estaba diciendo la verdad. No había caso. A todo tenía que decir uno que sí. Y si decía que sí, ellos decían: «Entonces usted está confesando», cuando a sabiendas ellos le habían puesto a uno palabras que en boca de uno no habían nacido.

Así detuvieron a Yeidi un día que venía a visitarme. Ella ya era volantona, tenía diecisiete añitos, era una mujercita bonita y seria. No le gustaba chancearse con ninguno. Llegando a Teteyé pararon el carro en uno de esos retenes móviles que siempre montan en el mismo sitio. Los guerrillos que venían o iban se bajaban antes o se montaban después. Ella iba sana. Bajaron hombres y mujeres a requisar, que es más a manosear que a buscar armas o coca. Ella hizo lo de todos, bajar

la cabeza, hacerse la desentendida. Que usted quién es, que cómo se llama, que acompáñenos, que espérenos allá, que vamos a ver. Así, amenazando, haciendo coger miedo. Un soldado le dijo al cabo:

—Ella es hija de doña Nury.

—Llévensela al puesto —dijo ahí mismo el cabo.

Su delito era ser hija mía y el mío ser miembro de la junta. Fui al puesto como una fiera. El capitán se asustó y dijo:

—Pero si no le hemos hecho nada.

—¿Y acaso le iban a hacer algo? —preguntaba yo como loca mostrándole las uñas que le iba a clavar en esa cara llena de viruela.

Tuvo que soltármela porque yo estaba decidida a hacerme finada en el puesto por su propia mano. Me largó a la niña, pero me advirtió:

—A la menor sospecha, usted paga.

Quedé advertida, señalada, clasificada.

El tiempo pasó. En el San Miguel, río arriba y río abajo, de un lado y del otro, allá en Ecuador, aquí en lo nuestro, las balaceras eran diarias. Por el río bajaban uniformados que aparecían tres días después con la panza de flotador. Otros reventados por dentro y sin uniforme ni de unos ni de otros. No era rara una plomacera diaria. La guerrilla había hecho un camino. El Gobierno, otro. Esos caminos se encontraban en los puertos y en los caseríos, en las tiendas, en las misceláneas, en los embarcaderos y ahí mismito era el candeleo. Zozobrábamos. No se podía vivir así. El Ejército, con gente que se sabía venía de Villa Sandra o del Kilómetro cinco —gente que pasaba del comando de Rafa Putumayo a la base de Santana, que vivía un día aquí y dormía una noche allá—, fue el encargado de empadronar a todo el pueblito para tener un listado de los vivientes. Era un formulario largo que preguntaba de todo y lo llevaban también los civiles que habían hecho operaciones con el Ejército ¿Qué duda cabía? La gente —que no es boba— dio datos falsos; exageraba unas cosas, tapaba otras y casi nada sabía. Total que esa información de poco les sirvió. Pero fue sacada a la fuerza y eso quedó ahí en la cabeza de la gente.

Hubo otros, más valientes, que no se dejaron empadronar, cerraron la boca, no abrieron la puerta, no miraron. Como si se hubieran vuelto sordos y mudos al mismo tiempo. Perseguían los libros de actas e inscripción de las juntas de acción comunal. Muchas alcanzaron a

esconder esos papeles, pero otras no. Fue el caso que sucedió en Teteyé: ese día los perros comenzaron a ladrar temprano, a las siete de la noche. Y ni sería esa hora, había todavía rayos de luz. Los perros ladran más tarde; la pura noche les va sembrando el miedo y la luna se los cultiva. Esa noche no iba a haber luna. Una vecina vino a decirme con el resuello entre la boca:

—Nos llenamos de Ejército, la chulamenta está por todas partes; vienen con la cara encarbonada y vienen dos con calzoncillos puestos como si fueran pasamontañas.

Sabíamos que esos de calzoncillos eran población civil, pelados que agarraban, amenazaban y los ponían a temblar para que guiaran la tropa, para llevarla a un sitio sin dar vueltas. Yo dije:

—Vecina, riegue la bola de casa en casa para que nadie salga ni se haga presente ante ellos.

Serían las ocho, o las ocho y media, cuando se oyeron los golpes de culata en la puerta de la casa donde vivía el tesorero de la junta. Él era un hombre viejo que mucho queríamos porque tenía experiencia y sabía de números. Yo que oigo el asalto a su casa y yo que salto a gritar:

—¡Defendamos a don Hernando, defendamos nuestros derechos, salgamos a la calle!

Así fue. La gente fue saliendo una por una; cada persona que salía le daba fuerza para salir al que se escondía. Salimos y rodeamos la tropa. El cabo que mandaba se fue asustando. Miraba y sudaba. Se le veía temblar el bigote. Da miedo ver a otro acorralado, le sale un animal peligroso. No veía armas, pero pensó —pienso yo— que detrás de nosotros venían los guerreros, y fue por eso que mandó desasegurar los fusiles. Sonaron casi al tiempo. Todos apuntaban a nuestras barrigas. Fue un momento largo, quieto, mudo. El tesorero gritó:

—No voy a entregarles los libros.

El cabo aprovechó para gritar y romper el miedo:

—No venimos por los libros, solo pasábamos por acá, tenemos derecho. El Ejército Nacional va donde quiere.

La gente sonrió de lado, pero se metió por ese huequito que se abrió y alguien le gritó al cabo:

—Pues sigan pasando, y nosotros nos volvemos para las casas.

Así, cada uno se fue con su cada cual para su sitio y se evitó un poco de sangre. No por mucho tiempo, porque si bien no llevaron los libros, lo que pasó sí quedó anotado en la minuta que los militares tienen que hacer. Las cosas seguían pasando. Los muertos seguían bajando. Un día se dijo que habían desaparecido tres mujeres de la calle. Una vieja, ya jecha, y otras pollitas, apenas comenzando a poner. Desaparecieron. Habían llegado detrás de los petroleros del pozo Quillacinga. Donde hay obreros, soldados, hombres solos, no solo los calzoncillos se amarillan sino que las putas llegan detrás de esos polvos que terminan secos. Y sobre todo detrás del billete que ganan los obreros y los capitanes. Porque a los soldaditos no les llega la bonanza de la guerra. Por eso se dijo que los que desaparecieron a esas mujeres eran lanzas y no mandos. Se las llevaron a las buenas o a las malas, las engrupieron, las emborracharon y las borraron del empadronamiento. Luego aparecieron ahogadas y desangradas en el río.

El Ejército se alzó de hombros. El capitán hizo correr el rumor de que las «niñas esas» tenían sida y que por eso habían huido del pueblo. La verdad era otra. Los soldaditos, asustados, las habían desaparecido para limpiarse el pecado. El pueblo también se asustó. Dejó de tomar agua del río, de lavar la ropa y solo se bañaba con agua de nube. Por las mismas fechas se instaló el batallón en Teteyé: el pueblito tenía quinientos habitantes. Dos meses después, quedaban solo nueve familias que no tenían para dónde irse. La huida no fue por asco sino por miedo, y ese miedo vivía en la gente. Lo trajo el Gobierno para despejar la zona petrolera, sacar a los indígenas nasas de sus tierras. El Ejército tiene la consigna de limpiar para ver dónde se esconde el enemigo y lo que termina pasando es que se quedan solos y nadie les da una mano. En Teteyé no hubo masacre porque la gente se fue yendo. El Ejército llegó perifoneando: «Los que sean amigos o familiares de las FARC es mejor que se vayan porque, o si no, los que vienen atrás sí no van a tener contemplaciones». Entonces la mayoría de la gente se fue. Ese día fue un 13 de enero. El 15 cumplieron: descabezaron a tres campesinos a la entrada del pueblo, donde siempre tenían un retén; ese día no hubo retén de los militares. Les dejaron el sitio a los paramilitares, que tampoco dieron la cara porque esa madrugada solo las cabezas de los muertos aparecieron. El

colectivo de Derechos Humanos hizo una lista de 89 víctimas desde ese 4 de enero, el del 2004.

A pocos días de instalarse el batallón en Teteyé, el 14 de febrero del 2004, se encontraron los dos Ejércitos, el colombiano y el ecuatoriano, y se fueron de operativo conjunto. Una incursión casa por casa buscando oficio: se llevaban papeles, fotografías, libros; buscaban armas, buscaban guerrilleros. A mí me robaron todas mis cosas, que eran pocas: los certificados de la enfermedad de Franky, el cartón de bachiller de la niña, mis partidas de bautismo y de matrimonio y todas las fotografías: mis tías adivinando la suerte, Marino cultivando la curuba, mi cuñado en un operativo del Ejército en la Marina, mi hermana enamorando, mi padrastro uniformado, y yo con mis hijos. También me dolió que se robaran unas cartas que las juntas de Lago Agrio nos habían mandado invitándonos a luchar contra la fumigación de los cultivos de coca, que eran comida de mucha gente. Los venenos de la fumigación llegaban hasta el otro lado del río porque los vientos los trasteaban mientras caían. Y caían en el agua, en los estanques de cachama, en los cultivos de cacao. Sobre el río no solo pasaban los venenos, sino también los aviones. Los pilotos sabían de la frontera, miraban el río y se metían uno o dos kilómetros adentro. Hubo muchas denuncias y muchos estudios. En Ecuador había una organización llamada Acción Ecológica que les tenía pisada la cuerda a las fumigaciones y que invitaba a reuniones en Pueblo Nuevo, en General Farfán, en Barrancabermeja y en otras muchas partes. Explicaban el peligro de los venenos y el atropello que Antinarcóticos hacía contra los hermanos ecuatorianos. Pero para mí tengo que el Ejército de allá sabía, y lo permitía, porque mientras más problemas de frontera, y más amenazas de guerra, más plata tenía el Gobierno que dar a los militares. ¿La prueba? Hacían incursiones conjuntas. De todas maneras las quejas de Acción Ecológica llegaban a la Personería de Lago Agrio y muchas veces nosotros los colombianos dábamos testimonio de los abusos de las fumigaciones y los dejábamos firmados. En Colombia las cosas eran distintas: aquí no denunciábamos cultivos arrasados por los venenos, sino muertos y desaparecidos. La vida se hacía imposible. ¿Por qué no huíamos?

Yo traté de irme con mis hijos, estuvieran como estuvieran e

hicieran lo que hicieran. Nos fuimos para Mocoa y nos inscribimos en Acción Social. Nos dieron una primera remesa y una casita, que era una pieza con cocina y baño. Pensé que podíamos volver a comenzar. Pero no fue posible porque Franky se me volvió loco otra vez de ver tanto militar, tanta guerra, tanta zozobra como se vivía en Mocoa. Él oía un tambor, una corneta, veía un camuflado y le entraba una tembladera de la que solo lo sacaba bañándolo con agua fría y secándolo con mis manos. A él le hacía falta la calma y a mí la gente, la organización, la defensa de nuestros derechos. Volvimos a Teteyé con Yeidi y a Lago Agrio con Franky.

No acabábamos de llegar cuando se presentó el ataque de los frentes 32 y 48 de las FARC a la base de Teteyé. Nosotros estábamos el jueves 25 asistiendo a una reunión con las juntas en una vereda llamada Platanoverde. Estábamos conversando cuando echamos a ver una fila de uniformados tan larga, que no se le miraba ni cabeza ni cola. Todos nos asustamos y nos metimos en el aula de la escuela. Creímos que era tropa del Ejército porque no distinguíamos los sexos. Cuando uno ve damas en la fila, sabe que es la guerrilla, a menos que vayan de pelea porque las mujeres llevan el cabello recogido. Cuando los distinguimos ya tenían rodeada la escuela y nos explicaron que iban de operativo, que nadie podía salir del salón. En realidad en el aula a esa hora ya estaba todo el pueblo recogido y carraqueando de miedo. Llevaban un soldadito preso, amarrado y golpeado. Un pecado. Nosotros les pedimos el favor de no atacar porque los que la pagábamos íbamos a ser nosotros. Pero la guerra tapa las entendederas. No escucharon. Más bien se reían. Mientras hablaban de su guerra la cancha se llenó de guerreros. Dicen que había más de trescientos. Pero con ese miedo que da tanta arma, ¿quién iba a contarlos? Pedimos que nos dejaran hablar con el comandante. Fui con una delegación. Era un hombre bien hablado. Nos dijo:

—Miren, compañeras y compañeros, no se preocupen; estense calladitos, que es que nosotros vamos solo por una remesa y regresamos sin hacer ruido.

No nos pareció nada graciosa la explicación. Es muy distinto apostar la vida cuando uno lleva un fierro que cuando uno anda desarmado en una guerra que no armó.

Los soldaditos estaban ubicados en un billar donde había también una gallera. Se despistaron apostando a los gallos, y la guerrilla, que los estaba puesteando, se dio cuenta de la papaya que estaban dando. El billar es una ye. Una carretera va para Puerto Asís y la otra para los pozos, donde estaba la base del Batallón Petrolero y de Vías. Por ese mismo lado, que la tropa creía asegurado, entró la guerrilla. Los chulos quedaron ensanduchados, pero esa fue también la clave porque cuando los del batallón salieron a colaborarles a los que estaban jugando gallos, les retacó la guerrilla. Dicen que la base la coparon. Fueron tres puntos por donde se rompió la pita. El Gobierno dijo que habían sido veintidós muertos, después aceptó que habían sido veintisiete, pero la verdad que la gente cuenta es otra: sesenta muertos. Fue el 25 de junio del 2005. Los helicópteros estuvieron dos días llevando heridos o muertos, la carretera estuvo llena de ambulancias, y las lanchas Pirañas no dejaron de sonar. Hasta en la chiva del pueblo echaron cadáveres. Se estuvieron encontrando finados toda una semana. Es que fue un anillo completo, cerrado. La guerrilla entró por el pozo Quillacinga y por los lados de La Conga. Cuando los que entraron por allá estaban retirándose, cansados de disparar, entraron por acá los otros de reemplazo. El Ejército no se daba cuenta por dónde venían los ataques; estaban perdidos en la sombra de la confianza. Los guerrilleros comenzaron a sitiarlos a las tres de la mañana, y a las cinco se disparó el primer tiro. De ahí en adelante fue plomo corrido. Algunos soldados salieron a la bocana y se botaron al agua, otros echaron a correr contra las balas que les tiraban y otros trataron de salir hacia abajo. A las siete de la mañana apareció la aviación, y a las ocho un avión que llaman La Marrana porque es gordo y lento pero muy preciso, muy peligroso para tropas apiñadas. Pasaron ametrallando todo, sin discriminar. Ni siquiera el río les marcó límite. Entraron más de dos kilómetros en territorio ecuatoriano haciéndose los que perseguían a la guerrilla para después poder decir que el ataque fue hecho desde ese lado y que los guerrilleros habían salido de una base cerca a Pueblo Nuevo. Bombardearon toda esa montaña ecuatoriana que llaman Palma Seca, debajo de Yamanaro.

Falsos combates

Con el ataque, Teteyé se cerró para nosotros. Capítulo aparte. Punto final. Volví a meter todo en costales y cajas de cartón. Lo que va quedando de tanta huida. Uno poco a poco va andando con lo que lleva puesto. Yeidi se fue a vivir con el papá. A mí no me gustó porque ella tenía mamá y nunca es buena la relación que se da con un padrastro o con una madrastra. Franky se iba alentando y la siquiatra me había dicho que si yo me instalaba en la ciudad —porque Lago Agrio lo es—, el muchacho podía volver a vivir conmigo. A él le daban recaídas en que parecía de nuevo alunado, o embrujado, pero de resto era una persona normal. Cuando le entraba el astro, como decía mi tía, el hombre perdía los puntos cardinales, olvidaba el tiempo y se movía como un sonámbulo. La recaída le caía de rayo. De un día para otro, o mejor de un rato para otro. No avisaba.

En Lago Agrio me fui derecho a Naciones Unidas a registrarme como refugiada. Pensaba que en algo podían ayudar. Pero la cosa era de colas. Cola para un papel y para el otro; cola para una declaración y para otra; cola para un testimonio, para una entrevista, para un examen, para un certificado. Colas y al final, nada: un kit con cepillo de dientes y un carné para colgarse al cuello.

Entre recibir cosas que nada me resolvían —y que otro necesitaba—, como un par de cobertores, unas camisetas, unas botas número 45, unas arrobas de harina, y correr mi propia suerte, la que yo iba haciendo, decidí echar sola sin deberle a nadie. No era soberbia, que siempre es mala consejera, sino más bien un reproche contra mí. Si estábamos en las que estábamos, corridos por unos y mal recibidos por otros, pedir ayuda era pedir clemencia, era como negar lo que peleábamos. Lo que se hace a conciencia no puede ser borrado con el miedo. Mis hijos necesitaban de mi trabajo, sobre todo Franky. Yo necesitaba sostenerme en la pelea de organización; no se podía dar el brazo a torcer.

Lago Agrio es, como su nombre lo dice, agrio, más bien ácido, de un sabor repelente porque como a Orito —su hermano gemelo—, la gente viene detrás del petróleo, o del petróleo que en goticas dejan escapar del tubo los gringos, que son los que ganan por punta y punta. «Todo mundo anda como arrebatao detrás del pescao», decía mi tía. Todo es por eso tan caro, tan difícil de tener. A pesar de todo, una, si se lo

propone, lo saca, lo pesca y se lo come. Hay que encontrarle el lado a la vida. Yo di vueltas en esa polvareda que es Lago Agrio, una polvareda seca que deja la garganta como una trocha en verano. Di vueltas mirando. Es difícil hacerlo porque a una se le va el tiempo es soñando. En casas, como empleada, podía trabajar. Hay mucho técnico, mucho profesional que lleva la mujer, abre casa y necesita empleada doméstica. La casa no se deja vacía; el vacío da miedo. A las mujeres les gustan los tapetes, las carpetas, las cortinas, las mesas con porcelanas, las paredes vestidas con cuadros: el sultán y la bella esclava, la montaña con nieve blanca y laguna azul, el río con molino de viento, los santos y las santas.

Cuadros dije y cuadros pensé, y a buscar una marquetería me di. Una sola había en el pueblo. Además de enmarcar cuadros, vendían vidrios, espejos, sanitarios, almanaques. Entré sin más ni más:

—¿Necesita una trabajadora?

—Pues no, pero si usted sabe trabajar, aquí hay mucho oficio.

Hicimos el arreglo con el patrón, un pastuso que resultó un camellador de clase. ¡Trabajaba el hombre! Me di cartilla y a los pocos días ya no cerraba a la hora de almuerzo. Yo lo reemplazaba, dejando abierta la caja y sin tener inventario. Pura confianza. Me hice marquetera. Aprendí el arte de enmarcar cuadros, embocelar espejos y encuadernar libros, pero mi oficio no era ese. Mi trabajo era colaborar con las organizaciones populares del río San Miguel y atender a Franky. La niña ya estaba en su edad y apenas si venía algún fin de semana a darme una vuelta. Haciendo cosas aquí y allá, me fue llamando el de siempre, le abrí la alcoba y le destendí la cama. Una vez las sábanas revolcadas no hay tronco que pare esa caída. Al fondo fui. Me enamoré. Digo mejor me enamoraron, porque es a la mujer a la que enamoran, y la que paga las deudas del capricho es ella. Ahí en el taller, oliendo a cola y a colbón, oyendo rechinar la cortadora de vidrio y el golpeteo del martillo en la cabeza de las puntillitas, me le fui entregando al patrón. Fue tanto el encoñe, que Franky desapareció. Digo ahora desapareció, y tiemblo al pensar que esas desapariciones de fin de semana, respondiendo a mi abandono —o a mis nuevos amores—, eran mensajes que no supe entender. Y que ahora tengo que pagar.

Yo vivía enmarcando y enmarcada. Él era un hombre callado, que no dejaba huella. A mí su manera de trabajar en silencio, y de trabajar las ocho horas sin descuidarse, me gustaba. Le ponía el corazón a cada oficio. Era igual conmigo. Me miraba mucho, me atendía mucho y me llevaba por donde yo quería. Me respetaba lo que sentía y lo que hacía. Con el apoyo de Acción Ecológica de Quito fundamos la Federación de Campesinos del Cordón Fronterizo de Sucumbíos para apoyarnos entre todos nosotros. El colombiano, donde llega hace patria, y también la hacíamos en Ecuador, así a veces se dijera que estábamos colombianizando la frontera. Era medio cierto. Nosotros veníamos siendo empujados desde hacía mucho tiempo y desde muy lejos para estas tierras. También los hermanos ecuatorianos venían empujaditos, pero, a diferencia de nuestra gente, ellos tenían la fiebre del petróleo. Muchos campesinos ecuatorianos venían de Loja, de Cuenca, de Ambato, detrás de los beneficios de la bonanza del oro negro, como se le llama al petróleo. Casi ninguno se benefició de las empresas que lo explotaban, y terminaron trabajando la tierra al lado nuestro. Por eso éramos doblemente hermanos. El ambiente se comenzó a dañar no por el petróleo, sino por la fumigación de los cocales que los colombianos tenían al otro lado del río. Había unos pocos de este lado, en la orilla ecuatoriana. También muchos ecuatorianos jóvenes iban a trabajar la coca al lado nuestro y hasta tenían sus propias chagras. A todos nos perjudicaba la fumigación de la coca porque se vivía de eso. Y del contrabando de la gasolina, del gas y del arroz. De una u otra manera eran trabajos ilícitos, porque solo lo que es prohibido da ganancia. Se contrabandeaba el gas de Ecuador a Colombia porque el Ejército había prohibido las pipetas en las zonas rojas, como los militares llaman las regiones donde hay guerrilla. El gas tenía muy buen precio en Colombia y se llevaba de aquí. Creo que la guerrilla sí hace cañones con las pipetas grandes, y bombas con las pequeñas, y las usan para atacar a sus enemigos, así como sus enemigos usan los bombardeos con cañones y con aviones. En Teteyé yo vi casas destruidas con los catalicones de la guerrilla y casas acribilladas por el Marrano. Es la guerra. La desgraciada guerra en que nos han metido desde ya tantos años y que tiene muchos perjudicados, y muy pocos, pero muy importantes, beneficiados.

Con Forcofes recogíamos denuncias de la gente sobre fumigaciones aéreas, violación de mujeres, torturas y falsos positivos a cargo del Gobierno colombiano, y de los maltratos del Ejército ecuatoriano, que siempre le hizo la segunda al colombiano. Conocí un caso en que dos muchachos heridos por los soldados ecuatorianos fueron entregados a la tropa colombiana para presentarlos como guerrilleros muertos en combate. Los campesinos nos mostraban los daños hechos por los fumigantes, no a orilla del río sino muy adentro, dos o tres kilómetros más allá de la baliza. Recogimos muestras de tierra afectada por el glifosato, chocolateras arruinadas, niños con llagas en la piel. Todo fue documentado y el gobierno de Correa lo usó como pruebas contra el gobierno de Uribe. Creamos otra organización llamada Asociación Campesina Fronteriza del Putumayo (Acicfromayo), con personería jurídica válida tanto en Colombia como en Ecuador, para concientizar a los vecinos de las fronteras sobre los peligros de la guerra, sus avances, sus destrozos. Pensábamos que los paramilitares estaban preparando una masacre en Pueblo Nuevo, lo teníamos por seguro. Gente de la asociación les seguía los pasos a los paras que se movían desde Teteyé hasta La Carmelita. Sabíamos, como saber que hay cielo, que iban a hacer una mortandad. Yo creo que nuestras denuncias la impidieron y cuando se supo el bombardeo a Angosturas donde cayó Raúl Reyes, supimos que no estábamos del todo equivocados. Pensábamos que los autores iban a ser paramilitares y nunca militares.

Mi camino de cada semana era el mismo: Lago Agrio-Teteyé-La Carmelita-Lago Agrio. Salía el viernes a la frontera y regresaba el lunes. Organizábamos a la gente para que conociera sus derechos, denunciábamos al gobierno de Uribe, tratábamos de que en el mundo se supiera lo que sucedía en la frontera. En realidad las guerrillas eran empujadas hacia el límite y ellas se metían donde tuvieran más protección de la gente que, en este caso, eran los colombianos que también habían sido empujados hacia el otro lado. Pero el gobierno de Uribe buscaba invadir con ese cuento la frontera con Ecuador.

Lo que se proponía el Ejército colombiano era que el ecuatoriano sirviera de yunque para que el nuestro martillara y así poder aplastar a las FARC. Creo que todo iba para allá con el presidente Palacio, pero la elección de Correa les cambió el pensado. Con todo, las Fuerzas

Armadas ecuatorianas les cooperaron a las colombianas, inclusive haciéndose las desentendidas con los campamentos de la guerrilla que todo mundo sabía que existían en este lado. La idea era mostrar que la invasión era de las FARC y que había que parar la cosa con la manguala de los dos Ejércitos.

Nosotros trabajábamos denunciando los atropellos y nos metimos de cabeza en la reelección de Uribe Vélez. Contra la reelección, claro está. En la zona de San Miguel no hay mesas de votación; el Gobierno colombiano dice que es muy lejos y la gente tiene que ir a votar su voto en Asís, un día de viaje, con gastos. Nos propusimos obligar a la Registraduría a poner puestos de votación en Teteyé, e inclusive en Pueblo Nuevo, que es un pueblo colombiano en Ecuador. Lo de Teteyé lo aceptaron a regañadientes y lo de Pueblo Nuevo lo cambiaron por abrir una mesa en Lago Agrio, donde hay un cónsul. Se aceptó. El día de elecciones las mesas y las urnas y los jurados no llegaron a Teteyé. El Gobierno a última hora dijo que no eran posibles las elecciones en el río San Miguel porque estaba «plagado» de guerrilla. Entonces a la gente que quería votar le tocaba ir en bus, o mejor en chiva. Pero el Ejército paró las chivas a la salida porque no tenían ese día permiso para transitar. Total, cero votos.

En Lago Agrio la cosa fue distinta. Como todos sabemos, y nosotros más que nadie, en ese pueblo viven muchos colombianos. Muchos es como decir: casi todo el pueblo es colombiano. Además, los de Pueblo Nuevo habían ido a votar al Lago. Pues solo aparecieron en las cajas de votación votos por Uribe Vélez. Nosotros orientamos a muchos a votar en contra y salieron todos a favor. Las trampas en elecciones le dan aliento a la guerrilla y yo creo que el Gobierno lo hizo con ese fin, para poder brincarles encima.

En esas votaciones yo andaba cuando Franky me dijo que iba a ver a sus amigos en Asís. Tenía un amigo desde que estuvieron juntos en el barrio, se llamaba Hílver. Lo quería mucho. Era su héroe. Lo que Hílver hacía, hacía Franky. Si Hílver salía con una pelada, Franky se imaginaba que con ella salía; si Hílver se motilaba a la manera de hoy, con una melena corta engrasada como cresta de gallo, Franky iba donde el peluquero con una foto de Hílver para que lo peinara igual. Se vestía con la misma ropa. A mí no me gustaba todo eso, pero

sabiendo la debilidad de Franky, no me atrevía tampoco a molestarlo. Franky era como el calco de Hílver. En una sola cosa eran completamente distintos: en nosotros sus padres. Hílver era hijo de un ganadero de Garzón, rico, de mucha tierra, de mucha influencia porque había sido coronel y hasta se conocía mucho con mi cuñado, el hermano de Marino, porque habían estado en la Escuela Militar juntos. Yo lo conocí. Era un hombre que parecía envenenado con la vida. Todo era una porquería, todos éramos inservibles, todos eran sus enemigos. Nada lo hacía sonreír debajo de un bigotico delgado y ya entrado en canas. El mayordomo de su hacienda había sido uno de los cabos que anduvieron con él por estas mismas tierras restableciendo el orden público. Por tanto, tenía raíces aquí. Conocía a mucha gente. El coronel, al que nadie se atrevía a llamar señor —digo yo con razón—, trató siempre a Hílver como a un soldado. Lo levantaba a las cinco de la mañana a trotar dos horas; luego lo mandaba a recoger el ganado para contarlo, no fuera que las FARC se hubieran robado alguna novilla; después a ir a estudiar. No estudiaba, claro. Hacía gimnasia, jugaba fútbol, empujaba a todos sus compañeritos, pero defendía a Franky. Por eso Franky lo adoraba. Porque a mi hijo su problema se le veía desde muy niño. A veces parecía lejano, metido en un mundo de niebla al que ninguno podía entrar. Mi tía decía que era que vivía al mismo tiempo el más allá y el más acá. No siempre, sino cuando se quedaba como pensando. No estaba nunca ausente, pero tampoco presente, cuando iba a visitar sus mundos.

Hílver era el jefe de la gallada en el colegio y en la calle. La última vez que habían estado juntos por ahí vagabundeando, dizque le había dicho a Franky:

—No volvás por acá.

Ni una sílaba más, ni una explicación. Nada. Raro se me hizo. Franky estuvo triste muchos días, los días que yo rabiaba con la Registraduría. Al fin me dijo: «Voy a ver a Hílver», y yo, bien enredada con la maraña de empleados del Gobierno, no le puse mucha atención a su viaje. Fue para el 14 de mayo del 2006. Ya no estaba interno en la clínica, la doctora lo recibía una vez por semana, pero no podía hacer nada sin que él lo admitiera. Por eso yo me iba tranquila. La doctora era una joven amable y muy responsable. Yeidi vivía en ese tiempo

con nosotros. El patrón dormía porque había trasnochado cortando unos vidrios para colocar al día siguiente. Yo estaba en Pueblo Nuevo. Franky se levantó muy temprano, se bañó, tendió la cama, barrió la pieza —lo que nunca hacía—, despertó a su hermana para que le hiciera desayuno. Se desayunó. Estaba alegre. Se estrenó un bluyín que le habíamos regalado de cumpleaños porque había cumplido los diecisiete añitos el 18 de abril. Se peinó con su peinado de iguana, como le había yo dicho que se llamaba esa moda, y se fue sin decir a dónde iba. A Yeidi se le hizo raro, pero dijo: «Mejor no molestarlo, ya que va tan contento». Y se fue. Había cupo en el carro. Pasó el puente del San Miguel, lo saludó un compañero de Acción Ecológica. Pasó a las ocho y treinta de la mañana. Lo mataron a las nueve en La Dorada. A las once, la Fiscalía hacía el levantamiento del cadáver, a la misma hora en que yo le hacía ver al doctor Ceballos en Teteyé la conveniencia de poner un puesto de votación en la zona. Estábamos muy cerca. Yo había recibido una llamada de mi tía la bruja a las ocho de la mañana. Se me hizo extraña, muy extraña, sobre todo porque fue una llamada a nada. Nada me preguntó, nada me dijo, nada de nada. Pero como ella es tan rara, quedé tranquila. Solo vine a recordar que había hablado con ella cuando en Medicina Legal me entregaron el cadáver de Franky una semana más tarde con un pantalón camuflado en lugar del bluyín del cumpleaños. Tenía un solo tiro en la frente. En la mitad de la frente. Me boté a besarlo, a preguntarle por qué, por qué lo habían matado; como loca le preguntaba quién lo había matado. Todo mundo sabía. Era claro. Lo tenían pillado a él. O mejor, a mí. Por eso Hílver le había advertido:

—No vengás por aquí, hermano; no vengás, loco, quedate allá con tu mamá. Yo sé por qué te lo digo.

Lo mató un paramilitar de nombre William a quien llamaban Guillermo, uno de los asesinos que habían hecho la masacre de La Dorada. Un hombre hecho a la sangre. Cuando a una madre le matan un hijo, la vida se acaba porque le matan el amor.

Cinco

El Maromero

Luis Amador, con quien yo había hecho una vuelta dura que nos había dejado buen billete en Panamá, me llamó desde Cali para invitarme a manejar un carro que tenía en la línea Ipiales-Pasto-Popayán. No le dije ni sí ni no, para pensarlo, porque de todas maneras yo tenía un negocio palabreado en Buenaventura. En el puerto hay mucho que hacer. Es una boca de alcantarilla donde se junta mucho pescado a comer. Puede que a uno no le guste el sitio, pero si hay que hacer, la disposición se encuentra. Fue lo que me dije cuando le respondí que viajaba al Valle después de la Semana Santa. Yo quería pasar unos días con ella porque era una mujer que siempre me hacía la segunda como debe ser, sobre todo, donde se debe hacer. La hacía con los moñitos que se recogía en su pan. Tenía mucho vello, se le salía del calzoncito, se le trepaba por las piernas y no duraba tres días sin tener que quitárselo de las axilas. Belleza de hembra.

Llegué a Cali embalado a ver qué era lo que Lucho tenía guardado. Él hablaba por señas y la que me había hecho no era clara. Me colocó a trabajar en una ferretería de propiedad de su hermano gemelo, una pinta seria que hacía todo al por mayor. Era dueño también de una discoteca y del carro que mi amigo me ofrecía. Tanto misterio me gustó porque detrás de esos oscuros siempre hay cosas claras. Así fue.

El gemelo me recibió con:

—Hombre, se trata de llevar una mercancía a Maracaibo y traer otra de allá.

Más claro no canta un gallo. Acepté y me enfleté sin más preguntas. El carro era un Discovery nuevo, acondicionado, y la línea, me aseguró, estaba engrasada. Así que no tendría problema de ninguna clase; inclusive me dijo que si quería hacerlo con la mujer, tanto

mejor. Ella aceptó la invitación. De Cali salimos de madrugada a cargar en El Dovio. Dejamos todo listo para el otro día. Estarteamos muy a las cinco de la mañana, cada cual en su sitio, y entre los dos se metió la gana de dormir en Medellín.

En Envigado pagamos el primer peaje a la Policía y seguimos hasta Barranquilla. Todo en orden. Llegamos a Maicao, nos presentamos ante el coronel, le hicimos saber nuestro destino. No puso inconveniente. No preguntó. Contó uno sobre otro el billete que le entregamos en la misma chuspa que Lucho había preparado. En Paraguachón todo estaba arreglado, así que a Maracaibo llegamos de suavidad. Se pesó la mercancía, la cuenta daba. Pagaron sin alboroto. Contratamos el cupo en un carro-tanque y con los repuestos, tal como habíamos hecho el camino de ida, hicimos el de regreso. Lucho nos recibió con rumba. Dos días bebiendo y comiendo sin preocuparnos del prójimo. Como se debe. Dos viajes más para llevar y traer lo mismo, cambiando, sí, el camino. Hicimos un viaje por Cúcuta y otro por Arauquita, y ya. Hechos.

La vuelta siguiente tuvo más problemas. Me dio las llaves de un carro para acompañar, de payaso, a un combo. No me dio detalles, pero me anticipó: «Va solo, gana el doble de lo que se ganó con los venecos y si algo sale mal, usted verá cómo se libra». Yo no le tengo agüero al destino, por más tapado que llegue. Acepté. Recogí a las pintas en Arroyo Hondo, al lado de Yumbo, donde yo, cuando era muchacho, había recogido tomate y donde me enfermé del veneno que les echaban a las matas para sacar la fruta redonda y roja; inquieto uno a los veinte años, me dio por probar un tomate en aquellos sedones que dan a pleno sol. Terminé en el hospital La Buena Esperanza, de donde me sacaron del hueco. Agradecido fui a pagarle al Milagroso de Buga la deuda.

Esta vez eran tres pintas malacarosos. Me dieron un mapa del sitio, me preguntaron si yo conocía. Uno me dijo: «Circula bajo su responsabilidad». No fue más. Paré en el sitio, se bajaron, entraron al edificio y oí los truenos. Una balacera con silenciador. Los truenos con silenciador son secos y mudos, pero para mí no eran desconocidos. No puedo decir por qué, pero me agarró una terronera que yo no conocía. Me tembló el culo. Las piernas no me sostenían, las manos me

sudaban, la boca era un arenal. No supe lo que hacía. Engrané y solté la alpargata. A Cali fui a parar sin ellos. Me recibió Lucho con un:

—Mataron dos pintas; piérdase, hermano, porque está más encerrado que rata ciega.

Comenzaron a visitar a Luis y a preguntarle por mí. Que dónde estaba, que para dónde había pegado, que quién me conocía. Y, por fin, la pieza inglesa: si yo no aparecía, él, Lucho, pagaba. Alguien tenía que responder por los dos pistolos que en mi huida cayeron en manos de la ley. Yo para esas ya estaba lejos. Quería borrar todo. No solo lo de Cali, sino también lo de Cúcuta, Arauca, Maracaibo y Panamá, y otras cagadas que cargaba en mi hoja de vida. Quise cambiar y lavar pecados con el «bien obrar», como decía mi abuela, una vieja sabia que nació en Sandoná y se crió en Pasto. Por eso, como a buscar su consejo, templé en Sandoná, un pueblo como todos los pueblos hoy, aburrido, donde lo único que hay que hacer es beber y hablar mal del prójimo. Su cuarto de hora le llegó cuando se puso de moda el sombrero panamá hecho de palma de iraca —o toquilla— tejida muy finita. Mi bisabuelo alcanzó a tener una fábrica de sombreros donde llegaron a trabajar 20 mujeres. De eso nada quedó.

Arrimé un 15 de agosto, a las fiestas de Nuestra Señora del Tránsito. El cura y el alcalde y sus fieles y seguidores estaban enfrentados como perros y gatos. El cura quería mantener la fiesta a punta de procesiones, inciensos y donaciones; el alcalde quería rumba: cerveza, aguardiente, putas. Había sido agente de Bavaria y tenía todavía un camión repartidor que le pagaba vacuna a la guerrilla, como todos los transportadores, todos los comerciantes, todos los propietarios de trapiche. Reinaba el Frente 29 de las FARC, comandado por una negra brava, Tania. En Sandoná no se conocían los tiros. Si acaso un borracho de domingo, pero ni totes de tejo, porque lo que se jugaba era sapo.

Sandoná es tierra panelera. Hay trapiches grandes que producen quinientas cargas de panela por cochada cada semana. El jornal es barato y por eso mucha gente, en vez de gastar sudor en las pailas, echaba para Putumayo a cultivar coca. Mucho pueblo paró en el río San Miguel, en el Guamuez, en el propio Putumayo. Fue allá donde conoció la pólvora, la guerra, y tocó la plata. Todo viene junto y nada

es completo. Tuve tíos que pararon la finca de Sandoná con lo que botaba la chagra de La Hormiga. Allá la sudaban más frescos que aquí y por eso hicieron un puente llevando gente a trabajar la coca y trayendo plata. Hasta los dueños de trapiche se vieron obligados a trabajar en coca porque nadie quería oír de cañaduzales ni de pailas ni de moliendas. Las fiestas en Sandoná no mermaron. Por el contrario, los coqueros venían a gastar en las fiestas de su pueblo, fiestas sanas donde todos eran conocidos y no como en el Putumayo, que recibía gentes de todas partes, gentes peligrosas, con hambre y, para rematar, armadas. En agosto había línea directa de buses entre Sandoná y Puerto Asís, entre Sandoná y Garzón, entre Sandoná y Mocoa. Todo iba bien hasta que al Gobierno le dio por fumigar la coca. Fumigue y arruine gente; fumigue y obligue a salir. Mucho veneno, mucho. Pero la gente ya había probado lo bueno y volvió a Sandoná con los colinos de equipaje y dio en cambiar caña y hasta café, muy afamado, por coca. En esas lomas de Sandoná se cultivaba coca en asocio con café, fríjol, maíz. Las fiestas de la Virgen del Rosario se volvieron conocidas en todo Nariño, y por el pueblo corría la plata. Por eso la pelea entre el cura y el alcalde era más dura.

La coca volvió a poner de moda el sombrero sandoneño. La gente en ferias lo primero que compra y goza es un sombrero. Y como había plata, los finos, los de doscientas mil barras, se vendían, y se fabricaron otra vez. A mí me sonó el negocio. Primos míos los sabían hacer y los volvieron a hacer. Yo les compraba toda la producción y con mi torre de tejas salía a vender de bar en bar, de tienda en tienda, de calle en calle. El trabajo sano me sanaba, me lavaba culpas, pecados y cagadas; muchas que no hice por malo sino por bobo. Como esa última huida en Cali. Tengo que decir que fui faltón, que habría podido esperar. Digo que por andar con esa mujer en la bragueta me acobardé. Dicen que pasa. Que si uno se encoña, se enfloja.

La coca hizo florecer los pueblos, pueblos abandonados que estaban por morirse. Y yo di en recorrer vendiendo de feria en feria sombreros de Sandoná. Compraba las cajadas de sombreros y los vendía todos. La plata se gasta cuando hay. Hice un circuito que comenzaba en Sandoná, seguía a Samaniego, Sotomayor, Cumbitara, Policarpa, Leiva, y hasta el Cauca llegaba por Balboa, El Plateado y Argelia. Con los

primeros ahorros saqué casa en Madrigal, un pueblo que botaba mucha harina. Mucha. Por eso las FARC y las AUC se enfrentaban ahí. En El Ejido, que es vereda pero también fue cabecera, hubo mucha sangre por esa causa. Así como en Sandoná se enfrentaban unos con otros, en Madrigal, estos con aquellos se daban fruta que era un gusto.

Negociando con sombreros —había unos tan finos, que se vendían en ciento cincuenta dólares, que era la moneda con que pagaban los traque-traques— hice una base. Eran regiones con plata. Compré un Ford Galaxia para echar pinta por esas carreteras del diablo; tenía exploradoras Navarra de la Hyundai y hasta snorker. ¡Belleza de carro! Me dio fama. El pueblito se engaña con cualquier espejo, cualquier piedra de plástico. Es peligroso que lo crean a uno rico, no solo lo pueden secuestrar sino que de la fama se pasa a la sospecha, y de la sospecha a los cargos. Pero yo no toqué un gramo. Hice plata, sí. Una vez, de Argelia para abajo hacia el Micay, en un pueblo nuevo llamado El Plateado, tuve un problema con Tania, la guerrilla del 29. Habían asesinado a un pelado, o sea, como los guerrilleros dicen, lo ajusticiaron. Yo fui a ver el cadáver en el puesto de salud: un tiro en la nuca. Tenía la cara destrozada. Mirando al finado se me escapó un «asesinos» y a la media hora estaba la comisión encima de mí. Que por qué había dicho lo que dije, que si yo conocía al muerto, que cuál era mi trato con él, que si yo también traqueteaba y tenía negocios con las Autodefensas del Bloque Libertadores del Sur, mandado por Carlos —un paisa mala persona, peligroso, traicionero—. A mí me daban ira las preguntas de los guerrillos, pero más ira me daba la sospecha de Tania. Yo no tenía negocios de droga y no trataba con las autodefensas. Disgustamos con ella. Y me advirtió:

—Váyase, por su bien, o quédese bajo su responsabilidad. Nosotros no repetimos.

Con el plante que alcancé a defender me fui para Tumaco, una zona más segura. Llegué a las Fiestas del Fuego, que las llaman así para el turismo, pero que en realidad es la época en que más muertos a bala hay. Todo lo que se queda debiendo afuera, se paga dentro del puerto. Esa vez hubo doce muertos en ocho días. Nadie daba razón y tampoco nadie preguntaba. Me plantearon un buen negocio: el crédito. Puse un plante de diez millones, que era el doble de lo que son hoy. Si solo los

aportaba, por cada novecientos mil me pagaban, el día del case, cien mil y podía seguir aportando el millón al mes. Automático. Metí una plata y con la otra tenté suerte con maderas de mangle, que tenían muy buen precio en Buenaventura, y mucho mejor si se ponían en Cali. El negocio rodó bien, muy bien. Le saqué casa a la mujer y se vino a vivir conmigo.

Fue a ella a la que le dio el arrebato por Ecuador. Una mujer encaprichada es como el diablo enamorado. De día y de noche: «Vámonos, mijo, mire que allá es más seguro». A la hora, otra vez: «Es que es más descansado; es más bonito, la gente es más buena, hay más seguridad». Le pregunté a Lucho si él —que era una biblia— sabía cómo era la marea en la vecindad. De una me mandó las ligas. Me advirtió, sí, que si trataba, tratara con ecuatorianos porque los colombiches eran muy mañosos.

Entramos al Ecuador por Tulcán. En esa época no se necesitaba certificado judicial. Lucho me había dicho: «Si la cosa es grave, caiga a la iglesia, que ahí le resuelven la necesidad». Yo tenía cómo, pero para tantear desde lejos nos le fuimos a la ACNUR, a buscar una ayuda de las oenegés. Ahí conocí al cura Vicente Mejía, de la Iglesia anglicana. Era un santo, sobre todo porque siendo cura se casó con una monja, María Estela, que era una mujer atravesada, lo peor que he conocido. Nos trató de asesinos, mafiosos, ladrones, por ser colombianos. Vicente fue en Medellín fundador de barrios como Marquetalia, Popular Número Uno y Castilla. O sea, de la Comuna 13. Trabajaba en los basureros y hacía invasiones para la gente pobre. Contó que un día le sacó revólver a un buldócer que iba a tumbar ranchos de cartón donde vivía la gente. Sacó el fierro y se lo puso al buldocero en la cabeza. Le contamos nuestra historia: Tania nos había condenado a muerte y en Tumaco, los paramilitares mandados por Carlos, del Bloque Libertadores, también. «Por eso estamos aquí», le dijimos, y él nos tomó los datos y nos alojó en su casa mientras nos conseguía dónde residir. María Estela nos arrinconaba y nos humillaba, pero él nos respaldaba con la medio voz que tenía o que ella le había dejado. Yo le preguntaba: «Vicente —porque no le gustaba ni lo de padre ni lo de pastor—, ¿es que su mujer le pega por la noche?», y él decía como Jesús: «Eso es mi vida privada», y se callaba. Un santo. Yo, no

contento con su respuesta, lo puyaba: «Pero usted es un hombre de casta que ha peleado hasta con el Ejército y ahora ella hace con usted lo que quiere». Era mala. Le echaba la migración a la gente para quitársela de encima; gente que llegaba arrastrándose. La denunciaba a la Policía, la dejaba durmiendo en la calle. Recogía plata con los obispos y con eso alimentaba sus perros. Yo nunca acostumbro a hablar mal de las personas, pero esta señora jamás se me borra por lo que es, por la calidad de persona tan vil, tan mala. Fue ella la que me metió en enredos con mi mujer. Le dijo que me había visto besando una puta. Fue suficiente para que cuando yo entrara a la casita que nos había conseguido Vicente la encontrara vacía. No dejó nada de lo nuestro, y de ella ni un adiós. Duré trabajando en la construcción de un templo con Vicente unos meses, pero la pena me ganó de mano y decidí echar más para adentro.

Lucho me había dado nombres en Santo Domingo de Los Colorados, poblado por compatriotas. Es una ciudad que está en medio de Quito, Guayaquil y Esmeraldas. Mejor dicho, en el fogón. Dicen que por allá en los comienzos se oía en la radio un aviso: «Vengan a este pueblo y háganlo crecer». Desde que me bajé del bus, se oían vallenatos. Hay mucha gente del sur del Cesar trabajando en las haciendas de cacao o en las palmeras; hay mucho restaurante que vende bandeja paisa y mazamorra. Y hay bares, cantinas, discotecas de colombiches por todo lado. A mí me gustó el ambiente. Valía la pena hacer un ensayo. Arrendé un local esquinero, compré unas pailas con un quemador de gas, un delantal blanco y a vender buñuelos. No hay colombiano que se resista a un tinto con buñuelo. Se me arregló la vida. Lucho me ayudó mucho en hacerme valer de la colonia de colombianos. Él era todo un varón.

El negocio era cumplidor. Daba cada día los cien dolaritos sin falta, y sin pelos ni sucios. Con eso me mantenía a lo bien mientras otra platica hacía sus necesidades en manos de Lucho, que era mi caja menor, mi banco, mi asesor financiero. Él me guardaba lo que mi base daba y yo no le preguntaba en qué negociaba. Para decir la verdad, yo lo conocí cuando a los dieciséis años me abrí de mi casa en Roldanillo, Valle, y pegué para Barranquilla. Me bajé del bus y me fui a rondar la plaza de mercado. «Ahí siempre salen flechas», me había dicho ya no

sé quién ni sé dónde. Pero es la verdad purita y desnuda. Primero fui cotero unos días cargando pescado seco para llevar al interior: Bucaramanga, Bogotá. Es un trabajo muy duro porque el pescado es salado y la sal quema el cuero y hace llagas. A los ocho días estaba escaldado. Como era buen bultero, me dieron una oportunidad con zanahoria traída de Santander. Después me escogieron para descargar jaulas, como llaman en Venezuela los camiones que traían Malboro. Un puesto muy cotizado para gente de confianza, me dijo Lucho cuando me contrató. De hombre de confianza pasé a la línea de Maicao. La mercancía llega ahí sana, ya ha pagado. Traíamos cigarrillos y licores. Me sentí condecorado cuando me dio la línea de seguridad, como la llamaba: pasar de Venezuela unas cajas de Malboro que pesaban más de lo que pesaban los cartones. Un día, cuando el DAS me pilló, supe que lo que pesaba eran tiros para AK-47. Seis meses en la cárcel de Barranquilla. Lucho me sacó pagando, casi cuando ya teníamos listo un túnel que daba a la calle 40. Allí se dividía entre una alcantarilla que veía la luz y otra que salía al río Magdalena. A los que se fueron por ahí, los tiburones se los papiaron, solo dejaron huesos y tripas, que es lo que ellos no comen. Los otros, los que salieron por la alcantarilla, casi todos conocieron la libertad. He pensado siempre que yo me hubiera ido hacia el río.

Santo Domingo es una ciudad en obra negra, siempre se están construyendo calles, avenidas, casas. Me tocó la de pagar. De buenas a primeras trazaron una avenida por encima de la buñuelería La Buena Suerte, y quebré. No valieron demandas ni quejas ni consejos de Lucho. Me tocó, con mucha pena, volver a cambiar de oficio. Pero como yo soy como el maromero, que en el último impulso de algo se cuelga, me salvó un ingeniero de apellido Bohórquez, también colombiano, de Vijes, Valle.

—No se aflija —me dijo—. Yo tengo unos paisanos conocidos en Quevedo que tratan con madera. Convérsese con ellos.

Eran dos hermanos de Armenia, Quindío. Me iniciaron en un negocio riesgoso: entresacar madera fina de los bosques de Delta, La Indiana, Río Lelia. Se pagaba muy bien, pero no era fácil. Había que trabajar de noche y con mucho cuidado para no dañar los papeles del Ecuador. Entrábamos en la tarde como turistas y en las mochilas

llevábamos las motosierras, que eran pequeñas y a las que los socios habían adaptado unos tubos para bajar el volumen de las máquinas. Los palos se amarraban de las copas, que no eran muy altas, y una vez trozados por la pata, los dejábamos descargar sin mucho escándalo. Existían todavía algunas manchas de caoba y otras de canelo. A la final no me gustó el negocio no por peligroso, sino por dañino. Ellos conocían —otro brinco del trapecista— cultivos de teca en Quevedo, provincia de Los Ríos, entre Quito y Guayaquil y cerca a Manta. Eran unos señores Muñoz, ecuatorianos, de ahí mismito, de la ciudad. Hicimos amistad. Conocían a los Bohórquez y tenían referencias de Lucho. Fue fácil hacer el mapa. Mientras ellos averiguaban y tomaban sus precauciones, me alojaron en una residencia, hostal Manta, atendida por un gringo que había sido militar en la base aérea de Estados Unidos ahí en ese puerto. Hombre tranquilo, jugaba con un cachorro de leopardo que tenía y que educaba con solo pescado de mar para volverlo fiel y manso. «La carne roja —decía— lo vuelve una fiera». Yo, desde el comienzo, me sospeché el juego. Y así salió. Ayudarles a la exportación de teca, bajándola por el río Guayas hasta Guayaquil y luego embarcándola para Japón, donde es muy apreciada para hacer balleneras porque es una madera que no se deja mojar, tiene una grasa que la hace, como se dice, impermeable. Me pagaban por acompañar a un propio a custodiar los palos hasta dejarlos embarcados. Fácil y muy bien pago.

Vivía entre Quevedo y Guayaquil. En la exportación de madera yo nada tenía que ver; me tocaba solo tratar con las autoridades fluviales o terrestres, según el caso, porque la madera también la llevábamos por tierra. Todo palo tenía que tener una certificación de haber sido criado en un bosque legal. La sociedad tenía un cupo de exportación, pero a veces se nos abría la agalla y sacábamos más de lo debido. Esa era la que tenía que pagar impuesto en los retenes para pasar de largo y llegar a embarcar. Se sabía que no en todo barco había cupo para nuestra madera. Había capitanes que no accedían a llevar los palos a Japón. Los capitanes más negociables eran los filipinos y los griegos, casi a la fija se podía entrar en tratos con ellos. Cobraban su parte, pero eran firmes. Unos venían ya palabreados y sabían a qué venían, a otros había que buscarles el lado. Y se encontraba, y la mercancía

llegaba.

Yo estaba hecho. Y derecho. Trabajaba a lo bien. Conocía el negocio. Trataba con todo mundo. Me fue gustando una teniente de la Policía que me presentó míster Davis, el gringo del hotel Holliday. Era una mujer bajita, morena, pero con unas teticas de telenovela. No era muy cariñosa. Me enamoró con su uniforme y sus botas. Era de esas mujeres que gustan solo con mirarlas. Era elegante y me ayudaba en los trámites que había que hacer para pasar sin dejar rastros —que es como se debe trabajar, decía Lucho—. Nos hicimos, más que amantes, socios. Sacamos un apartamento para vivir juntos y así vivimos hasta que disgustamos por un arreglo de plata que habíamos hecho. Cuando le conté a Lucho, me dijo, sin más:

—Déjela y deje también la madera. Creo que por allá no hay gota a gota. ¿O me equivoco?

No, no se conocía el negocio. Decidí hacer mis maletas, sacar cuentas e irme a una zona de confianza para nosotros los colombianos: Esmeraldas. Ahí la plata se mueve. Puse lo que había hecho en billete verde, como dice la canción, y así, con el bulto en el bolsillo, me establecí en Esmeraldas.

Lo primero fue conocer la rutina de los negocios. Busqué a los amigos de Lucho y fui cogiéndole el ritmo al pueblo. Era mucha la oportunidad de progresar. Un mar abierto para los buenos marinos. Lo segundo, coger camino por donde se debía y ese camino fue el gota a gota, un negocio que yo conocía pero para el que se necesitan dos cosas: plata y secretarios. Plata la tenía, contaba con la que me trabajaba Lucho y con la que yo había hecho con la famosa exportación de madera. Lo otro era más difícil. Conseguir secretarios no era imposible porque había colombiches a la lata. El problema era conseguirlos firmes, porque tenemos fama de ser fieles hasta cuando se sabe el cómo. Después, nadie es de fiar. Un par de conocidos de Lucho me hicieron la vuelta y me consiguieron tres pintas duras. Sabían de qué se trataba. Compré el equipo que necesitaban: una moto, unos papeles y un instrumento de cobranzas. Los tipos daban lo que la gente pidiera. Que para un bar, que para un carro, que para una finca, que para una casa, que para un mercado. Lo que fuera. Si eran mil dólares, se les entregaban novecientos y luego y después otros treinta diarios,

cobrados en la puerta de la casa, en el mismo sitio donde se les entregaba el capital. O sea, en un mes ya se había librado la inversión prestada y además se había pagado, con los cien de la diferencia de entrada, los servicios del secretario. Al principio íbamos suaves para conocer la plaza. La gente pedía y pedía y nosotros le dábamos gusto poco a poco. Un buen caballo hay que llevarlo frenadito. Los tres secretarios tenían que responder por lo que dejaban. A cada uno le aflojamos un fondo de cinco mil dólares para pagarse de ahí sus quinientos y hacernos cuenta de los nueve mil dolaretes que producían: cuatro y medio de capital y cuatro y medio de ganancia para el socio industrial, que éramos Lucho y yo. Trabajábamos muy bien. La gente pagaba a diario y así no había problema por ese lado. Lo negro comenzaba con los abonos a capital. Dábamos plazos, pero los plazos se cumplían y cuando no pagaban, entonces, los secretarios de cobranza tenían que actuar sobre la prenda. Y lo hacían. Nos gustaban más las prendas tipo mueble, incluidas joyas. Los inmuebles nos metían en enredos con la justicia. Por eso casi no nos gustaba ese respaldo y cuando lo recibíamos, preferíamos que de confianza, se nos escriturara el bien por adelantado. De una vez, para evitar jueces, tribunales y acusaciones. Fuimos los importadores del chulco al hermano país del Ecuador. Eso es hacer patria en el extranjero.

En ese trabajo yo no quería dar la cara, era mejor trabajar detrás del mostrador. Me conseguí una camioneta particular para hacer expresos. Tenía sus problemas porque el transporte público es enemigo de los que hacemos expresos privados para llevar y traer personas, que se hacen pasar como familiares o amigos o socios, y que pagan. El trabajo dejaba porque se pagaba bien. La mayoría de clientes eran personas a las que no les gustaba circular en público; no sé qué harían, eso no se pregunta. A mí el negocio me servía no tanto por la plata como por el movimiento. Yo iba a un lado y a otro, siempre acompañado, y de regular tras mis secretarios, que eran los que trabajaban y ponían el pecho, como varones que eran. Me movía para donde el viaje saliera: Esmeraldas, Maldonado, Calderón, La Florida, Robalino, Lita, Carolina, Mataje. Fue en Mataje donde me salió un expreso para la parroquia de Borbón, Río Santiago, donde yo conocía mucha gente. Los pasajeros esa vez eran ocho pintas serias. Calladas. De pocas palabras. El viaje

duró seis horas. No les oí la voz. Dormían, carraspeaban, miraban por las ventanas. Mudos. A mí se me hacía muy extraño y las veces que, al comienzo, traté de conversarles, me contestaron con un sí o un no, secos ambos, sin dejar de dónde prenderme para hacer otra pregunta. Al fin, yo también me callé. Manejar carro distrae, pero aun así, no se me quitaba de la cabeza el destino que llevaba esa gente y el oficio que hacían. No solo no atravesaban palabra, sino que llevaban la cabeza rapada, las orejas descubiertas, botas de cuero; no tenían ni barba ni bigote. Yo iba ligando, sumando datos. El que iba detrás de mí, al que yo no le veía la cara, me preguntó:

—¿Papaaá, usted puede hacernos el viaje de regreso después de la vuelta?

La pregunta con el papá por delante y la palabra alargada me dio otra pista: eran paisas, o por lo menos el que me hizo la propuesta. Le respondí que no, que yo tenía otro compromiso.

—Tranquilooo, mijo —dijo y no volvió a abrir la boca.

Los dejé en el pueblo y seguí para Las Peñas, donde recogí unos amigos que había quedado de llevar a La Tola, un medio embarcadero en la boca del río San Francisco. Ahí nos pusimos a beber cerveza y resolví quedarme esa noche porque con tragos es peligroso andar. A las cinco de la mañana oí un barullo el verraco. Gritos y gritos. Órdenes, contraórdenes: el Grupo Especial de Operaciones del Ejército (GEO) se había tomado el puerto y toda la zona. Era raro. En los días que llevaba en el país nunca los había visto actuar. Daban miedo. Se movían con rapidez. Al que encontraban en la calle lo arrinconaban contra la pared, lo identificaban, lo ponían a responder muchas preguntas y luego lo reseñaban. A los muchachos de entre dieciocho y treinta años los cargaban en un camión para investigarlos. La noche anterior, en el Borbón, en la discoteca Son Caribe, había habido una masacre: seis encapuchados que dijeron pertenecer a las Águilas Negras nuestras, es decir, de Colombia, entraron al establecimiento, pusieron a la gente manos arriba, les pidieron documentos, sacaron a tres y les dispararon a quemarropa. Remataron a uno en el suelo y los otros dos murieron en el hospital; quedaron heridos veinte parroquianos. Yo sospeché que las Águilas Negras eran las pintas de pocas palabras que yo había llevado. Me guardé el secreto y me

sorprendí como todo el pueblo. El GEO duró ahí varios días y se fue. Yo me abrí cuando los militares estuvieron lejos, no fuera y les diera por investigarme a mí también. Se supo que las Águilas no habían bajado por el río San Francisco para embarcarse por mar hacia Colombia, sino que cogieron otro camino: subieron por el río hasta las bocas del río llamado Bogotá y por ahí salieron a dar a Calderón, ya en la carretera que va para Mataje. Y se perdieron. A mí todo me puso en alerta roja. Un tiempo atrás del mismo año 2008, en un pueblito de Manabí, la gente les había echado mano a dos ladrones colombianos que la Policía llevaba para la cárcel; se los quitaron, los apalearon, los reventaron a golpes, los amarraron, les rociaron gasolina y los quemaron vivos. Eso ya era jugar otro juego. Me asusté mucho. Pero el maromero siempre cae parado, así no alcance el columpio.

Resulta que el padre Vicente Mejía me consiguió desde mi entrada una Tarjeta Andina, y con ella me movía para un lado y para otro. Me conocían en todos los retenes y no me paraban nunca. A lo más, me decían:

—Hombre, legalice esa papelería que algún día no encuentra aquí uno conocido y lo ponen en la frontera.

Las cosas con Colombia se habían puesto delicadas desde cuando Uribe se le metió a Correa para matar a Reyes. Por los pueblos de mis rutas andaba siempre el Grupo Especial Móvil Antinarcóticos (GEMA), pero ellos creían que yo era ecuatoriano y nunca tuve problemas. Yo pasaba con lo que tuviera encima, que esa vez era puro billete para atender mi empresa de crédito, La Mundial, que ya tenía dieciocho motocicletas con sus propios colocando y cobrando. Lucho me felicitaba cada semana. Estábamos recogiendo billete a dos manos y prestándole un servicio a la comunidad. Los secretarios habían crecido ya tanto, que a los más antiguos los nombré sub. Yo era conocido como el subgerente. Podíamos estar prestando diario hasta un millón de dólares. Cada billete era como un cuy, tenía crías al por mayor. Recibíamos intereses sobre intereses sobre intereses. Lucho me aconsejó que, para evitar que yo llegara a ser acusado de extorsión o de usura, lo mejor era no recibir prendas, sino plata en mano. Y me dijo:

—Hermano, mire a ver si los acreedores se endeudan con tarjetas de

crédito; hoy a cualquiera le aflojan una y encima le prestan plata líquida. De manera que usted se paga con lo que a sus clientes les prestan y saca el cuerpo. Defiéndase poniendo a los bancos de por medio.

Tanteé con la idea y me dio resultado. Los bancos son insaciables. A la hora de los quiubos, el banco se encontraba con la prenda y yo con la plata. El sistema no le servía a todo mundo. Por eso fui abandonando a su suerte a los que no tenían cómo sacar una tarjeta, y si lo tenían, dejaba de lado aquellos a quienes el banco no podía prestarles las deudas que contraían conmigo. Hacíamos estudios de lo que la gente ganaba y le echábamos mano a lo sano. La gente es muy necesitada y la mayoría pedía para comprar cosas: plasmas, celulares, microondas, lavadora, nevera, tostadora, nintendos, ropa de marca hechiza. La necesidad no tiene fondo. Todo mundo vive de la esperanza de que «mañana mejorará mi suerte y pago lo que debo». Casi nunca es así. A algunos se nos aparece la Virgen y nos llenamos, pero ahí nace otro problema: ¿Qué hacer con el billuyo? ¿Cómo no malgastarlo? ¿Dónde invertirlo con seguridad? Mi primera necesidad fue un carro elegante, que me representara, y compré una Hummer que me costó sesenta y cinco mil dólares, azul plateado, vidrios oscuros, y comprada en Cuenca; la segunda fue una finca. Conseguí una en Santo Domingo de Los Colorados. Tenía ciento veinte hectáreas: ochenta en pasto, veinte en cacao y el resto en rastrojeras. La gran ventaja era que el puesto militar colindaba con la que llamé Villa Gloria, por mí y por ella.

Volví a buscarla. Al comienzo, ella indiferente, buscando subir el precio del arreglo. Yo estaba dispuesto a pagarlo. Le conté mi nueva situación, prometí arreglar el negocio que nos hizo separar, la traté de reina, de mamita, le prometí un viaje a San Andrés para vernos y conversar en terreno neutral. Me aceptó. Le mandé el pasaje, y al Decamerón, todo incluido en la suite. A medida que iba comprando cosas, como cualquiera de mis acreedores, yo la iba arreglando. El sí final fue la noche que me quedé mirándole la cola y las tetas y le dije:

—Mamita, todo se puede arreglar.

Se ofendió, pero a la final entendió que la oferta incluía cirugía. Por eso me respondió:

También párpados y nariz y, para garantía, en Miami.

—En Miami no —le respondí—, mire a ver si se arriesga a quedarse a vivir allá obligada. Mejor hágase la reparación en Cali, donde están los mejores cirujanos del mundo y más bien la invito a París.

Aceptó. En París, le dio por Madrid, y en Madrid, por Buenos Aires. Así que le dimos la vuelta al mundo. Nos fuimos a vivir juntos en Santo Domingo y viajábamos a Cali cada semana hasta que terminaron de remodelarla. Después, el caprichoso fui yo: compré la hacienda donde había nacido uno de esos señores Montoya de Roldanillo. Mi papá era encargado. Yo me fui de su casa para no tener que verlo tan humillado y tan rebajado por los patrones. La hacienda se llamaba —y se llama— La Holanda. Tenía solo ganado de ceba. El día que el último de los Montoya, el menor, el que no había muerto, me vio aparecer por la puerta, no me reconoció. Al rato, cuando yo le dije quién era, casi lo mato. Se le fue la respiración. Quiso no venderme la tierra, pero al final, solo y viejo, poco o nada tenía que hacer dándole de comer al administrador, que era el que tenía la sartén por el mango y que lo estaba arruinando, como yo se lo dije cuando le miré a la finca lo que podía producir. El administrador disgustó conmigo, pero también a él le tapé la boca. La tierra era mía.

Para ajustar, mi mamá me había mandado unas fotos de los malandros que habían quedado vivos de la vuelta del silenciador en Cali. Todos muertos como miembros del cartel de Tuluá. Así yo respiraba tranquilo por todas partes. Venía una tarde de Minavieja llegando a la Ye de Calderón, cuando aparece un piquete del GEMA. Yo me acerqué como si nada, seguro de que no me hacían parar. No fue así. Me pidieron papeles. Eran soldaditos desconocidos. Reviré:

—¡¿Cómo así?! ¿Papeles? Si nunca me los han pedido! ¡Deben estar equivocados!

El soldadito me dijo:

—Perdone usted, señor, voy a comunicárselo a mi superior, el teniente Rodríguez Forero, Eustaquio.

Se demoró un rato y volvió con el teniente. Me dijo:

—Pero usted lo que no tiene es licencia para conducir.

—Mire teniente —le dije—, yo hace años transito por estas vías y nunca ustedes me han pedido papeles. Comuníquese, si me hace el

favor, con mi capitán Rosero, y verá que yo soy hombre de bien.

Me hizo caso. Yo me senté a esperarlo oyendo radio en el carro. Estaba adormilado cuando regresó y me comunicó que lo mejor era que lo siguiera. Yo le respondí:

—No, mi teniente, usted seguramente con tanta ocupación olvidó que hay un tratado vigente en el Pacto Andino, un acuerdo binacional —yo usaba palabras raras para impresionarlo— que estipula que con Tarjeta Andina yo puedo conducir cualquier carro.

Al llegar al camión volvió a llamar por radioteléfono, dio unos números en clave, esperó la respuesta que no alcancé a oír, y al rato me dijo:

—Mire, preséntese al capitán Rosero, que ahora está en Quito, a más tardar mañana antes de mediodía.

Arranqué mi carro y me presenté al capitán. Dio vueltas y vueltas hasta que me soltó la carta:

—Mire, sabemos lo que usted hace, sabemos cuánta coca había en la madera que usted llevaba a Guayaquil, y sabemos que usted es un extorsionista profesional.

Se paró del escritorio, abrió un libro que tenía como esperándome, y me dijo:

—A usted le cabe todo el Código Penal, pero en especial lo que le voy a leer: «Articulo 296.- El enriquecimiento ilícito se sancionará con la pena de uno a cinco años de prisión y la restitución del duplo del monto del enriquecimiento ilícito, siempre que no constituya otro delito. Art. 583.- Es usurario el préstamo en el que, directa o indirectamente, se estipula un interés mayor que el permitido por la ley, u otras ventajas usurarias. Art. 584.- Será reprimido con la pena de prisión de seis meses a dos años y multa de ciento a dos mil sucres, el que se dedicare a préstamos usurarios. Art. 585.- Será reprimido con prisión de uno a tres años y multa de doscientos a dos mil sucres, el que encubriere, con otra forma contractual cualquiera, la realidad de un préstamo usurario». Yo no quiero perjudicarlo, así que mire a ver cómo me arregla.

—Más claro no canta un gallo, mi capitán —dije—. No hay problema. Diga en cuánto estima el arreglo y yo miro a ver si le puedo ayudar.

La situación era delicada porque aceptar la vacuna era, sin más, aceptar los cargos; pero rechazarla era templar en la cana. Se paró del escritorio, sonó los tacones, me miró a los ojos y me dijo:

—Cinco mil dólares, para no incomodarlo. Busqué la rebaja.

—Sé —le dije— que le sirven tres mil.

—Mire —respondió—: cada revire le cuesta mil más. Estoy de ganga. Cinco mil, pagaderos en Pasto entre el 1 y el 5 de cada mes.

Esos negocios son largos de hacer. Se dan muchas vueltas, se juega a las escondidas para saber qué tanto sabe el otro. Pero con Rosero, las cosas fueron como jugando póker sangriento, al destapado. Al fin y al cabo, era colombiano de familia. Al final, cuando el trato estaba cerrado, me preguntó:

—¿A nombre de quién le consigo los papeles?

Le dije, sin dudarlo:

—Ponga ahí: Luis Amador.

Quince días después cayeron muertos en Quito cinco de mis secretarios. Tuve que brincar para Ipiales y amanecer en Cali.

SEIS

Rosita, la Peligro

A Don Fermín, que tenía negocio de madera y pescado entre los Puertos —Leguízamo y Asís—, lo paró la banda de los Champas, por ahí abajito del Carmen, o sea en Tres Fronteras —Perú, Colombia y Ecuador— y lo aliviaron de cien kilos de cristal que llevaba listos y calientes para entregar en La Tagua, al otro lado, sobre el río Caquetá, donde también el hombre tenía negocios y hacía cruces. Suponen las malas lenguas, que son siempre las buenas, que con armas también trataba. Cien kilitos valían tanta plata, que no se sabía contar. Los Champas, que eran gente de monte peruana y que antes se mentaban Sendero Luminoso, cometieron un error grande que muchos tuvimos que pagar: dejaron vivo a Don Fermín. No eran prácticos en la guerra o le tenían miedo al blanco. O, quizá, hasta gente temerosa de Dios era. O quién sabe qué les pasó, pero dejaron vivo al hombre, que para más veras era un paisa de Titiribí, Antioquia, muy echado para adelante, bravo y parado, pero peligroso como la misma culebra cuatronarices. Llegó escaldado al puerto, pero sin decir nada. Y siguió derecho para Urabá. Dicen unos que fue en Turbo, otros que en Chigorodó, no importa, lo cierto fue que contrató a un tal Vitamina, un cliente sin agüeros ni miedos ni querencias. Lo contrató al pormis, es decir, por la mitad de lo que los Champas le habían quitado: 50 kilos de espina de pescado, como llamaban la coca más pura.

El Vitamina llegó con sus cuatro pistolocos, todos expertos en sangre, detrás de los Champas, derecho a trochar monte. A encontrarlos a como diera lugar, guiados por ese mal que se les mete en la sangre a los quiñadores y que solo con otras sangres pueden aliviar. Los hombres contratados eran probados, nada se les daba cortando lenguas, mochando orejas, desprendiendo manos y patas, y,

lo más cruel: sabían cortar los trapecios del cuello y echar al cristiano al río para que, sin esos músculos, no pudiera nadar y la sangre avispara las pirañas que al final daban cuenta del finado sin dejar huella. Cuando se contaba su maña, nadie creía hasta que veía los carramanes carcomidos. Revolotearon sus pistolas unos días por la montaña hasta que encontraron el trillo de los Champas y fueron descontando deudas uno a uno. Dar cuenta de sus muertes era la mitad del contrato. La otra mitad debía ser cobrada en Leguízamo y con guerreros de las FARC, porque siempre se había dicho que los senderos de allá y los farucos de acá eran los mismos. Este trabajo era más fácil que el que habían hecho en Perú porque la Armada de Leguízamo les dio la lista de milicianos o de gente que debían eliminar. Pero a cambio tenía que hacer la inteligencia que a los marinos no les gustaba hacer. Vitamina llegó con listado en mano: nombre del cliente, de su mujer, de sus hijos, de sus parientes y amigos; fotos del hombre y de su casa. Mejor dicho, ficha ubicada. Y comenzaron a liquidar, fueran o no enemigos, a dos manos. Lo mismo daba porque lo que contaba era que aumentaran los positivos, como se les llamaba a los finados hechos con esas mañas. La fórmula era la misma: necropsia, tiros por aquí o por allí, certificados por los mismos forenses de la Armada y al hueco como guerrilleros NN. Gente murió así, mucha gente.

2.

A John Freddy le tocó administrar esa cara con que nació, en las buenas y en las otras, que son siempre las más. A las mujeres nos gustaban sus ojos y su trato, pero a la autoridad no le gustaba porque era parado y no se arrugaba. Así le pasó la vez que saliendo de aserrar, juagado en sudor y oliendo a monte, lo paró la Armada entrando a Leguízamo. Le pidieron papeles, pero ¿qué papeles puede tener un aserrador que anda con la mera camisa pegada al cuero y ensopada en sudor? ¡A ese ácido no hay plástico que le aguante! La cédula se le había derretido varias veces hasta que dejó de cargarla. Los infantes de marina no le entendieron. Y si le hubieran entendido, de todos modos se lo habrían cargado porque era una orden. Y se encontraron con ese negro, alzado como era. Les respondió en el mismo tono en que le

preguntaron que dónde tenía los papeles:

—Los tengo debajo del colchón —y los miró a la cara.

No hay peor delito que mirar a la autoridad a la cara, se ofende, ella quiere que de entrada uno baje la cabeza, para llevarlo humillado al matadero. Él era moreno, como somos todos, pero más fuerte que muchos. Nada se le daba tumbando un cedro de 300 piezas. Por eso se le echó encima toda la patrulla entera. Todos querían dejarle la huella del puño en la cara y el culatazo en los riñones. Como perros envenenados se le fueron encima. Lo golpearon hasta que se desplomó y en el suelo lo seguían golpeando. Medio muerto le pusieron las esposas y al hombro lo metieron en el camión, atado de patas y manos como si fuera un marrano. Hasta ahí dieron cuenta los vecinos que vieron y que nunca hablaron. Se lo llevaron por desacato a la autoridad y por falta de papeles. A los tres días el expediente había cambiado y lo tenían preso por el traslado de siete fusiles de Sendero Luminoso a La Tagua para entregárselos a las FARC. El caso era grave. Todo se supo después, porque todo se sabe en este mundo de peleas. Como se supo que preso JF, maltratado, sangrando de la cara, sin comida, sin agua, sin poder pararse del suelo, una noche, noche ya, le vino un teniente de navío a decirle:

—Usted va a pagar por los fusiles, la pena de rebelión y terrorismo, que son treinta años; ya tienen listo todo para hundirlo: jueces, testigos, sentencia. Yo conozco el asunto porque soy abogado. Si usted no es de ellos, como dice, pues nada les debe y por ellos no va usted a pagar lo que no debe. Le dan la oportunidad de acogerse al programa de Justicia y Paz y entregarse. Por armas no se preocupe, que eso es lo que tenemos. Usted se entrega, se le declara reinsertado, se le fotografía y hasta una declaración a la radio puede dar. Total, sale usted libre de pelo y paja de este hueco.

JF debió de mirarlo a la cara con esas lanzas y mandarlo para la mierda. En la escuela —contaba— el maestro se la tenía sentenciada porque dizque lo miraba como para matarlo. Él cerraba los ojos y entonces lo golpeaban con la regla para despertarlo. Con la primera plata que consiguió de niño pescando en los caños, compró unas gafas oscuras para ni mirar al maestro ni cerrar los ojos. De nada le sirvió el remedio porque en clase —decía el maestro— no se puede usar

anteojos verdes porque dizque entonces el maestro no sabía si uno estaba haciendo mal uso de las manos. El niño no entendía. Sus ojos, que son, más que grandes, negros, han sido su caída. Eso de que los ojos son la ventana del alma ha sido para él una maldición porque la gente cree que, mirando como mira, está tramando algo o escondiendo lo de más allá. El caso fue que cada nada, en las calles de Asís o de Leguízamo o de La Tagua, la Policía, el Ejército o la Infantería de marina lo paraba, lo esculcaba, le pedía papeles a las malas y cuando él les levantaba la vista para mirarles los ojos, era ya hombre preso. No había nada que hacer. A la autoridad se le mete una cosa en la cabeza y de ahí no vuelve a salir, y como la cabeza de ella son los archivos de orden público, el que entra en ellos ahí se queda. Él no tenía nada que ver con las guerrillas, pero no iba a terminar su vida trabajando con la ley como cualquier sapo. Porque después de la reinserción vienen la colaboración, el señalamiento, el sapeo hasta de inocentes, porque la inteligencia echa mano de lo que puede y quiere. Dijo no. Firmó así su sentencia de muerte y alivió de pagos a Don Fermín, con quien JF había disgustado por negocios de madera.

3.

Rosita es madrugadora y se despierta siempre antes de que suene el despertador, a las 4:30. Se sienta en la orilla de la cama, se recoge su pelo largo y negro sobre la nuca y se lo asegura con un caimán rojo. Aquel día algo le caminaba pierna arriba mientras buscaba con el dedo gordo las cotizas, porque no daba paso sin ellas. Les tenía asco a las culebras porque de miedos no conocía. Esa madrugada se sintió incómoda con un runruneo que se le encaracoleó en la cabeza sin mostrarle la cara. Más molesta porque aquel día, como todos los meses por la misma fecha, le iban a llegar a Leguízamo los mil galones de ACPM que entregaba en la base de la Armada y seiscientos para el motor que alimenta la planta eléctrica de la antena del celular. Siempre ese trámite la ponía nerviosa. Pero el barullo era más fuerte que el solo hecho de tener que ir a tratar con esa gente.

Ya había puesto el agua en la estufa para colar tinto cuando oyó que algo pasaba en el patio trasero, pero, como la perra no había ladrado,

pensó que era el runrún. Esperó sin mover los ojos a ver si se trataba del meneo que hacía el animal con la cola al sentirla en la cocina. Un golpe seco y el grito de un «¡abra ya!» la sacaron de la ilusión. Largó al suelo la coladera con que iba a preparar el tinto, pero no abrió la puerta. Dio un par de pasos y miró por la hendija. Eran tres hombres malencarados que nunca había visto. El agua del tinto comenzó a hervir y ella, en vez de abrir la puerta que ya habían cogido a patadas, se puso a colar el café. Tumbaron la puerta y entraron los hombres engatillando sus pistolas.

—Identifíquese —gritaron.

—Esperen —dijo ella—, les estoy preparando el tinto.

—Nada —volvieron a gritar.

—Entonces, ¿para que soy buena? —les preguntó con picardía sorbiéndose el tinto.

—Para que firme este papelito, que es la orden de allanamiento declarando que no la hemos maltratado.

—Pero lo harán, como saben hacerlo —les reviró.

—Tiene derecho a una llamada, a un abogado y, recuerde —dijo uno de los hombres—: todo lo que diga podrá ser usado en su contra. Empaque un vestido y el cepillo de dientes porque nos vamos.

—Nos vamos no —les dijo ella—, me llevan, porque de aquí no salgo sino muerta o cargada.

Y cargada se la llevaron. ¡Quién no quería cargar esa mujer!

Rosita era llanerita, nacida en El Tablón de Támara, en Casanare, tierra cafetera. Había buscado el río Putumayo desde el día en que el Ejército bombardeó la vereda Cizareque, donde vivía con su familia. El viejo era uno de esos llaneros que todavía usaban bayetón para arriar una madrina de ganado y sabía darle consejos cantándole para amansurarla. Huyeron de las bombas con el mero encapullado. En El Yopal recuperaron el aire y se montaron en un bus para Sogamoso. El viejo tenía un hermano por los lados de Caquetá y se dio mañas de encontrarlo por teléfono aunque no supiera marcar los números. Así llegó primero a Florencia y por ahí se fue dejando llevar de las aguas hasta La Tagua, donde se estacionó y acabó de levantar la familia. Rosita se crio entre los cuentos del taita y los afanes de la selva. Vivía con John Freddy de vez en cuando. No eran pareja de asiento sino de

ocasión, pero ella le había cuidado en cama la fractura de la cadera que le dejó un accidente de moto. Fueron seis meses de recuperación en los que Rosita le limpiaba la herida de la pierna todas las noches y cuando le quitaron el yeso al hombre, su mano fue subiendo hasta la cadera. O mejor dicho, hasta que se enamoró de él. Mientras se recuperaba, Rosita aprendió a manejar la moto del herido, aprendió a tramitar los papeles del combustible que entregaban en el río y tenía que subir hasta La Tagua para entregarlo. Aprendió a tratar con la Armada, a consignar, a cobrar y hasta hacerle el amor a JF sin molestarle la cadera.

En la Sijín le tenían el tamal preparado.

—Usted —le dijo un capitán— está acusada del delito de robo de combustible. ¿Qué tiene que decir?

—Nada —dijo ella—, yo tengo todos los papeles de la compra de combustible y puedo mostrárselos. No me la vengan a montar por ese lado porque se resbalan.

—Le damos una hora —le gritó el oficial— para que aparezcan esos papeles, certificados y sellados. Use la llamada a la que tiene derecho.

Rosita me marcó a mí, que soy su vecina y su amiga, porque JF no tiene teléfono. Yo busqué al hombre y saltando por el aire llevó el bulto de papeles rosados y verdes que le pedían. Todo en orden. Recibos de compra, permisos de transporte, sellos de entrega firmados por la gente que manejaba el motor de la antena como por el teniente que recibía la gasolina en el puesto de La Tagua. El capitán miró uno a uno los papeles, los manoseó y hasta los miraba de los dos lados. No encontró nada de qué prenderse. Acorralado, le dijo a Rosita:

—Lo que pasa y sucede, estimada señora, es que usted no solo le vende combustible a esta gente, sino a la otra. O, para ser exacto, a las FARC. Ahora, tráigame los recibos de esas entregas, o mejor, entréguese usted misma.

En la puerta estábamos JF y yo cuando la vimos salir esposada. La montaron en una camioneta blanca, blindada, con la que saben hacer sus porquerías. JF me miró como diciéndome le toca a usted seguirla para no perderla. Lo sabíamos. Era necesario que ellos se dieran cuenta de que alguien los seguía. Los seguí hasta que la encaramaron vendada en un helicóptero de la misma Policía y se la llevaron. En Asís

la descargaron. Yo ya había llamado a una prima que tengo en ese puerto y ella, avisada, vio cuando la bajaban. Desde la malla gritó para que la oyeran:

—Rosita es inocente.

Más me demoré yo en llegar a la casa que la Policía en caerme. Estaba sacando la llave cuando me abrieron ellos mismos la puerta.

—Bienvenida —me dijo el capitán.

Eran cinco hombres armados hasta en los cachumbos; vestían con uniformes de combate, anteojos negros y botas de cuero. No se les veían los ojos y si supe el rango del capitán fue por la voz. Era el mismo que daba los zarpes para el transporte de combustible a La Tagua. Yo soy propietaria de una de las bombas de gasolina de La Tagua que todos conocen como «la de La Mona». Y con ese nombre comenzó el capitán.

—Mona: Usted y Rosita son socias de una línea de contrabando de gasolina y de venderle combustible a la guerrilla. Queda detenida.

No esperaron a que me cambiara de calzones ni que sacara una muda ni que pudiera avisarle a mi hermano. Nada. Me subieron a la misma camioneta en que habían llevado a Rosita y comenzaron a investigarme en una oficina oscura, sin ventilador, donde los pasos hacían eco. Temblé de miedo. De aquí no salgo viva. Me investigaron dos policías que se presentaron como el capitán Cortés de la Sijín y el teniente Pardo de la Armada. Me preguntaron por los negocios que tenía, por el dinero que tenía, por los carros que tenía, por los hijos que tenía, por los maridos que tenía. Les di razón de cada cosa. Razón y contrarrazón porque yo no tenía nada que esconder. Ellos fueron sintiéndose corridos; se inventaban una y otra cosa para martillar y para volver a martillar, porque hacían que yo les repitiera la historia no una, sino tres y cuatro veces. Me tenían soronga con tanta preguntadera. Ellos perdían la confianza que yo ganaba. A las tres de la tarde llamaron, me volvieron a esposar y me llevaron al aeropuerto de Caucayá. El Satena salía a las cuatro para Puerto Asís, Neiva y Bogotá, un vuelo que llega siempre a las nueve de la noche a su destino final porque siempre sale retrasado. En el avión todos me miraban porque todo el mundo me conoce. Yo les sonreía a todos como diciéndoles que miraran el atropello. El vuelo dura poco. En el

Tres de Mayo me esperaba un operativo como si llevaran preso al mismísimo Mono Jojoy: agentes del DAS, infantes de marina, activos del Ejército, agentes de la Policía, dos tanquetas de la naval, tres camionetas blancas de vidrios polarizados de la Fiscalía. Un gran operativo. Me sentí honrada y me dio hasta risa. Desde entonces me llaman alias «La Mona». Se les excusa, los militares tienen que mostrar que trabajan, que hacen cosas muy delicadas, que les echan mano a grandes cabezas, que todos estamos infiltrados y que ellos saben hasta cuántas plumas tiene el Espíritu Santo.

A Rosita la habían llevado con una caravana igual a la base de la Policía en Asís. De entrada le volvieron a preguntar:

—¿Sabe usted por qué razón está detenida?

—No, señor, no sé —respondió Rosita mirándole los anteojos que hacían que el oficial pareciera una mosca gigante, cuya función es hacer más misterioso y peligroso el trato con un ser anónimo.

—Pues por rebelión. Usted es miembro del grupo terrorista Far.

—FARC, dirá usted —le corrigió ella con altanería.

—Llámela como se le dé su puta gana. Aquí son Far.

El militar la condujo a un cuarto pequeño, cerrado, donde no había ni un solo asiento, y le ordenó:

—Espere aquí a sus compañeros —acentuando el término con ironía.

Al rato oyó que me traían. Nos miramos y ella me saludó:

—Hola Mona, esta gente anda loca.

Nos dejaron solas. Pasaron las horas. Convenimos sin hablar de mantenernos calladas. Sabíamos que nos miraban y nos vigilaban. Pasaron horas.

Al anochecer solo habíamos comido un pan con gaseosa que nos trajo un infante. Al rato, un mando nos ordenó:

—Vamos a dormir al río.

Yo le dije a Rosita:

—Aquí fue, ahí vamos a quedar, ojalá balseemos al tercer día.

Solté el llanto. Lloré a moco tendido. Cuando bajábamos por la plataforma que da al río, me dijo:

—Tranquila, Mona, que no se atreven. Están pagándole a Don Fermín. Él es el que los acosa.

Temblé. Rosita no murmuraba, le tenía recelo al río. Pero no nos

dejaron a dormir en el playón sino que nos subieron a una cañonera de la Armada, con el argumento de ser nosotras dos personas de altísima peligrosidad. Dormimos en el suelo un rato antes del amanecer. Cada cual metida en su propio rollo.

A las ocho de la mañana fuimos entregadas a los fiscales que habían llegado de Bogotá. La rutina de siempre: nombres completos, edad, estado civil, hijos, ocupación, bienes, y la última pregunta de rigor:

—¿Es usted culpable o inocente de los cargos que se le formulen?

—Pero si no sabemos cuáles son —dijimos al tiempo.

—Rebelión —respondió uno de los fiscales, de anteojos él, ya mayor.

—¿Rebelión contra qué o por qué? —preguntó Rosita.

—Contra el Estado constitucional.

—¿Causa o razón? —preguntó otra vez.

Respondió el doctor, muy apacible sí:

—Colaboración con el terrorismo. Ustedes están acusadas de cambiarle a la guerrilla combustible por coca y de abastecerla de remesa, que a ustedes se la pagan también con clorhidrato de cocaína o «mercancía», que también llaman.

Quería hacer un chiste, o suavizar la situación, pero ni lo uno ni lo otro nos hizo sonreír. Nosotras no estábamos para juegos. Sin más vueltas nos llevaron al aeropuerto, nos montaron en un avioncito para seis pasajeros: dos tripulantes, dos presas y dos guardianes. Aterrizamos en Neiva a reabastecerse de combustible y al mediodía entrábamos al búnker de la Fiscalía. La acusación fue corta:

—Ustedes le venden a la guerrilla coca que sacan de vender combustible a los cocaleros en el río Caguán, en el río Orteguaza y en el río Caquetá.

—En qué quedamos, señor juez —le preguntó fuera del costal Rosita al fiscal—: ¿Les vendemos o nos venden? ¿Cuál es pues el trato con esa gente del que nos acusan?

El fiscal se limitó a decirle:

—Eso es lo que ustedes tienen que aclararle al Estado.

Mientras tanto, JF daba vueltas y revueltas para ayudarnos. Habló con medio pueblo. Hizo mil llamadas hasta que una ONG le aconsejó hablar con el doctor Carrascal, abogado experto en derecho penal. Había sido defensor de gente del ELN y del M-19. Sacó a muchos de la

cárcel y a otros les evitó condenas de treinta años. El problema fue plata. Había que pagar sin remedio y sin tanto tire y afloje porque el doctor Carrascal era de pocas palabras: «Tanto». De ahí no se movía. Nos endeudamos a buena cuenta. Varios melones, uno sobre otro, hasta completar el guacal. Desde el Buen Pastor íbamos llevando las cuentas y asistiendo al juicio. La acusación no tenía mucha fuerza y la poca que tenía era la que Don Fermín le bombeaba para salir, él también, de su bollo. En Puerto Leguízamo y en La Tagua JF hizo una rifa de 10 millones que consiguió prestados. Todo el mundo sabía que no era una rifa sino una contribución para sacarnos de la cana y por eso la gente se tocó el bolsillo sin reparo. Ni boleta pedían, como diciendo: Si nos ganamos el billete, quédense ustedes con él para que esas mujeres salgan ligero. Salimos ligero, con deudas sí, pero sobre todo con el perro encima: Don Fermín.

4.

Llevábamos tres meses libres y en paz, reponiéndonos del golpe. JF no convivía de plano con Rosita, ella es esquiva en amores. Él se quedaba alguna que otra noche en su cama. Por eso no lo echó de menos la noche que no arrimó. Cuando la planta del puerto se apagó, estaban matándolo de cinco tiros en la cara. Murió de rayo. La llamaron entre oscuro y claro para darle la noticia de que lo habían —dijo la voz— «desgraciado» en el río. Ella sintió en el pecho el golpe de la verdad, como si lo hubiera visto en sueños. Se medio vistió sin recogerse el pelo y temblando llegó a la base de la Armada.

—Nosotros aquí nada sabemos del caso. Busque en la Policía o si no, en La Tagua, puede que allá sepan. Aquí no ha entrado nadie con ese nombre.

Rosita, enloquecida, lo buscó donde le dijeron, pero no daban razón de nada ni de nadie. Encuelló a un policía y le gritó «malnacido» a un capitán, y nada. Por la tarde un infante de marina fue a decirle que el comandante de la base quería entrevistarse con ella. Estuvo a punto de mandarlo para la puta mierda, pero terminó corriendo al comando para saber lo que para ella había dejado de ser un presentimiento. El capitán de fragata no la miró de frente, le botó, mirando el río por la

ventana:

—Está en el campo de básquet.

Ella le tiró la puerta y corrió por los corredores hasta donde encontró un cuerpo tirado en el piso, irreconocible porque los balazos le habían desfigurado la cara.

—¿Reconoce al occiso? —le preguntó un médico legista delante de los infantes que se agolpaban para gozarse la pena de la mujer.

—No —dijo ella—, no reconozco ese pedazo de carne que dejaron ustedes muerto.

Rosita sí lo había reconocido por la ropa, pero se negó a darles el gusto. Les volteó la espalda y se fue. Regresó al día siguiente cuando fueron a buscarla de nuevo. Le habían lavado la cara con un cepillo de limpiar los pisos que estaba recostado al pie del tablero de básquet. Miró el cadáver, le levantó la camisa ensangrentada y les dijo:

—Sí, es él, reconozco la herida que le hice con mis propias uñas, malnacidos.

No dijo más. Desde ese día la llaman «La Peligro» y no por ella ni por su muerto, sino porque JF era un peligro con la moto, con la que ya se había se había dado contra el mundo matando gallinas, perros, marranos y hasta una danta, en la carretera que va de La Tagua a Puerto Leguízamo.

Al otro día, después de la necropsia y de las vueltas que yo le hice para enterrar a JF, que soltó ella misma en el hoyo, me dijo:

—Le dejo mi muerto a su cuidado. Me voy de esta mierda de país.

Y al Ecuador fue a dar.

No le habría quedado difícil viajar por agua hasta Puerto El Carmen, pero prefirió volar a Bogotá y de allí a Pasto para pasar por tierra la frontera en Ipiales. Tenía una prima hermana en ese pueblo de comerciantes y usureros y en casa de ella vivió unos días para orientarse y saber por dónde comenzar su nueva vida. La prima tenía amistades en Ibarra, una de ellas, la de un médico, propietario de una farmacia muy aprestigiada en el centro mismo de la ciudad. El hombre convino en emplearla, siempre y cuando fuera bien presentada. Por este lado Rosita las ganaba todas. Trampeó los papeles en Ipiales y pasó la aduana de Rumichaca como si fuera un pájaro. Llegó a Ibarra, la Ciudad Blanca, de nochecita y se encontró con su nuevo patrón, don

Olegario Quiceno, en el parque Víctor Manuel Peñaherrera, donde funcionaba la farmacia, llamada de La Merced por dar cara a la basílica. El doctor Quiceno simpatizó con Rosita y al otro día estaba ya vestida con una bata blanca atendiendo a la clientela. Al principio el dueño la destinó a drogas menores, las que la gente pide para el dolor de cabeza, el dolor de muela, el dolor del cuerpo. Un medicamento con diferentes nombres que sirve para todo. Ella se fue amañando con los nuevos aires que respiraba en Ibarra. Dejaba atrás ese clima pesado, húmedo y oliendo siempre a sangre de Putumayo para vivir en un pueblo a donde se dice que todo viajero quiere volver. El patrón le ayudó mucho. Le adelantó el sueldo, le consiguió una alcoba donde unos parientes que le daban además desayuno y comida. Entraba a trabajar a las ocho de la mañana y llegaba caminando sin afán por las aceras. Le gustaba mirar el volcán Imbabura, visitar los domingos el monumento del arcángel san Miguel y con el tiempo la laguna de Yahuarcocha. No tenía gana de volver a tener más hombres en su vida y por eso a don Olegario no le atendió los perros que el tipo le soltaba. Quería vivir al escampado. Yo le manejaba el negocio de Leguízamo y de vez en cuando me pedía para comprarse una cosa u otra. Yo sabía que ella miraba, estudiaba la plaza y que cualquier día regresaría a hacer lo que tenía que hacer. No era mujer de rencores, pero a JF lo llevaba puesto.

Se fue familiarizando con el negocio. Al año, el patrón le soltó el mando y ella se le hizo irreemplazable. Era la prenda de la farmacia y muchos clientes llegaban a manosearla con los ojos. Ella lo sentía porque sentir era lo que sabía. Fue clasificando a los compradores, a los distribuidores de medicamentos; calibrando a don Olegario, a su familia; preparando el terreno. Despachaba pedidos a pueblitos cercanos: Urcuqui, Atuntaqui o Angochagua. Recibía cargamentos de «droga blanca» mandados desde Quito. Ella tenía las riendas de todo, hasta el día en que la mujer del patrón estalló en celos. Rosita se hizo a un lado y pegó para la capital a rebuscarse sin ayuda. No quería deberle a nadie porque lo que andaba calentando entre silencios era pesado. A Quito llegó derecho a un Internet. En la misma estación de buses entró directo a www.empleo.com.ec y allí encontró una oferta inmediata de trabajo en un colcénter. Esa misma tarde revoloteó

alrededor de la oficina antes de presentarse. La atendieron con un «¿Tiene papeles? ¿Tiene hoja de vida?». Con eso no tenía problemas. Tuvo que hacer una entrevista, que, claro, Rosita pasó bien calificada. Al entrevistador le gustó el tono de la voz de ella, o quizás ella misma. La recibieron en el curso de inducción al que se presentaron veinticinco muchachas para concursar por dos puestos de trabajo. El curso duró ocho días y las aspirantes tenían que pagarlo. Les explicaron lo que debían hacer, paso por paso; la manera como tenían que modular la voz, las preguntas que les tocaba hacer según las respuestas. La clave era enredar al cliente, y el oficio, vender cursos de inglés de la Universidad de Inglaterra. A la gente había que convencerla de la importancia del idioma preguntándole si se sentía satisfecha en su trabajo, si aspiraba a ganar más, si tenía hijos, si quería triunfar. Había que hacerla entender que sin inglés y sin computador no era posible vivir la vida hoy día. La conversación comenzaba por un «¿Sabe usted cuál es la lengua más hablada en el mundo? El inglés. ¿Usted habla inglés? No. No todavía, se responde, porque con el curso que usted va a comprar hablará inglés en dos meses o se le devolverá el dinero todo, todito». No se podía suponer que la gente supiera de qué se estaba hablando, había que explicarle todo, así la respuesta a la pregunta que se le hacía fuera cierta. Al interlocutor «hay que dejarlo sin aliento, no hay que dejarle salida». Todo debe llevar a hacer indispensable la compra. Rosita no solo pasó el curso, sino que fue felicitada y comenzó a trabajar desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. Le daban un listado de personas con nombre propio y teléfono. Cada llamada no podía pasar de tres minutos ni ser menor de uno y tenía que hacer por lo menos cincuenta cada día. Le daban diez minutos de descanso cada dos horas. Era controlada por una monitora que de tanto en tanto entraba en línea sin dejarse oír. Al mes Rosita notó que la monitora entraba cada cuarto de hora, lo que era raro porque a sus compañeras solo las escuchaba cada hora, cada dos horas. Se le hizo muy raro, pero quiso pasar de agache, hasta que la mujer se le declaró:

—Rosita, yo la quiero a usted.

Ella, que era ducha en propuestas, dijo «Pago por ver». Y se dejó llevar. Que vamos a comer juntas, que vamos al cine juntas, que

paseemos juntas el domingo. Rosita se dejaba engatusar. Un día aceptó quedarse a dormir con la monitora sin compromiso. Pero el compromiso llegó porque no hay plazo que no se cumpla. Se hicieron amigas, Rosita buscaba y buscaba lo que quería encontrar, hasta que lo encontró: amistades y casa con comida. Vivió un tiempo de compañera; conoció al hermano de ella, cabo del Ejército: una corona. El hombre era explosivista, lo que quiere decir que sabía armar y desarmar minas quiebrapatas, bombas y demás artefactos mortales. Los que manejan explosivos con sus manos y su vida son personas muy nerviosas: brincan con cualquier ruido, oyen a kilómetros el sonido de un relojito de pulsera; huelen la pólvora, la dinamita y todos y cada uno de sus componentes, a metros. Saben orientarse vendados. Y sin embargo, saben controlarse. Son relojeros. Muy pocos mueren haciendo su oficio, todos mueren de infarto. Tienen las manos finas, los dedos muy finos, la piel muy sensible. Ella se enamoró de esa delicadeza. Él le fue abriendo camino para llegar a donde Rosita quería. No solo manejaba explosivos, sino que también negociaba con ellos. Y quien dice dinamita, dice munición, armas, contrabando, contactos, redes. Era lo que ella venía buscando con paciencia. La vida no podía negarle esa oportunidad, no habría sido justo. Había sufrido mucho, botado mucha lágrima. Quería armas para acercarse al negocio de Don Fermín. El problema fue la monitora. No era capaz de confesarle que se había enamorado de su hermano sin querer, que no quería hacerle daño, pero que era una realidad. La monitora le armó pataleta. Gritos, patadas, intentos de suicidio. Rosita, cansada de tanta escandola, le soltó la joya: ¿Preferirías que él —y lo repitió a gritos— se enterara de que somos amantes? Punto final. Sutura hecha. Rosita se dedicó con su nuevo amor a preparar el terreno: contrabando de armas y explosivos. Él manejaba una red de contactos y negocios que iba de Ecuador a Perú y de Perú a Putumayo. Ni mandada a hacer. La vida, como dicen, da muchas papayitas, pero una sola papaya y hay que saber cuál es.

Los primeros negocios fueron de ensayo. Como pisando cáscaras de huevo. Pasito a pasito. Un par de pistolas negociadas por mí en Leguízamo con unos bandidos, como para bajar bandera. Ellos se encargaron del resto y lo demás fue llegando. Tres, cuatro, cinco

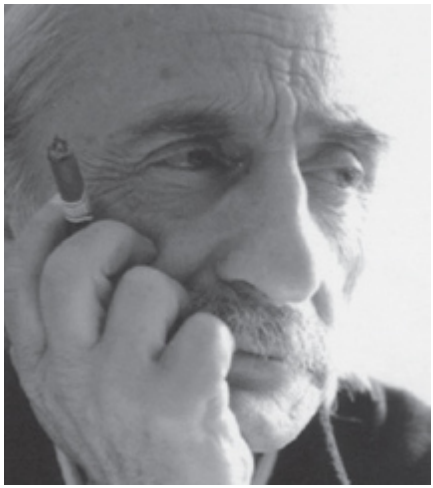
armas cortas, dos fusiles, unos cincuenta tacos de pentonita, doscientos. El negocio se hacía por la frontera con Perú, como si Rosita quisiera desenchipar el problema. Los pedidos se enviaban por el río Napo hasta Nueva Rocafuerte, donde el cabo tenía su parche. De ahí salía por un camino pasando por Puerto Cavero y Zúñiga hasta Güepi y de ahí por el Putumayo a Puerto Ospina. Unas veces con unos, otras veces con otros, pero siempre con alguien. La chipa se fue abriendo hasta que cayeron los propios de Don Fermín. A Vitamina lo habían licenciado, por lo que Don Fermín quedaba a tiro de as. La paciencia logra lo que la dicha no alcanza. Se quedó en llevarles munición 7.65 a un punto donde el viejo hacía sus cruces en el Caucayá. Al don ya se le había dado confianza y el hombre llegó tranquilo, inocente, a recibir lo que nunca esperó: Rosita armada. No lo dejó ni asustarse. Descargó dos proveedores enteros sobre el cadáver de Don Fermín y se perdió con su cabo en Perú. La volví a encontrar unos años después en Manaos. Me escribió invitándome a visitarla. Tenía una empresa de viajes y turismo por el Amazonas y dos hijos. Era feliz.

N
CHOCÓ
RISARALDA
CALDAS
Santuario
CUNDINAMARCA
Bogotá
QUINDÍO
Ibagué
Villavicencio
Tuluá
TOLIMA
Roncesvalles
OCEÁNO PACÍFICO
VALLE DEL CAUCA
Cali
META
Río Guaviare
Río Blanco
Chaparral
CAUCA
Neiva
Popayán
COLOMBIA
HUILA
GUAVIARE
Florencia
San Vicente del Caguán
Río Amazonas
Tumaco
Cabo Manglares
R. Curay
R. Mira
NARIÑO
Llorente
Pasto
San Lorenzo
San Miguel
Mocoa
Río Caquetá
Curillo
Río Orteguaza
Cartagena del Chairá
Maldonado
R. Patia
Esmeraldas
R. Guiza
Ipiales
CARCHI
Tulcán
Orito
PUTUMAYO
R. Mocoa
R. Aguarico
Solano
CAQUETÁ
La Tagua
ESMERALDAS
R. Guiza
R. San Miguel
La Hormiga
Pto. Asís
Piñuña Blanco
Piñuña Negro
IMBABURA
Ibarra
Otavalo
Gran Farfán
Iteteye
Pto. El Carmen Putumayo
Rosa Zárate
Nueva Loja
Lumbaqui
Lago Agrio
Tarapoa
Pto. Leguizamo
PICHINCHA
Calderón
Río Aguarico
Río Coca
Río Putumayo
Río Caquetá
Quito
SUCUMBÍOS
Santo Domingo
de Los Colorados
MANABI
Río Coca
Río Napo
Pto. Francisco de Orellana
NAPO
AMAZONAS
COTOPAXI
Tena
ORELLIANA
Río Napo
Latacunga
Ambato
El Carmen
TUNGURAHUA
LOS
RÍOS
Puyo
BOLÍVAR
PASTAZA
Riobamba
ECUADOR
GUAYAS
CHIMBORAZO
Macas
CAÑAR
Azoques
MORONA
SANTIAGO
Cuenca
AZUAY
PERÚ
ZAMORA
CHINCHIPE
Loja
LOJA
Zamora
Frontera Colombia-Ecuador

“Molano ha conseguido con este trabajo mostrar los problemas sociales de ese olvidado terruño fronterizo en el que todo es posible, menos vivir en paz. No hay duda que de nuevo le ha cumplido a la pasión de su vida: la sociología, pero aunque él mismo no se lo hubiese propuesto, también le ha cumplido a la historia de esta Colombia estremecida”.

Ramiro Bejarano

En este libro, Alfredo Molano, con su característico estilo, retrata seis historias al límite, seis vidas divididas, seis realidades a un lado y al otro de la barrera. La frontera entre Colombia y Ecuador ha sido en la última década uno de los puntos geográficos más conflictivos de la región. Allí unos buscan escapar y otros encuentran dónde llegar. Todos son buenos y son malos a la vez, todos viven a costa del uno y del otro, todos eligen el lado en el que quieren o pueden estar.



ALFREDO MOLANO BRAVO

Nació en Bogotá en 1944. Cursó estudios de sociología en la Universidad Nacional, donde obtuvo una licenciatura en 1971, y fue alumno de la École Pratique des Hautes Études de París entre 1975 y 1977. Ha sido profesor de varias universidades; colaborador de revistas como *Eco*, *Cromos*, *Alternativa* y *Semana*. Ha sido director de varias series para televisión y ha obtenido el Premio de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Nacional del Libro de Colcultura y el Premio a la Excelencia Nacional en Ciencias Humanas, de la Academia de Ciencias Geográficas, por una vida dedicada a la investigación y a la difusión de aspectos esenciales de la realidad colombiana. Entre 2001 y 2002 vivió exiliado en Barcelona y en Stanford.

Foto: © Carolina Guzmán

Título: *Del otro lado*
Primera edición en Debolsillo: julio de 2017

© 2011, Alfredo Molano
© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: © Penguin Random House
Fotografía de cubierta: © Archivo El Espectador
Fotografía del Autor: © Carolina Guzmán

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5433-43-4

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Del otro lado
Agradecimientos
Dedicatoria
Seis historias de Alfredo Molano
Uno. Demetrio
Dos. Mariana
Tres. El Abeja
Cuatro. Nury
Cinco. El Maromero
Seis. Rosita, la Peligro
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos